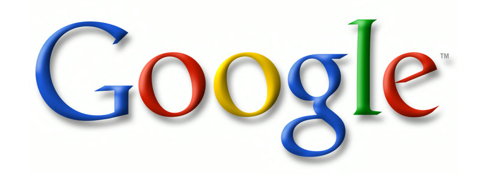








HISTORIA DE LA CONQUISTA
DE MÉJICO.
TOMO SEGUNDO.

Se vende en la Librería de CORMON y BLANC,

En LYON, calle Sala, nº 30.

En PARIS, calle Montmartre, nº 167.

HISTORIA DE LA CONQUISTA

DE MÉJICO,

POBLACION Y PROGRESOS

DE LA AMÉRICA SEPTENTRIONAL,

CONOCIDA POR EL NOMBRE

DE NUEVA ESPAÑA.

ESCRIBÍALA

DON ANTONIO DE SOLIS,
Secretario de S. M. y su cronista mayor
de las Indias.

TOMO II.

PARIS,
LIBRERÍA DE CORMON Y BLANC.

1827.

HISTORIA DE LA CONQUISTA,

POBLACION Y PROGRESOS

DE

LA NUEVA ESPAÑA.

CONTINUACION DEL LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO VII.

Renuncia Hernan Cortes en el primer ayuntamiento que se hizo en Vera-Cruz el título de capitan general, que tenia por diego Velazquez: vuélvenle á elegir la villa y el pueblo.

El dia siguiente por la mañana se juntó el ayuntamiento, con pretexto de tratar algunos puntos concernientes á la conservacion y aumento de aquella poblacion; y poco despues pidió licencia Hernan Cortes para entrar en él á proponer un negocio del mismo intento. Pusiéronse en pie los capitulares para reci-

birle, y él haciendo reverencia á la villa, pasó á tomar el asiento inmediato al primer regidor, y habló en esta substancia, ó poco diferente.

Ya, señores, por la misericordia de Dios, tenemos en este consistorio representada la persona de nuestro rey á quien debemos descubrir nuestros corazones, y decir sin artificio la verdad; que es el vasallage en que mas le reconocemos los hombres de bien. Yo vengo á vuestra presencia, como si llegara á la suya sin otro fin que el de su servicio, en cuyo zelo me permitiris la ambicion de no confesarme vuestro inferior. Discurriendo estais en los medios de establecer esta nueva república, dichosa ya en estar pendiente de vuestra direccion. No será fuera de propósito que oygais de mí lo que tengo premeditado y resuelto, para que no camineis sobre algun presupuesto menos seguro, cuya falta os obligue á nuevo discurso y nueva resolucion. Esta villa, que empieza hoy á crecer al abrigo de vuestro gobierno, se ha fundado en tierra no conocida y de grande poblacion, donde se han visto ya señales de resistencia, bastantes para creer que nos halla-

mos en una empresa dificultosa, donde necesitarémos igualmente del consejo y de las manos; y donde muchas veces habrá de proseguir la fuerza lo que empezará y no conseguirá la prudencia. No es tiempo de máximas políticas, ni de consejos desarmados. Vuestro primer cuidado debe atender á la conservacion de este ejército que os sirve de muralla: y mi primera obligacion es advertiros que no está hoy como debe, para fiarle nuestra seguridad y nuestras esperanzas. Bien sabeis que yo gobierno el ejército, sin otro título que un nombramiento de diego Velazquez, que fué con poca intermision escrito y revocado. Dejo aparte la sinrazon de su desonfianza, por ser de otro propósito; pero no puedo negar que la jurisdiccion militar, de que tanto necesitamos, se conserva hoy en mí contra la voluntad de su dueño, y se funda en un título violento, que trae consigo mal disimulada la flaqueza de su origen. No ignoran este defecto los soldados; ni yo tengo tan humilde el espíritu, que quiera mandarles con autoridad escrupulosa, ni es el empeño en que nos hallamos para

entrar en él con un ejército, que se mantiene mas en la costumbre de obedecer, que en la razon de la obediencia. A vosotros, señores, toca el remedio de este inconveniente; y el ayuntamiento, en quien reside hoy la representacion de nuestro rey, puede en su real nombre proveer el gobierno de sus armas, eligiendo persona en quien no concurran estas nulidades. Muchos sujetos hay en el ejército capaces de esta ocupacion, y en cualquiera que tenga otro género de autoridad, ó que la reciba de vuestra mano, estará mejor empleado. Yo desisto desde luego del derecho que pudo comunicarme la posesion, y renuncio en vuestras manos el título que me puso en ella, para que discurrais con todo el arbitrio en vuestra eleccion; y puedo aseguraros, que toda mi ambicion se reduce al acierto de nuestra empresa; y que sabré sin violentarme acomodar la pica en la mano que deja el baston; que si en la guerra se aprende el mandar obedeciendo, tambien hay casos en que el haber mandado enseña á obedecer.

Dicho esto arrojó sobre la mesa el tí-

tulo de diego Velazquez, besó el baston, y dejándole entregado á los alcaldes, se retiró á su barraca. No debia de llevar inquieto el ánimo con la incertidumbre del suceso, porque tenia dispuestas las cosas, de manera que aventuró poco en esta resolucion; pero no carece de alabanza la hidalguía del reparo, y el arte con que apartó de sí la debilidad ó menos decencia de su autoridad. Los capitulares se detuviéron poco en su eleccion; porque algunos tendrian meditado lo que habian de proponer, y otros no hallarian que replicar. Votáron todos que se admitiese la dejacion de Cortes, pero que se le debia obligar á que tomase de nuevo á su cargo el gobierno del ejército, dándole su título la villa en nombre del rey, por el tiempo y en el ínterin que su magestad otra cosa ordenase: y resolviéron que se comunicase al pueblo la nueva eleccion, para ver como se recibia ó por que no se dudaba de su beneplácito. Convocóse la gente á voz de pregonero; y publicada la renunciacion de Cortes y el acuerdo del ayuntamiento, se oyó el aplauso que se esperaba, ó el que se habia prevenido. Fuéron grandes las aclamaciones, y el regocijo de la gente: unos

victoreaban al ayuntamiento por su buena eleccion: otros pedian á Cortes, como si se le negaran; y si algunos eran de contrario sentir, ó fingían el contento á voces, ó cuidaban de que no se hiciese reparar el silencio. Hecha esta diligencia partiéron los alcaldes y regidores, llevando tras sí la mayor parto de aquellos soldados, que ya representaban el pueblo, á la barraca de Hernan Cortes, y le dijéron ó notificáron que la Villa Rica de la Vera-Cruz, en nombre del rey don Carlos, y con sabiduría y aprobacion de sus vecinos en concejo abierto le habia elegido y nombrado por gobernador del ejército de Nueva España; y en caso necesario le requeria y ordenaba que se encargase de esta ocupacion, por ser asi conveniente al bien público de la villa, y al mayor servicio de su magestad.

Aceptó Hernan Cortes con grande urbanidad y estimacion el nuevo cargo, que asi llamaba, para diferenciarle hasta en el nombre del que habia renunciado: y empezó á gobernar la milicia con otro género de seguridad interior, que hacia sus efectos en la obediencia de los soldados.

Sintiéron esta novedad con grande im-

prudencia los dependientes de Diego Velazquez, porque no se ajustáron á disimular su pasion, ni supiéron ceder á la corriente cuando no la podian contrastar. Procuraban desautorizar al ayuntamiento y desacreditar á Cortes, culpando su ambicion, y hablando con desprecio de los engañados que no la conocian. Y como la murmuracion tiene oculto el veneno, y no sé que dominio sobre la inclinacion de los oidos, se hacia lugar en las conversaciones; y no faltaba quien la escuchase y procurase adelantar. Hizo lo que pudo Hernan Cortes para remediar en los príncipios este inconveniente, no sin rezelo de que se llevase tras sí á los inquietos, ó perturbase á los fáciles de inquietar. Tenia ya experimentado el poco fruto de su paciencia, y que los medios suaves le producian contrarios efectos, poniendo el daño de peor calidad; y así determinó valerse del rigor, que suele ser mas poderoso con los atrevidos. Mandó que se hiciesen algunas prisiones, y que públicamente fuesen llevados á la armada y puestos en cadena Diego de Ordaz, Pedro Escudero, y Juan Velazquez de Leon. Puso grande terror en el ejército esta demonstracion, y él tra-

taba de aumentarle, diciendo con entereza y resolucion, que los prendia por sediciosos y turbadores de la quietud pública; y que habia de proceder contra ellos hasta que pagasen con la cabeza su obstinacion: en cuya severidad verdadera ó afectada, se mantuvo algunos dias sin llegar á lo estrecho de la justicia, porque deseaba mas su enmienda que su castigo. Estuviéron al principio sin comunicacion; pero despues se la concedió dando á entender que la toleraba: y se valió mañosamente de esta permision para introducir algunos de sus confidentes, que procurasen reducirlos, y ponerlos en razon, como, lo consiguió con el tiempo, dejándose desenojar tan autorizadamente, que los hizo sus amigos y estuviéron á su lado en todos los accidentes que se le ofreciéron despues.

CAPÍTULO VIII.

ıan los Españoles, y parte la armada la
ɜlta de Quiabislan: entran de paso en Zem-
ala, donde les hace buena acogida el ca-
[uc, y se toma nueva noticia de las ti-
ıías de Motezuma.

ɜGO que se ejecutáron estas prisio-
salió pedro de Alvarado con cien
bres á reconocer la tierra, y traer
ɔas vituallas, porque ya se hacia
r la falta de los indios que proveian
ército. Ordenósele que no hiciese
lidad, ni llegase á las armas sin ne-
ad, en que le pusiesen la defensa ó
ovocacion: y tuvo suerte de ejecu-
asi con poca diligencia, porque á
ɜ distancia se halló en unos pueblos
erías, cuyos moradores le dejáron
la entrada huyendo á los bosques.
nociéronse las casas, que estaban
rtas de gente, pero bien proveidas
aiz, gallinas y otros bastimentos;
hacer daño en los edificios ni en las
ɔs, tomáron los soldados lo que
n menester, como adquirido con
echo de la necesidad y volviéron
ırtel cargados y contentos.

Dispuso luego su marcha Hernan Cortes, como lo tenia resuelto, y partiéron los bajeles á la ensenada de Quiabislan, y él siguió por tierra el camino de Zempoala, dando el costado derecho á la costa; y echó sus batidores delante que reconociesen la campaña; previniendo advertidamente los accidentes que se podian ofrecer, en tierra donde fuera descuido la seguridad.

Halláronse á pocas horas sobre el rio de Zempoala, en cuya vecindad se situó despues la villa de Vera-Cruz; y porque iba profundo, fué necesario recoger algunas canoas y embarcaciones de pescadores, que halláron en la orilla, donde pasó la gente dejando nadar los caballos. Vencida esta dificultad, llegáron á unos pueblos del distrito de Zempoala, segun se averiguó despues, y no se tuvo á buena señal el hallarlos desamparados, no solo de los indios, sino de sus albajas y mantenimientos, con indicios de fuga prevenida y cuidadosa: solo dejáron en sus adoratorios diferentes ídolos, varios instrumentos ó cuchillos de pedernal, y arrojados por el suelo algunos despojos miserables de víctimas humanas que hiciéron á un tiempo lástima y horror.

Aquí fué donde se viéron la primera vez, no sin admiracion, los libros mejicanos, de que dejámos hecha mencion. Habia tres ó cuatro en los adoratorios, que debian de contener los ritos de su religion, y eran de una membrana larga ó lienzo barnizado, que plegaban en iguales dobleces de modo que cada doblez formaba una hoja, y todos juntos componian el volúmen; parecidos á los nuestros por la vista exterior, y por el texto escritos ó dibujados con aquel género de imágenes y cifras que diéron á conocer los pintores de Teutile.

Alojóse luego el ejército en las mejores casas, y se pasó la noche no sin alguna incomodidad, prevenidas las armas, y con centinelas á lo largo, en cuyo desvelo sosegasen los demas.

El dia siguiente se volvió á la marcha en la misma ordenanza por el camino mas hollado que declinaba la vuelta del poniente, con algun desvío de la costa; y en toda la mañana no se halló persona de quien tomar lengua, ni mas que una soledad sospechosa, cuyo silencio les hacia ruido en la imaginacion y en el cuidado. Hasta que entrando en unos prados de grande amenidad, se descu-

briéron doce indios, que venian en bus
de Hernan Cortes con un regalo de g
llinas y pan de maiz que le enviaba
cacique de Zempoala, pidiéndole c
encarecimiento que no dejase de lleg
á su pueblo, donde tenia prevenido al
jamiento para su gente, y seria regala
con mayor liberalidad. Súpose de est
indios, que el lugar donde residia su c
cique distaba un sol de aquel parage, q
en su lengua era lo mismo que un dia c
marcha; porque no conocian la divisio
de las leguas, y median la distancia co
los soles, contando el tiempo, y no l
pasos del camino. Despachó Cortes á l
seis indios con grande estimacion d
regalo y de la oferta, quedándose co
los otros seis para que le guiasen, y par
hacerles algunas preguntas; porque n
acababa de reducirse á la sinceridad d
este agasajo, que de no esperado pareci
poco seguro.

Aquella noche se hizo alto en un pue
blo de corta vecindad, cuyos moradore
anduviéron solícitos en el hospedage d
los españoles, y al parecer poco rezelo-
sos; de cuya quietud se conjeturaba qu
estarian de paz los de su nacion; y no s
engañó la esperanza aunque suele con-

solarse con facilidad. A la mañana se movió el ejército con la frente á Zempoala, dejándose llevar de las guias con la cautela y prevencion conveniente. Y al declinar el dia, estando ya cerca del pueblo, viniéron veinte indios al recibimiento de Cortes, galanes á su modo: y hechas sus ceremonias, dijéron: *que no salia con ellos su cacique por estar impedido; y asi los enviaba para que cumpliesen por él con aquella demonstracion, quedando con mucho deseo de conocer á tan valerosos huéspedes, y recibir con su amistad á los que ya tenia en su inclinacion.*

Era el lugar de grande poblacion y de hermosa vista, situado entre dos rios que fertilizaban la campaña, bajando de lo alto de unas sierras poco distantes, de frondosa y apacible aspereza: los edificios eran de piedra, cubiertos ó adornados con un género de cal muy blanca y resplandeciente, de agradables y suntuosos lejos; tanto que uno de los batidores que iban delante volvió aceleradamente diciendo á voces que las paredes eran de plata, de cuyo engaño se hizo grande fiesta en el ejército; y pudo ser

que lo creyesen entonces los que despues se burlaban de su credulidad.

Estaban las plazas y las calles ocupadas de innumerable pueblo, que concurrió á ver la entrada, sin armas que pudiesen dar cuidado, ni otro rumor que el de la muchedumbre. Salió el cacique á la puerta de su palacio, y era su impedimento una gordura monstruosa, que le oprimia y le desfiguraba. Fuése acercando con dificultad, apoyado en los brazos de algunos indios nobles, que al parecer le daban todo el movimiento. Su trage, sobre cuerpo desnudo, era una manta de fino algodon, enriquecida con varias joyas y pendientes, de que traia tambien empedradas las orejas y los labios: príncipe de rara hechura, en quien hacian notable consonancia el peso y la gravedad. Fué necesario que Cortes detuviese la risa de los soldados; y porque tenia que reprimir en sí, dió la órden con forzada severidad: pero luego que empezó el cacique su razonamiento, recibiendo con los brazos á Cortes, y agasajando á los demas capitanes, dió á conocer su buena razon, y ganó por el oido la estimacion de los ojos. Habló concertadamente, y cortó la plática de

los cumplimientos con despejo y discrecion, diciendo á Cortes que se retirase á descansar del camino, y alojar su gente, que despues le visitaria en su cuartel, para que hablasen mas de espacio en los intereses comunes.

Tenian prevenido el alojamiento en unos patios de grandes aposentos, donde pudiéron acomodarse todos con bastante desahogo, y fuéron asistidos con abundancia de cuanto hubiéron menester. Envió despues el cacique á prevenir su visita con un regalo de alhajas de oro, y otras curiosidades, que valdrian hasta dos mil pesos; y vino á poco rato con lucido acompañamiento en unas andas, que traian sobre sus hombros los mas principales de su familia, y tendrian entonces esta dignidad los mas robustos. Salió Cortes á recibirle asistido de sus capitanes; y dándole la puerta y el lugar, se retiró con él y con sus intérpretes, porque le pereció conveniente hablarle sin testigos. Y despues de hacerle aquella oracion acostumbrada sobre el intento de su venida, la grandeza de su rey y los errores de la idolatría, pasó á decirle, *que uno de los fines de aquel ejército valeroso era deshacer agravios,*

castigar violencias, y ponerse de parte de la justicia y de la razon : tocando este punto advertidamente, porque deseaba introducirle poco á poco en la queja de Motezuma, y ver, segun las premisas que traia, lo que podia fiar de su indignacion. Conocióse luego en la variacion del semblante que se le habia tocado en la herida : y antes de resolverse la respuesta empezó á suspirar, como quien sentia la dificultad de quejarse; pero despues venció la pasion, y prorrumpiendo en lamentos de su infelicidad, le dijo : *que todos los caciques de aquella comarca se hallaban en miserable y vergonzosa esclavitud, gimiendo entre las violencias y tiranías de Motezuma; sin fuerzas para volver por sí, ni espíritu para discurrir en el remedio : que se hacia servir y adorar de sus vasallos, como uno de sus dioses; y queria que se venerasen sus violencias y sinrazones como decretos celestiales : pero que no era su ánimo proponerle que se aventurase á favorecerles, porque Motezuma tenia mucho poder y muchas fuerzas, para que se resolviese con tan poca obligacion á declararse por su enemigo : ni seria en*

*ena urbanidad pretender su bene-
ıcia, vendiendo á tan costoso pre-
'an corto servicio.*
·ocuró Hernan Cortes consolarle,
lole á entender: *que temeria poco las
zas de Motezuma, porque las suyas
ın al cielo de su parte, y natural
'ominio contra los tiranos; pero
necesitaba de pasar luego á Quia-
ın, donde le hallarian los oprimi-
y menesterosos, que teniendo la
n de su parte, necesitasen de sus
ıs; cuya noticia podria comunicar
s amigos y confederados; asegu-
lo á todos que Motezuma dejaria
fenderlos, ó no lo podria conse-
·mientras el asistiese á su defensa.*
esto se despidiéron los dos, y Her-
Cortes trató luego de su marcha,
ndo ganada la voluntad de este ca-
e, y celebrando para consigo la me-
ı de sus intentos, que por aquellos
ɜ ó espacios de la imaginacion iban
ciendo posibles.

CAPÍTULO IX.

Prosiguen los españoles su marcha desde Zempoala á Quiabislan: refiérese lo que pasó en la entrada de esta villa donde se halla nueva noticia de la inquietud de aquellas provincias, y se prenden seis ministros de Motezuma.

Al tiempo de partir el ejército, se halláron prevenidos cuatrocientos indios de carga; para que llevasen las balijas y los bastimentos, y ayudasen á conducir la artillería; que fué grande alivio para los soldados; y se ponderaba como atencion extraordinaria del cacique, hasta que se supo de doña Marina, que entre aquellos señores de vasallos era estilo corriente asistir á los ejércitos de sus aliados con este género de bagages humanos, que en su lengua se llamaban Tamenes, y tenian por oficio el caminar de cinco á seis leguas con dos ó tres arrobas de peso. 'Era la tierra que se iba descubriendo amena y deliciosa, parte ocupada con la poblacion natural de grandes arboledas, y parte fertilizada con el beneficio de las semillas, á cuya vista caminaban nuestros españoles ale-

·es y divertidos, celebrando la dicha
; pisar una campaña tan abundante.
allároase al caer del sol cerca de un
ıgarcillo despoblado, donde se hizo
ıansion por excusar el inconveniente de
ıtrar de noche en Quiabislan, adonde
egáron el dia siguiente á las diez de la
añana.

Descubríanse á largo trecho sus edi-
:ios sobre una eminencia de peñascos,
ıe al parecer servian de muralla; sitio
ıerte por naturaleza, de surtidas estre-
has y pendientes, que se halláron sin
›sistencia, y se penetráron con dificul-
ıd. Habíanse retirado el cacique y los
ecinos, para averiguar desde lejos la
ıtencion de nuestra gente; y el ejército
ıé ocupando la villa, sin hallar persona
e quien informarse, hasta que llegando
una plaza donde tenian sus adorato-
ios, le saliéron al encuentro catorce ó
uince indios, de trage mas que plebeyo,
on grande prevencion de reverencias y
erfumes, y anduviéron un rato afectan-
o cortesía y seguridad, ó procurando
sconder el temor en el respeto: afec-
›s parecidos, y fáciles de equivocar.
.nimólos Hernan Cortes, tratándolos
on mucho agrado, y les dió algunas

cuentas de vidrio azules y verdes : moneda que por sus efectos se estimaba ya entre los mismos que la conocian; con cuyo agasajo se cobráron del susto que disimulaban, y diéron á entender *que su cacique se habia retirado advertidamente, por no llamar la guerra con ponerse en defensa, ni aventurar su persona, fiándose de gente armada que no conocia; y que con este ejemplo no fué posible impedir la fuga de los vecinos menos obligados á esperar el riesgo : accion á que se habian ofrecido ellos, como personas de mas porte y mayor osadía; pero que en sabiendo todos la benignidad de tan honrados huéspedes volverian á poblar sus casas, y tendrian á mucha felicidad el servirles y obedecerles.* Asegurólos de nuevo Hernan Cortes, y luego que partiéron con esta noticia, encargó mucho á sus soldados el buen pasage de los indios, cuya confianza se conoció tan presto, que aquella misma noche viniéron algunas familias, y en breve tiempo estuvo el lugar con todos sus moradores.

Entró despues el cacique, trayendo al de Zempoala por su padrino, ambos en sus andas ó literas, sobre hombros hu-

manos. Disculpó el de Zempoala, no sin alguna discrecion, á su vecino; y á pocos lances se introdujéron ellos mismos en las quejas de Motezuma, refiriendo con impaciencia, y algunas veces con lágrimas sus tiranías y crueldades, la congoja de sus pueblos, y la desesperacion de sus nobles; á que añadió el de Zempoala por última ponderacion: *Es tan soberbio y tan feroz este monstruo, que sobre apurarnos y empobrecernos con sus tributos, formando sus riquezas de nuestras calamidades, quiere tambien mandar en la honra de sus vasallos, quitándanos violentamente las hijas y las mugeres, para manchar con nuestra sangre las aras de sus dioses, despues de sacrificarlas á otros usos mas crueles y menos honestos.*

Procuró Hernan Cortes alentarlos y disponerlos para entrar en su confederacion: pero al mismo tiempo que trataba de inquirir sus fuerzas, y el número de gente que tomaria las armas en defensa de la libertad, llegáron dos ó tres indios muy sobresaltados; y hablando con ellos al oido, los pusiéron en tanta confusion, que se levantáron perdido el

ánimo y el color, y se fuéron á paso lar go sin despedirse, ni acabar la razon. Súpose luego la causa de su turbacion porque se viéron pasar por el mism cuartel de los españoles seis ministros comisarios reales, de aquellos que an daban por el reino cobrando y recogien do los tributos de Motezuma. Venia adornados con mucha pompa de pluma y pendientes de oro, sobre delgado limpio algodon, y con bastante númer de criados ó ministros inferiores, qu moviendo segun la necesidad unos aba nicos grandes, hechos de la misma plu ma, les comunicaban el aire ó la sombr con oficiosa inquietud. Salió Cortes á l puerta con sus capitanes, y ellos pasá ron sin hacerle cortesía, vario el sem blante, entre la indignacion y el despre cio; de cuya soberbia quedáron co algun remordimiento los soldados; partieran á castigarla si él no los repr miera; contentándose por entonces co enviar á doña Marina con guardia suf ciente, para que se informase de lo qu obraban.

Entendióse por este medio, que asen tada su audiencia, en la casa de la villa hiciéron llamar á los caciques, y los r

prehendiéron públicamente con grande aspereza el atrevimiento de haber admitido en sus pueblos una gente forastera, enemiga de su rey; y que demas del servicio ordinario á que estaban obligados, les pedian veinte indios que sacrificar á sus dioses en satisfaccion y enmienda de semejante delito.

Llamó Hernan Cortes á los dos caciques, enviando algunos soldados, que sin hacer ruido los trajesen á su presencia; y dándoles á entender que penetraba lo mas oculto de sus intentos, para autorizar con este misterio su proposicion, les dijo: *que ya sabia la violencia de aquellos comisarios, y que sin otra culpa que haber admitido su ejército, trataban de imponerles nuevos tributos de sangre humana: que ya no era tiempo de semejantes abominaciones, ni él permitiria que á sus ojos se ejecutase tan horrible precepto; antes les ordenaba precisamente, que juntando su gente, fuesen luego á prenderlos, y dejasen á cuenta de sus armas la defensa de lo que obrasen por su consejo.*

Deteníanse los caciques, rehusando entrar en ejecucion tan violenta, como

envilecidos con la costumbre de sufrir el dolor, y respetar el azote; pero Hernan Cortes repitió su órden con tanta resolucion, que pasáron luego á ejecutarla; y con grande aplauso de los indios, fuéron puestos aquellos bárbaros en un género de cepos que usaban en sus cárceles, muy desacomodados, porque prendian al delincuente por la garganta, obligando los hombros á forcejar con el peso, para el desahogo de la respiracion. Eran dignas de riza las demonstraciones de entereza y rectitud con que volviéron los caciques á dar cuenta de su hazaña, porque trataban de ajusticiarlos aquel mismo dia, segun la pena que señalaban sus leyes contra los traidores; y viendo que no se les permitia tanto, pedian licencia para sacrificarlos á sus dioses, como por via de menor atrocidad.

Asegurada la prision con guardia bastante de soldados españoles, se retiró Hernan Cortes á su alojamiento, y entró en consulta consigo sobre lo que debia obrar, para salir del empeño en que se hallaba de amparar y defender aquellos caciques, del daño que les amenazaba por haberle obedecido: pero no quisiera

desconfiar enteramente á Motezuma, ni dejar de tenerle pendiente y cuidadoso. Haciale disonancia el tomar las armas, para defender la razon escrupulosa de unos vasallos quejosos de su rey, dejando sin nueva provocacion ó mejor pretexto el camino de la paz. Y por otra parte consideraba como punto necesario el mantener aquel partido que se iba formando, por si llegase el caso de haberle menester. Tuvo finalmente por lo mas acertado cumplir con Motezuma, sacando mérito de suspender los efectos de aquel desacato, y dándose á entender que por lo menos cumpliria consigo en no fomentar la sedicion, ni servirse de ella hasta la última necesidad. Lo que resultó de esta conferencia interior, que le tuvo algunas horas desvelado, fué mandar á la media noche que le trajesen dos de los prisioneros con todo recato; y recibiéndolos benignamente, les dijo, como quien no queria que le atribuyesen lo que habian padecido, que los llamaba para ponerlos en libertad; y que en fe de que la recibian únicamente de su mano, podrian asegurar á su príncipe: *que con toda brevedad procuraria enviarle los otros compañeros suyos, que queda-*

ban en poder de los caciques; para cuya enmienda y reduccion obraria lo que fuese de su mayor servicio, porque deseaba la paz, y merecerle con su respeto y atenciones toda la gratitud que se le debia por embajador y ministro de mayor príncipe. No se atrevian los indios á ponerse en camino, temiendo que los matasen ó volviesen á prender en el paso; y fué menester asegurarlos con alguna escolta de soldados españoles que los guiasen á la vecina ensenada, donde se hallaban los bajeles, con órden para que en uno de los esquifes los sacasen de los términos de Zempoala.

Viniéron á la mañana los caciques muy sobresaltados, y pesarosos de que se hubiesen escapado los dos prisioneros; y Hernan Cortes recibió la noticia con señas de novedad y sentimiento, culpándolos de poco vigilantes; y con este motivo mandó en su presencia que los otros fuesen llevados á la armada, como quien tomaba por suya la importancia de aquella prision; y secretamente ordenó á los cabos marítimos que los tratasen bien, teniéndolos contentos y seguros; con lo cual dejó confiados á los caciques, sin olvidar la satisfaccion de Motezuma,



cuyo poder tan ponderado y temido entre aquellos indios, le tenia cuidadoso: y asi procuraba ocurrir á todo, conservando aquel partido, sin empeñarse demasiado en él, ni perder de vista los accidentes que le podrian poner en obligacion de abrazarle: grande artífice de medir lo que disponia con lo que rezelaba; y prudente capitan el que sabe caminar en alcance de las contingencias y madrugar con el discurso, para quitar la fuerza ó la novedad á los sucesos.

CAPÍTULO X.

Vienen á dar la obediencia, y ofrecerse á Cortes los caciques de la Serranía: edifícase y pónese en defensa la villa de Vera-Cruz, donde llegan nuevos embajadores de Motezuma.

Divulgóse por aquellos contornos la benignidad y agradable trato de los españoles; y los dos caciques de Zempoala y Quiabislan avisáron á sus amigos y confederados de la felicidad en que se hallaban libres de tributos, y afianzada su libertad con el emparo de una gente invencible, que entendia los pensamientos de los hombres, y parecia de superior naturaleza: con que pasó la palabra, y fué, como

suele, adquiriendo fuerzas la fama, en cuyo lenguage tiene sus adiciones la verdad, ó se confunde con el encarecimiento. Ya se decia públicamente por aquellos pueblos, que habitaban sus dioses en Quiabislan, vibrando rayos contra Motezuma; y duró algunos dias esta credulidad entre los indios, cuya engañada veneracion facilitó mucho los principios de aquella conquista: pero no se apartaban totalmente de la verdad en mirar como enviados del cielo, á los que por decreto y ordenacion suya venian á ser instrumentos de su salud: aprehension de su rudeza, en que pudo mezclarse alguna luz superior, dispensada en favor de su misma sinceridad.

Creció tanto esta opinion de los españoles, y suena tan bien el nombre de la libertad á los oprimidos, que en pocos dias viniéron à Quiabislan mas de treinta caciques, dueños de la montaña que estaba á la vista, donde habia numerosas poblaciones de unos indios que llamaban Totonaques, gente rústica, de diferente lengua y costumbres, pero robusta, y no sin presuncion de valiente. Diéron todos la obediencia, ofreciéron sus huestes, y en la forma que se les propuso juráron

fidelidad y vasallage al señor de los españoles, de que se recibió auto solemne ante el ecribano del ayuntamiento. Dice antonio de Herrera, que pasaria de cien mil hombres la gente de armas que ofreciéron estos caciques: no la contó Bernal Diaz de Castillo, ni llegó el caso de alistarla: seria grande el número, por ser muchos los pueblos, y fáciles de mover contra Motezuma, particularmente cuando la Serranía constaba de indios belicosos, recien sujetos ó mal conquistados.

Hecho este género de confederacion, se retiráron los caciques á sus casas, prontos á obedecer lo que se les ordenase; y Hernan Cortes trató de dar asiento á la Villa Rica de Vera-Cruz, que hasta entonces se movia con el ejército, aunque observaba sus distinciones de república. Eligióse el sitio en lo llano, entre la mar y Quiabislan, media legua de esta poblacion: tierra que convidaba con su fertilidad, abundante de agua, y copiosa de árboles, cuya vecindad facilitaba el corte de madera para los edificios. Abriéronse las zanjas, empezando por el templo: repartiéronse los oficiales carpinteros y albañiles, que venian con plaza de soldados, y ayudando los indios de Zempoala

y Quiabislan con igual maña y actividad, se fuéron levantando las casas de humilde arquitectura, que miraban mas al cubierto que á la comodidad. Formóse luego el recinto de la muralla, con sus traveses de tapia corpulenta; bastante reparo contra las armas de los indios; y en aquella tierra tuvo alguna propriedad el nombre que se le dió de fortaleza. Asistian á la obra con la mano y con el hombro los soldados principales del ejército; y trabajaba como todos Hernan Cortes, pendiente al parecer de su tarea, ó no contento con aquella escasa diligencia que basta en el superior para el ejemplo.

Entretanto llegáron á Méjico los primeros avisos de que estaban los españoles en Zempoala, admitidos por aquel cacique, hombre á su parecer de fidelidad sospechosa, y de vecinos poco seguros; cuya noticia irritó de suerte á Motezuma, que propuso juntar sus fuerzas, y salir personalmente á castigar este delito de los Zempoales, y poner debajo del yugo á las demas naciones de la Serranía, prendiendo vivos á los españoles; destinados ya en su imaginacion para un solemne sacrificio de sus dioses.

Pero al mismo tiempo que se empeza-

ban á disponer las grandes prevenciones de esta jornada, llegáron á Méjico los dos indios que despachó Cortes desde Quiabislan, y refiriéron el suceso de su prision, y que debian su libertad al caudillo de los extrangeros, y el haberlos puesto en camino; para que le representasen cuanto deseaba la paz, y cuan lejos estaba su ánimo de hacerle algun deservicio: encareciendo su benignidad y mansedumbre con tanta ponderacion, que pudiera conocerse de las alabanzas que daban á Cortes el miedo que tuviéron á los caciques.

Mudáron semblante las cosas con esta novedad; mitigóse la ira de Motezuma: cesáron las prevenciones de la guerra, y se volvió á tentar el camino del ruego, procurando desviar el intento de Cortes con nueva embajada y regalo; á cuyo temperamento se inclinó con facilidad; porque en medio de su irritacion y soberbia no podia olvidar las señales del cielo, y las respuestas de sus ídolos, que miraba como agüeros de su jornada, ó por lo menos le obligaban á la dilacion del rompimiento procurando entenderse con su temor; de manera que los hombres



le tuviesen por prudencia, y los dioses por obsequio.

Llegó esta embajada cuando se andaba perfeccionando la nueva poblacion y fortaleza de Vera-Cruz. Viniéron con ella dos mancebos de poca edad, sobrinos de Motezuma, asistidos de cuatro caciques ancianos, que los encaminaban como consejeros, y los autorizaban con su respeto. Era lucido el acompañamiento, y traian un regalo de oro, pluma y algodon, que valdria dos mil pesos. El razonamiento de los embajadores fué: *que el grande emperador Motezuma, habiendo entendido la inobediencia de aquellos caciques, y el atrevimiento de prender y maltratar á sus ministros, tenia prevenido un ejército poderoso para venir personalmente á castigarlos; y lo habia suspendido por no hallarse obligado á romper con los españoles, cuya amistad deseaba, y á cuyo capitan debia estimar y agradecer la atencion de enviarle aquellos dos criados suyos, sacándolos de prision tan rigurosa. Pero que despues de quedar con toda confianza de que obraria lo mismo en la libertad de sus compañeros, no podia dejar de quejarse amigablemente*

le que un hombre tan valeroso y tan uesto en razon, se acomodase á vivir ntre sus rebeldes, haciéndolos mas inso- lentes con la sombra de sus armas, y iendo poco menos que aprobar la trai- ion el dar atrevimiento á los traidores; or cuya consideracion le pedia que se apartase luego de aquella tierra, para que pudiese entrar en ella su castigo sin ofensa de su amistad; y con el mismo buen corazon le amonestaba que no tra- tase de pasar á su corte, por ser grandes los estorbos y peligros de esta jornada. En cuya ponderacion se alargáron con misteriosa prolijidad, por ser esta la par- ticular advertencia de su instruccion.

Hernan Cortes recibió la embajada y el egalo con respeto y es timacion; y antes le dar su respuesta, mandó que entrasen os cuatro ministros presos, que hizo traer le la armada prevenidamente: y captan- lo la benevolencia de los embajadores, on la accion de entregárselos bien tra- tados y agradecidos, les dijo en subs- ancia, *que el error de los caciques de Zempoala y Quiabislan quedaba en- mendado con la restitucion de aquellos ministros, y él muy gustoso de acreditar*

con ella su atencion, y dar á Mot
esta primera señal de su obedienc
no dejaba de conocer y confesar e
vimiento de la prision, aunque p
disculparle con el exceso de los n
ministros; pues no contentos con
butos debidos á su corona, pedi
propria autoridad veinte indios de
para sus sacrificios: dura proposi
abuso que no podian tolerar los esp
por ser hijos de otra religion mas
de la piedad y de la naturaleza: qu
hallaba obligado de aquellos cac
porque le admitiéron y albergáron
tierras, cuando sus gobernadores T
y Pilpatoe le abandonáron desa
mente, faltando á la hospitalidad
derecho de las gentes: accion que se
ria sin su órden, y le seria desagra
ó por lo menos él lo debia entende
porque mirando á la paz, deseaba
quecer la razon de su queja: que a
tierra, ni la Serrania de los Totonaq
se moverian en deservicio suyo, ni
permitiria; porque los caciques est
su devocion, y no saldrian de sus órc
por cuyo motivo se hallaba en oblig

*? interceder por ellos para que se les per-
›nase la resistencia que hiciéron á sus
.inistros, por la accion de haber admiti-
› y alojado su ejército: y que en lo de-
as solo podia responder, que cuando
›nsiguiese la dicha de acercarse á sus
:es, se conoceria la importancia de su
nbajada: sin que le hiciesen fuerza los
torbos y peligros que le representaban,
›rque los españoles no conocian el te-
›or; antes se azoraban y encendian con
›s impedimentos, como enseñados á
·andes peligros, y hechos á buscar la
!oria entre las dificultades.*

Con esta breve y resuelta oracion, en
ue se debe notar la constancia de Hernan
ortes, y el arte con que procuraba dar
stimacion á sus intentos respondió á los
nbajadores, que partiéron muy agasa-
ıdos y ricos de bujerías castellanas:
evando para su rey en forma de presente
tra magnificencia del mismo género.

Reconocióse que iban cuidadosos de no
aber conseguido que se retirase aquel
jército, á cuyo punto caminaban todas
ıs líneas de su negociacion. Ganóse
ıucho crédito con esta embajada entre
quellas naciones; porque se confirmáron

en la opinion de que venia en la persona de Hernan Cortes alguna deidad, y no de las menos poderosas; pues Motezuma, cuya soberbia se desdeñaba de doblar la rodilla en la presencia de sus dioses, le buscaba con aquel rendimiento, y solicitaba su amistad con dádivas que á su parecer serian poco menos que sacrificios; de cuya notable aprehension resultó que perdiesen mucha parte del miedo que tenian á su rey, entregándose con mayor sujecion á la obediencia de los españoles. Y hasta la desproporcion de semejante delirio fué menester, para que una obra tan admirable como la que se intentaba con fuerzas tan limitadas, se fuese haciendo posible con estas permisiones del Altísimo, sin dejarla toda en términos de milagro, ó en descrédito de temeridad.

CAPÍTULO XI.

Mueven lo Zempoales con engaño las armas de Hernan Cortes contra los de Zimpacingo sus enemigos: hácelos amigos, y deja reducida aquella tierra.

Poco despues vino á Vera-Cruz el cacique de Zempoala en compañía de al-

unos indios principales, que traia como testigos de su proposicion: y dijo á Hernan Cortes, que ya llegaba el caso de amparar y defender su tierra; porque unas tropas de gente mejicana habian hecho pie en Zimpacingo, lugar fuerte, que distaria de allí póco menos de dos soles, y salian á correr la campaña, destruyendo los sembrados, y haciendo en su distrito algunas hostilidades, con que al parecer daban principio á su venganza. Hallábase Hernan Cortes empeñado en favorecer á los Zempoales; para mantener el crédito de sus ofertas: parecióle que no seria bien dejar consentido á sus ojos aquel atrevimiento de los mejicanos; que en caso de ser algunas tropas avanzadas del ejército de Motezuma, convendria enviarlas escarmentadas, para que desanimasen á los de su nacion; á cuyo efecto determinó salir personalmente á esta faccion; entrando en el empeño con alguna ligereza, porque no conocia los engaños y mentiras de aquella gente (vicio capital entre los indios), y se dejó llevar de lo verisímil con poco exámen de la verdad. Ofreciòles que saldria luego con su ejército á castigar aquellos enemigos que turbaban la quietud

de sus aliados; y mandando que le |
viniesen indios de carga para el bag
y la artillería, dispuso brevement
marcha, y partió la vuelta de Zampaci
con cuatro cientos soldados, deja
á los demas en el presidio de V
Cruz.

Al pasar por Zempoala halló dos
indios de guerra que le tenia preven
el cacique; para que sirviesen debaj
su mano en esta jornada, dividido
cuatro escuadrones ó capitanías, con
cabos, insignias y armas á la usanz
su milicia. Agradecióle mucho Her
Cortes la providencia de este socorr
aunque le dió à entender que no ne
taba de aquellos soldados suyos para
empresa de tan poco cuidado; los de
por lo que sucediese, como quien
permitia, para darles parte en la gl
del suceso.

Aquella noche se alojáron en una
tancias, tres leguas de Zimpacing
otro dia á poco mas de las tres de la t
se descubrió esta poblacion en lo alt
una colina, ramo de la sierra, entre g
des peñas, que escondian parte d
edificios, y amenazaban desde lejo
la dificultad del camino. Empezáro



pañoles á vencer la aspereza del monte,
sin trabajo considerable; porque reze-
ios de dar en alguna emboscada, se
an doblando y desfilando á la voluntad
l terreno; pero los Zempoales, ó mas
estros, ó menos embarazados en lo es-
echo de las sendas, se adelantáron con
ı género de ímpetu que parecia valor,
endo venganza y latrocinio. Hallóse
bligado Hernan Cortes á mandar que
ciesen alto, á tiempo que estaban ya
entro del pueblo algunas tropas de su
anguardia.

Fué prosiguiendo la marcha sin resis-
ncia; y cuando ya se trataba de asaltar
villa por diferentes partes, saliéron de
la ocho sacerdotes ancianos, que bus-
iban al capitan de aquel ejército, á cuya
resencia llegáron haciendo grandes su-
nisiones, y pronunciando algunas pala-
ras humildes y asustadas, que sin nece-
tar de los intérpretes, sonaban á rendi-
niento. Era su trage ó su ornamento
nas mantas negras, cuyos extremos
egaban al suelo, y por la parte superior
e recogian y plegaban al cuello; dejan-
o suelto un pedazo en forma de capilla,
on que abrigaban la cabeza, largo hasta
os hombros el cabello, salpicado y en-

durecido con la sangre humana de los sacrificios, cuyas manchas conservaban supersticiosamente en el rostro y en las manos, porque no les era lícito lavarse: propios ministros de dioses inmundos, cuya torpeza se dejaba conocer en estas y otras deformidades.

Diéron principio á su oracion, preguntando á Cortes *¿por qué resistencia, ó por qué delito merecian los pobres habitadores de aquel pueblo inocente la indignacion ó el castigo de una gente conocida ya por su clemencia en aquellos contornos?* Respondióles: *que no trataba de ofender á los vecinos del pueblo, sino de castigar á los mejicanos que se albergaban en él, y salian á infestar las tierras de sus amigos.*

Á que replicáron: *que la gente de guerra mejicana que asistia de guarnicion en Zimpacingo, se habia retirado huyendo la tierra adentro luego que se divulgó la prision de los ministros de Motezuma ejecutada en Quiabislan; y que si venia contra ellos por influencia ó sugestion de aquellos indios que le acompañaban, tuviese entendido que los Zempoales eran sus enemigos, y que le*

raian engañado, fingiendo aquellas correrías de los mejicanos para destruirlos y hacerle instrumento de su venganza.

Averiguóse fácilmente con la turbacion y frívolas disculpas de los mismos cabos Zempoales, que decian verdad estos sacerdotes; y Hernan Cortes sintió el engaño como desaire de sus armas, enojado á un tiempo con la malicia de los indios, y con su propia sinceridad: pero acudiendo con el discurso á lo que mas importaba en aquel caso, mandó prontamente que los capitanes cristóval de Olid y pedro de Alvarado fuesen con sus compañías á recoger los indios que se adelantáron á entrar en el pueblo, los cuales andaban ya cebados en el pillage, y tenian hecha considerable presa de ropa y alhajas, y maniatados algunos prisioneros. Fuéron traidos al ejército, cargados afrentosamente de su mismo robo, y venian en su alcance los miserables despojados clamando por su hacienda; para cuya satisfaccion y consuelo mandó Hernan Cortes que se desatasen los prisioneros, y que la ropa se entregase á los sacerdotes, para que la restituyesen á sus dueños. Y llamando á

los capitanes y cabos de los Zempoales, reprehendió públicamente su atrevimiento con palabras de grande indignacion, dándoles á entender que habian incurrido en pena de muerte por el delito de obligarle á mover el ejército para conseguir su venganza: y haciéndose rogar de los capitanes españoles que tenia prevenidos para que le templasen y detuviesen, les concedió el perdon por aquella vez, encareciendo la hazaña de su mansedumbre; aunque á la verdad no se atrevió por entonces á castigarlos con el rigor que merecian, pareciéndole que entre aquellos nuevos amigos tenia sus inconvenientes la satisfaccion de la justicia, ó peligraban menos los excesos de la clemencia.

Hecha esta demonstracion, que le dió crédito con ambas naciones, ordenó que los Zempoales se acuartelasen fuera del poblado y él entró con sus españoles en el lugar, donde tuvo aplausos de libertador, y le visitáron luego en su alojamiento el cacique de Zimpacingo y otros del contorno, los cuales convidáron con su amistad y su obediencia, reconociendo por su rey al príncipe de los españoles, amado ya con fervorosa emulacion en

aquella tierra, donde le iba ganando súbditos cierto género de razon, que les subministraba entonces el aborrecimiento de Motezuma.

Trató despues de ajustar las disensiones que traian entre sí aquellos indios con los de Zempoala, cuyo principio fué sobre division de términos y zelos de jurisdiccion, que anduvo primero entre los caciques, y ya se habia hecho rencor de los vécinos, viviendo unos y otros en continua hostilidad, para cuyo efecto dió forma en la composicion de sus diferencias; y tomando á su cuenta el beneplácito del señor de Zempoala, consiguió el hacerlos amigos, y tomó la vuelta de Vera-Cruz, dejando adelantado su partido con la obediencia de nuevos caciques, y apagada la enemistad de sus parciales, cuya desunion pudiera embarazarle para servirse de ellos, con que sacó utilidad, y halló conveniencia en el mismo desacierto de su jornada; siendo este, fruto que suelen producir los errores uno de los desengaños de la prudencia humana, cuyas disposiciones se quedan las mas veces en la primera region de las cosas.

CAPÍTULO XII.

Vuelven los españoles á Zempoala, consigue el derribar los ídolos, con sistencia de los indios, y queda h plo de nuestra señora el principal d ratorios.

Estaba el cacique de Zempoa rando á Cortes en una casería p tante de su pueblo, con grande cion de vituallas y manjares, pai refresco á su gente; pero muy a zado y pesaroso de que se hubi cubierto su engaño. Quiso disc y Hernan Cortes no se lo perm ciéndole que ya venia desenojac solo deseaba la enmienda, única cion de los delitos perdonados. luego al lugar donde le tenia pı segundo presente de ocho do vistosamente adornadas: era la brina suya, y la traia destinada j Hernan Cortes le honrase recil por su muger; y las otras para repartiese á sus capitanes como ciese: haciendo este ofrecimient quien deseaba estrechar su ami: los vínculos de la sangre. Resı

que estimaba mucho aquella demonstracion de su voluntad y de su ánimo; pero que no era lícito á los españoles el admitir mugeres de otra religion, por cuya causa suspendia el recibirlas hasta que fuesen cristianas. Y con esta ocasion le apretó de nuevo en que dejase la idolatría, porque no podia ser buen amigo suyo quien se quedaba su contrario en lo mas esencial; y como le tenia por hombre de razon, entró con alguna confianza en el intento de convencerle y reducirle; pero él estuvo tan lejos de abrir los ojos, ó sentir la fuerza de la verdad, que fiado en la presuncion de su entendimiento; quiso argumentar en defensa de sus dioses, y Hernan Cortes se enfadó con él, dejándose llevar del zelo de la religion, y le volvió las espaldas con algun desabrimiento.

Ocurrió en esta sazon una de las festividades mas solemnes de sus ídolos: y los Zempoales se juntáron, no sin algun recato de los españoles, en el principal de sus adoratorios, donde se celebró un sacrificio de sangre humana, cuya horrible funcion se ejecutaba por mano de los sacerdotes con las ceremonias que verémos en su lugar. Vendíanse despues

á pedazos aquellas víctimas infelic
se compraban y apetecian como sag
manjares : bestialidad abominable
gula, y peor en la devocion. Viéron
de este destrozo algunos españoles
viniéron á Cortes con la noticia
escandalo, y fué tan grande su irrita
que se le conoció luego en el semb
la piadosa turbacion de su ánimo. Ce
á vista de mayor causa los motivo
obligaban á conservar aquellos con
rados; y como tiene tambien sus pi
ros ímpetus la ira cuando se acon
con la razon, prorumpió en amen
mandando que tomasen las arma
soldados, y que le llamasen al cac
y á los demas indios principales q
lian asistirle; y luego que llegáron
presencia, marchó con ellos al ad
rio, llevando en órden su gente.

Saliéron á la puerta de el los sacer
que estaban ya rezelosos del suces
grandes voces empezáron á convo
pueblo en defensa de sus dioses; á
tiempo se dejáron ver algunas trop
indios armados, que segun se ent
despues, habian prevenido los m
sacerdotes, porque temiéron algun
lencia dando por descubierto el sac

ınto aborrecian los españoles. Era
;una consideracion el número de la
que iba ocupando las bocas de las
; pero Hernan Cortes, poco emba-
o en estos accidentes, mandó que
Marina dijese en voz alta, que á la
ıra flecha que disparasen, haria de-
•al cacique y á los demas Zempoales
enia en su poder, y despues daria
ision á sus soldados para que casti-
á sangre y fuego aquel atrevimien-
emblároa los indios al terror de se-
ıte amenaza; y temblando como
el cacique, mandó á grandes voces
lejasen las armas, y se retirasen,
precepto se ejecutó apresurada-
e, conociéndose en la prontitud
ıue desaparecióron lo que deseaba
mor parecer obediencia.
ıedóse Hernan Cortes con el cacique
ı los de su séquito; y llamando á los
·dotes, oró contra la idolatría con
que militar elocuencia: *animólos*
que no le oyesen atemorizados:
uró servirse de los términos suaves,
e callase la violencia donde habla-
'a razon: lastimóse con ellos del
ıño en que vivian: quejóse de que
lo sus amigos, no le diesen cré-

dito en lo que mas les importaba: ponderóles lo que deseaba su bien: y de las caricias que hablaban con el corazon, pasó á los motivos que hablan con el entendimiento: hízoles manifiesta demonstracion de sus errores: púsoles delante casi en forma visible la verdad; y últimamente les dijo que venia resuelto á destruir aquellos simulacros del demonio, y que esta obra le seria mas acepta, si ellos mismos la ejecutasen por sus manos. Á cuyo intento los persuadia y animaba para que subiesen por las gradas del templo á derribar los ídolos; pero ellos se contristáron de manera con esta proposicion, que solo respondian con el llanto y el gemido, hasta que arrojándose en tierra, dijéron á grandes voces que primero se dejarian hacer pedazos, que poner las manos en sus dioses. No quiso Hernan Cortes empeñarse demasiado en esta circunstancia que tanto resistian, y así mandó que sus soldados lo ejecutasen; por cuya diligencia fuéron arrojados desde lo alto de las gradas, y llegáron al pavimiento hechos pedazos el ídolo principal y sus colaterales, seguidos y atropellados de sus mismas aras, y de los instrumentos

detestables de su adoracion. Fué grande la conmocion y el asombro de los indios: mirábanse unos á otros, como echando menos el castigo del cielo; y á breve rato sucedió lo mismo que en Cozumel; porque viendo á sus dioses en aquel abatimiento; sin poder ni actividad para vengarse, les perdiéron el miedo, y conociéron su flaqueza: al modo que suele conocer el mundo los engaños de su adoracion en la ruina de sus poderosos.

Quedáron con esta experiencia los Zempoales mas fáciles á la persuasion, y mas atentos á la obediencia de los españoles; porque si antes los miraban como sugetos de superior naturaleza, ya se hallaban obligados á confesar que podian mas que sus dioses. Y Hernan Cortes, conociendo lo que habia crecido con ellos su autoridad, les mandó que limpiasen el templo, cuya órden se ejecutó con tanto fervor y alegría, que afectando su desengaño, arrojaban al fuego los fragmentos de sus ídolos. Ordenó luego el cacique á sus arquitectos que rozasen las paredes, borrando las manchas de sangre humana que se conservaban como adorno. Blanqueáronse despues con una capa de aquel

yeso resplandeciente que usaban en sus edificios, y se fabricó un altar, donde se colocó una imágen de nuestra Señora, con algunos adornos de flores y luces; y el dia siguiente se celebró el santo sacrificio de la misa con la mayor solemnidad que fué posible, á vista de muchos indios que asistian á la novedad, mas admirados que atentos, aunque algunos doblaban la rodilla y procuraban remedar la devocion de los españoles.

No hubo lugar entonces de instruirlos con fundamento en los principios de la religion, porque pedia mas espacio su rudeza; y Hernan Cortes llevaba intento de empezar tambien su conquista espiritual desde la corte de Motezuma; pero quedáron inclinados al desprecio de sus ídolos, y dispuestos á la veneracion de aquella santa imágen, ofreciendo que la tendrian por su abogada, para que los favoreciese el Dios de los cristianos; cuyo poder reconocian ya por los efectos, y por algunas vislumbres de la luz natural, bastantes siempre á conocer lo mejor, y á sentir la fuerza de los auxilios con que asiste Dios á todos los racionales.

Y no es de omitir la piadosa resolucion de un soldado anciano, que se quedó solo

entre aquella gente mal reducida, para cuidar del culto de la imágen, coronando su vejez con este santo ministerio; llamábase juan de Torres, natural de la ciudad de Córdova. Accion verdaderamente digna de andar con el nombre de su dueño, y virtud de soldado, en que hubo mucha parte de valor.

CAPÍTULO XIII.

Vuelve el ejército á Vera-Cruz : despáchanse comisarios al rey con noticia de lo que se habia obrado : sosiégase otra sedicion con el castigo de algunos delincuentes, y Hernan Cortes ejecuta la resolucion de dar al traves con la armada.

Partiéron luego los españoles de Zempoala, cuya poblacion se llamó unos dias la Nueva Sevilla y cuando llegáron á Vera-Cruz, acababa de arribar al parage donde estaba surta la armada, un bajel de poco porte, que venia de la isla de Cuba á cargo del capitan francisco de Saucedo, natural de Medina de Rioseco, á quien acompañaba el capitan luis Marin, que lo fué despues en la conquista de Méjico, y traian diez soldados, un caballo y una yegua, que en aquella ocur-

rencia se tuvo á socorro considerable. Omitiéron nuestros escritores el intento de su viage; y en esta duda parece lo mas verisímil que saliesen de Cuba con ánimo de buscar á Cortes para seguir su fortuna: á que persuade la misma facilidad con que se incorporáron en su ejército. Súpose por este medio que el gobernador diego Velazquez quedaba nuevamente encendido en sus amenazas contra Hernan Cortes, porque se hallaba con título de adelantado de aquella isla, y con despachos reales para descubrir y poblar, obtenidos por la negociacion de un capellan suyo, que habia despachado á la corte para esta y otras pretensiones, cuya merced le tenia inexorable, ó persuadido á que su mayor autoridad era nueva razon de su queja.

Pero Hernan Cortes, empeñado ya en mayores pensamientos, trató esta noticia como negocio indiferente, aunque le apresuró algo en la resolucion de dar cuenta al rey de su persona: para cuyo efecto dispuso que Vera-Cruz, en nombre de villa, formase una carta, poniendo á los pies de S. M. aquella nueva república, y refiriendo por menor los sucesos de la jornada; las provincias que

estaban ya reducidas á su obediencia; la riqueza, fertilidad y abundancia de aquel nuevo mundo; lo que se habia conseguido en favor de la religion; y lo que se iba disponiendo en órden á reconocer lo interior del imperio de Motezuma. Pidió encarecidamente á los capitulares del ayuntamiento, que sin omitir las violencias intentadas por diego Velazquez, y su poca razon, ponderasen mucho el valor y constancia de aquellos españoles, y les dejó el campo abierto para que hablasen de su persona como cada uno sintiese. No seria modestia, sino fiar de su mérito mas que de sus palabras, y desear que se alargasen ellos con mejor tinta en sus alabanzas, que á nadie suenan mal sus mismas acciones bien ponderadas, y mas en esta profesion militar, donde se usan unas virtudes poco desengañadas, que se pagan de su mismo nombre.

La carta se escribió en forma conveniente, cuya conclusion fué pedir á su magestad que le enviase el nombramiento de capitan general de aquella empreza, revalidando el que tenia de la villa y ejército, sin dependencia de diego Velazquez; y él escribió en la misma sub-

stancia, hablando con mas fundamento en las esperanzas que tenia de traer aquel imperio á la obediencia de su magestad, y en lo que iba disponiendo para contrastar el poder de Motezuma con su misma tiranía.

Formados los despachos, se cometió á los capitanes alonso hernandez Portocarrero, y francisco de Montejo esta legacía; y se dispusó que llevasen al rey todo el oro, y alhajas de precio y curiosidad que se habian adquirido, así de los presentes de Motezuma, como de los rescates y dádivas de los otros caciques, cediendo su parte los oficiales y soldados, para que fuese mas cuantioso el regalo; lleváron tambien algunos indios, que se ofreciéron voluntarios á este viage; primicias de aquellos nuevos vasallos que se iban conquistando: y Hernan Cortes envió regalo aparte para su padre martin Cortes; digno cuidado entre las demas atenciones suyas. Fletóse luego el mejor navío de la armada: encargóse el regimiento de la navegacion al piloto mayor anton de Alaminos; y cuando llegó el dia señalado para la embarcacion, se encomendó al favor divino el acierto del viage con una misa solemne del Espíritu

Santo; y con este feliz auspicio se hiciéron á la vela en diez y seis de julio de mil y quinientos y diez y nueve, con órden precisa de seguir su derrota la vuelta de España, procurando tomar el canal de Bahama, sin tocar en la isla de Cuba, donde se debian rezelar como peligro evidente las asechanzas de diego Velazquez.

En el tiempo que se andaban tratando las prevenciones de esta jornada, se inquietáron nuevamente algunos soldados y marineros, gente de pocas obligaciones, tratando de escaparse para dar aviso á diego Velazquez de los despachos y riquezas que se remitian al rey en nombre de Cortes: y era su ánimo adelantarse con esta noticia, para que pudiese ocupar los pasos y apresar el navío, á cuyo fin tenian ya ganados los marineros de otro, y prevenido en él todo lo necesario para su viage; pero la misma noche de la fuga se arrepintió uno de los conjurados, que se llamaba bernardino de Coria. Iba con los demas á embarcarse; y conociendo desde mas cerca la fealdad de su delito, se apartó cautelosamente de sus compañeros, y vino con el aviso á Cortes. Tratóse luego del remedio, y

se dispuso con tanto secreto y diligencia, que fuéron aprendidos todos los cómplices en el mismo bajel, sin que pudiesen negar la culpa que cometian. Y Hernan Cortes la tuvo por digna de castigo ejemplar, desconfiando ya de su misma benignidad. Substancióse en breve la causa, y se dió pena de muerte á dos de los soldados, que fuéron promovedores del trato, y de azotes á otros dos que tuviéron contra sí la reincidencia; los demas se perdonáron como persuadidos ó engañados: pretexto de que se valió Cortes para no deshacerse de todos los culpados; aunque ordenó tambien que al marinero principal del navío destinado para la fuga, se le cortase uno de los pies. Sentencia extraordinaria, y en aquella ocasion conveniente, para que no se olvidase con el tiempo la culpa que mereció tan severo castigo: materia en que necesita de los ojos la memoria, porque retiene con dificultad las especies que duelen á la imaginacion.

Bernal Diaz del Castillo, y á su imitacion antonio de Herrera, dicen que tuvo culpa en este delito el licenciado juan Diaz, y que por el respeto del sacerdocio no se hizo con él la demonstracion

que merecia. Pudiera valerle contra sus plumas esta inmunidad, particularmente cuando es cierto que en una carta que escribió Hernan Cortes al emperador en treinta de octubre de mil y quinientos y veinte, cuyo contesto debemos á juan bautista Ramusio en sus navegaciones, no hace mencion de este sacerdote, aunque nombre todos los cómplices de la misma sedicion; ó no seria verdad el delito que se le imputa, ó tendrémos para no creerlo la razon que él tuvo para callarlo.

El dia que se ejecutó la sentencia, se fué Cortes con algunos de sus amigos á Zempoala, donde le asaltáron varios pensamientos. Púsole en gran cuidado el atrevimiento de estos soldados: mirábale como resulta de las inquietudes pasadas, y como centella de incendio mal apagado: llegaba ya el caso de pasar adelante con su ejército, y era muy probable la necesidad de medir sus fuerzas con las de Motezuma: obra desigual para intentada con gente desunida y sospechosa. Discurria en mantenerse algunos dias entre aquellos caciques amigos, en divertir su ejército á menores emprezas, en hacer nuevas poblaciones que se diesen la ma-

no con Vera-Cruz; pero en todo l
llaba inconvenientes : y de esta mis
turbacion de su espíritu nació una
las acciones en que mas se reconoce
grandeza de su ánimo. Resolvióse á d
hacer la armada, y romper todos los
jeles, para acabar de asegurarse de
soldados, y quedarse con ellos á mor
vencer; en cuyo dictámen hallaba ta
bien la conveniencia de aumentar el ej
cito con mas de cien hombres que
ocupaban en el ejercicio de pilotos
marineros. Comunicó esta resolucio
sus confidentes, y por su medio se d
puso, con algunas dádivas y con
secreto conveniente, que los misn
marineros publicasen á una voz que
naves se iban á pique sin remedio, c
el descalabro que habian padecido en
demora, y mala calidad de aquel puer
sobre cuya deposicion cayó como pro
dencia necesaria la órden que les
Cortes, para que sacando á tierra el
lúmen, jarcias y tablazon que podia
de servicio, diesen al traves con los l
ques mayores, reservando solamente
esquifes para el uso de la pesca, reso
cion dignamente ponderada por una
las mayores de esta conquista; y no

ıemos si de su género se hallará mayor lguna en todo el campo de las historias.

De Agatócles refiere Justino, que de-embarcando con su ejército en las costas e Africa, encendió los bajeles en que le ondujo para quitar á sus soldados el uxilio de la fuga.

Con igual osadía ilustra Polieno la me-ıoria de Timarco, capitan de los Etolos.

Quinto Fabio Máximo nos dejó entre ıs advertencias militares otro incendio :mejante, si creemos á la narracion de :ontino mas que al silencio de Plutarco. ero no se disminuye alguna de estas ha-ıñas en el ejemplo de las otras; y si con-deramos á Hernan Cortes con menos :nte que todos, en tierra mas distante y enos conocida, sin esperanza de huma-ı socorro, entre unos bárbaros de cos-mbres tan feroces, y en la oposicion de ı tirano tan soberbio y tan poderoso, ıllarémos que fué mayor su empeño, y as heroica su resolucion; ó concedien-ı á estos grandes capitanes la gloria de r imitados, porque fuéron primeros, ejarémos á Cortes la de haber hallado ıbre sus mismas huellas el camino de ıcederlos.

No es sufrible que bernal Diaz del Cas-

tillo, con su acostumbrada, no sabemo malicia ó sinceridad, se quisiera intro ducir á consejero de obra tan grande usurpando á Cortes la gloria de haberl di-currido. *Le aconsejamos*, dice, *su amigos, que no dejase navio en el puerto sino que diese al traves con ellos*. Pero no supo entenderse con su ambicion, pues añadió poco despues: *y esta plá tica de dar al traves con los navios l tenia ya concertada, sino que quiso qu saliese de nosotros:* con que solo se l debe el consejo, que llegó despues de l resolucion. Menos tolerable nota es l que puso antonio de Herrera en la mis ma accion; pues asienta que se rompió la armada á instancia de los soldados, *y que fuéron persuadidos y solicitado por la astucia de Cortes*, término es suyo *por no quedar él solo obligado á la pag de los navios sino que el ejército los pa gase*. No parece que Hernan Cortes se hallaba entonces en estado ni en parag de temer pleitos civiles con diego Velas quez: ni este modo de discurrir tien conexion con los altos designios que s andaban forjando en su entendimiento si tomó esta noticia del mismo bern Diaz, que lo presumió así, temeroso quiz

le que le tocase alguna parte en la paga le los bajeles, pudiera desestimarla como ına de sus murmuraciones, que ordinaiamente pecan de interesadas; y si fué onjetura suya, como lo da á entender; tuvo á destreza de historiador el penerar lo interior de las acciones que refiere, esautorizó la misma accion con la poca obleza del motivo, y faltó á la proporion atribuyendo efectos grandes á cauas ordinarias.

CAPÍTULO XIV.

ispuesta la jornada, llega noticia de que andaban navíos en la costa: parte Cortes á Vera-Cruz, y prende siete soldados de la armada de francisco de Garay: dase principio á la marcha, y penetrada con mucho trabajo la sierra, entra el ejército en la provincia de Zocothlan.

INTIÉRON mucho algunos soldados este estrozo de la armada; pero se pusiéron ıcilmente en razon con la memoria del astigo pasado, y con el ejemplo de los ue discurrian mejor. Tratóse luego de jornada, y Hernan Cortes juntó su ército en Zempoala, que constaba de

quinientos infantes, quince caballos y seis piezas de artillería; dejando ciento y cincuenta hombres y dos caballos de guarnicion en Vera-Cruz, y por su gobernador al capitan juan de Escalante soldado de valor, muy diligente, y de toda su confianza. Encargó mucho á los caciques del contorno que en su ausencia le obedeciesen y respetasen, como á persona en quien dejaba toda su autoridad; y que cuidasen de asistirle con bastimentos, y gente que ayudase en la fábrica de la iglesia, y en las fortificaciones de la villa; á que se atendia, no tanto porque se temiese inquietud entre aquellos indios de la vecindad, como por el rezelo de alguna invasion ó contratiempo de diego Velazquez.

El cacique de Zempoala tenia prevenidos doscientos tamenes, ó indios de carga, para el bagage, y algunas tropas armadas que agregar al ejército, de las cuales entresacó Hernan Cortes hasta cuatrocientos hombres, incluyendo en este número cuarenta ó cincuenta indios nobles, de los que mas suponian en aquella tierra: y aunque los trató desde luego como á soldados suyos, en lo interior de su ánimo los llevó como rehenes, librand

en ellos la seguridad del templo que dejaba en Zempoala, de los españoles que quedaban en Vera-Cruz, y de un page suyo de poca edad, que dejó encargado al cacique para que aprendiese la lengua mejicana, por si le faltasen los intérpretes: adminículo en que se conoce su cuidado, y cuanto se alargaba con el discurso á todo lo posible de los sucesos.

Estando ya en órden las disposiciones de la marcha, llegó un correo de juan de Escalante, con aviso de que andaban navíos en la costa de Vera-Cruz, sin querer dar plática, aunque se habian hecho señas de paz y diferentes diligencias. No era este accidente para dejado á las espaldas, y así partió luego Hernan Cortes con algunos de los suyos á Vera-Cruz, encargando el gobierno del ejército á pedro de Alvarado y á gonzalo de Sandoval. Estaba, cuando llegó, uno de los bajeles sobre el ferro, al parecer en distancia considerable de la tierra, y á breve rato descubrió en la costa cuatro españoles, que se acercáron sin rezelo, dando á entender que le buscaban.

Era el uno de ellos escribano, y los otros venian para testigos de una notificacion, que intentáron hacer á Cortes en nombre

de su capitan. Traianla por escrito, y contenia, que francisco de Garay, gobernador de la isla de Jamaica, con la órden que tenia del rey para descubrir y poblar, habia fletado tres navíos con doscientos y setenta españoles, á cargo del capitan alonso de Pineda, y tomado posesion de aquella tierra por la parte del rio de Panuco; y porque se trataba de hacer una poblacion cerca de Naothlan, doce ó catorce leguas al poniente, le intimaban y requerian que no se alargase con sus poblaciones por aquel parage.

Respondió Hernan Cortes al escribano que no entendia de requerimientos, ni aquella era materia de autos judiciales: que el capitan viniese á verse con él, y se ajustaria lo mas conveniente, pues todos eran vasallos de un rey, y se debian asistir con igual obligacion á su servicio. Deciales que volviesen con este recado; y porque no saliéron á ello, antes porfiaba el escribano con poca reverencia en que respondiese derechamente á su notificacion, los mandó prender, y se ocultó con su gente entre unas montañuelas de arena, frecuentes en aquella playa, donde estuvo toda la noche y parte del dia siguiente, sin que se moviese la nave,

ni se conociese en ella otro designio que esperar á sus mensageros; cuya suspension le obligó á probar con alguna estratagema si podia sacar la gente á tierra. Y lo primero que le ocurrió fué mandar que se desnudasen los presos; y que con sus vestidos se dejasen ver en la playa cuatro de sus soldados, haciendo llamada con las capas, y otras señas. Lo que resultó de esta diligencia, fué venir en el esquife doce ó catorce hombres armados con arcabuces y ballestas; pero como se retiraban los cuatro disfrazados por no ser conocidos, y respondian á sus voces recatando el rostro, no se atreviéron á desembarcar; y solo se prendiéron tres, que saltáron en tierra mas animosos ó menos advertidos: los demas se recogiéron al navío, que con este desangaño levó sus áncoras, y siguió su derrota Dudó Hernan Cortes al principio si serian estos bajeles de diego Velazquez, y temió que le obligasen á detenerse; pero le embarazáron poco los intentos de francisco de Garay, mas fáciles de ajustar con el tiempo; y asi volvió á Zempoala menos cuidadoso, y no sin alguna ganancia, pues llevó siete soldados mas á su ejército; que donde montaba tanto un español,

pareció felicidad, y se celebró como recluta.

Tratóse poco despues de la jornada; y al tiempo de partir se puso en órden el ejército, formando un cuerpo de los españoles á la vanguardia, y otro de los indios en la retaguardia, gobernados por Mamegi, Teuche y Tamellí caciques de la Serranía. Encargóse á los tamenes mas robustos la conduccion de la artillería; quedando los demas para el bagage; y con esta ordenanza y sus batidores delante, se dió principio á la marcha el dia diez y seis de agosto de este año. Fué bien recibido el ejército en los primeros tránsitos Jalapa, Socochima y Texuclá pueblos de la misma confederacion. Ibase derramando entre aquellos indios pacíficos la semilla de la religion, no tanto para informarlos de la verdad, como para dejarlos sospechosos de su engaño. Y Hernan Cortes, viéndolos tan dóciles y bien dispuestos, era de parecer que se dejase una cruz en cada pueblo por donde pasase el ejército, y quedase por lo menos introducida su adoracion; pero el padre fray bartolomé de Olmedo, y el licenciado juan Diaz; se opusiéron á este dictámen, persuadiéndole á que seria

ıeridad fiar la santa cruz de unos bár-
'os mal instruidos, que podrian hacer
una indecencia con ella, ó por lo
nos la tratarian como á sus ídolos, si
'enerasen supersticiosamente, sin sa-
· el misterio de su representacion. Fué
su piedad el primer movimiento de
ıroposicion; pero de su entendimiento
:onocer sin repugnancia la fuerza de
razon.

Entróse luego en lo áspero de la sierra;
mera dificultad del camino de Méjico,
nde padeció mucho la gente, porque
; necesario marchar tres dias por una
ıntaña inhabitable, cuyas sendas se
'maban de precipicios. Pasáron á fuer-
de brazos y de ingenio las piezas de
.illería, y fatigaban mas las inclemen-
ıs del tiempo. Era destemplado el frio,
:ios y frecuentes los aguaceros : y los
bres soldados sin forma de abarracar-
para pasar las noches, ni otro abrigo
e el de sus armas, caminaban para
trar en calor, obligados á buscar el
vio en el cansancio. Faltáron los bas-
nentos, última calamidad en estos con-
:tos; y ya empezaba el aliento á por-
r con las fuerzas cuando llegáron á la
mbre. Halláron en ella un adoratorio

y gran cantidad de leña; pero n
tuviéron, porque se descubria
otra parte algunas poblaciones c
donde acudiéron apresuradamen
recerse, y halláron bastante cor
para olvidar lo padecido.

Empezaba en este parage la t
Zocothlan, provincia entonces
y populosa, cuyo cacique residi
ciudad del mismo nombre, situa
valle donde terminaba la sierra
cuenta Hernan Cortes de su veni
signios, haciendo que se adelanta
esta noticia dos indios Zempoal
volviéron brevemente con grata r
ta y tardó poco en descubrirse
dad, poblacion grande, que ocu
llano suntuosamente. Blanqueaba
lejos sus torres y sus edificios; y
un soldado portugues la compar
til-blanco de Portugal, quedó ur
con este nombre. Salió el caciq
cibir á Cortes con mucho aco
miento; pero con un género de
violento, que tenia mas de artifi
de voluntad. La acogida que se
ejército fué poco agradable; des
dado el alojamiento; limitada la
cia de los víveres, y en todo se

el poco gusto del hospedage; pero Hernan Cortes disimuló su queja, y reprimió el sentimiento de sus soldados, por no desconfiar aquellos indios de la paz que les habia propuesto cuando trataba solo de pasar adelante, conservando la opinion de sus armas, sin detenerse á quedar mejor en los empeños menores.

CAPÍTULO XV.

Visita segunda vez el cacique de Zocothlan á Cortes: pondera mucho las grandezas de Motezuma: resuélvese el viage por Tlascala, de cuya provincia y forma de gobierno se halla noticia en Xacacingo.

El dia siguiente repitió el cacique su visita, y vino á ella con mayor séquito de parientes y criados: llamábase Olinteth, y era hombre de capacidad, señor de muchos pueblos, y venerado por el mayor entre sus comarcanos. Adornóse Cortes para recibirle de todas las exterioridades que acostumbraba, y fué notable esta sesion, porque despues de agasajarle mucho, y satisfacer á la cortesía sin faltar á la gravedad, le preguntó, creyendo hallar en él la misma queja que en los demas, *si era súbdito*

del rey de Méjico. A que respondió prontamente, *¿pues hay alguno en la tierra, que no sea vasallo y esclavo de Motezuma?* Pudiera embarazarse Cortes de que le respondiese con otra pregunta de tanto arrojamiento; pero estuvo tan en sí, que no sin alguna irrision le dijo, *que sabia poco del mundo; pues él y aquellos compañeros suyos eran vasallos de otro rey tan poderoso, que tenia muchos súbditos mayores príncipes que Motezuma.* No se alteró el cacique de esta proposicion; antes, sin entrar en la disputa ni en la comparacion, pasó á referir las grandezas de su rey, como quien no queria esperar á que se las preguntasen, diciendo con mucha ponderacion: *que Motezuma era el mayor príncipe que en aquel mundo se conocia: que no cabian en la memoria, ni en el número las provincias de su dominio: que tenia su corte en una ciudad incontrastable, fundada en el agua sobre grandes lagunas; que la entrada era por algunos diques ó calzadas interrumpidas con puentes levadizos sobre diferentes aberturas, por donde se communicaban las aguas. En-*

areció mucho la inmensidad de sus iquezas, la fuerza de sus ejércitos, y obre todo la infelicidad de los que no eobedecian, pues se llenaba con ellos el úmero de sus sacrificios, y morian to'os los años mas de veinte mil hombres, nemigos ó rebeldes suyos, en las aras de us dioses. Era verdad lo que afirmaba; ero la decia como encarecimiento, y conocia en su voz la influencia de Moezuma, y que referia sus grandezas mas ara causar espanto que admiracion.

Penetró Hernan Cortes lo interior de u razonamiento; y teniendo por necesario el brio para desarmar el aparato de quellas ponderaciones, le respondió: *que a traia bastante noticia del imperio y randezas de Motezuma, y que á ser meor príncipe, no viniera de tierras tan istantes á introducirle en la amistad de tro príncipe mayor: que su embajada ra pacífica, y aquellas armas que le compañaban, servian mas á la autoriad que á la fuerza: pero que tuviesen ntendido él y todos los caciques de su nperio que deseaba la paz sin temer la uerra, porque el menor de sus soldados astaria contra un ejército de su rey:*

ue nunca sacaria la espada sin justi-
provocacion; pero que una vez desnuda,
llevaré, dijo, á sangre, y fuego cuanto
se me pusiere delante, y me asistirá la
naturaleza con sus prodigios, y el cielo
con sus rayos, pues vengo á defender su
causa, desterrando vuestros vicios, los
errores de vuestra religion, y esos mis-
mos sacrificios de sangre humana, que
referis como grandeza de vuestro rey.
Y luego á sus soldados, disolviendo la
vista: *esto, amigos, es lo que busca-*
mos, grandes dificultades, y grandes
riquezas: de las unas se hace la fama,
y de las otras la fortuna. Con cuya
breve oracion dejó á los indios menos
orgullosos, y con nuevo aliento á los
españoles: diciendo á unos y otros con
poco artificio lo mismo que sentia; por-
que desde el principio de esta empresa
puso Dios en su corazon una seguridad
tan extraordinaria, que sin despreciar
ni dejar de conocer los peligros, en-
traba en ellos como si tuviera en la mano
los sucesos.

Cinco dias se detuviéron los españoles
en Zocothlan; y se conoció luego en el
cacique otro género de atencion, porque

mejoráron las asistencias del ejército, y andaba mas puntual en el agasajo de sus huéspedes. Dióle gran cuidado la respuesta de Cortes, y se conocia en él una especie de inquietud discursiva, que se formaba de sus mismas observaciones, como lo comunicó despues al padre fray Bartolomé de Olmedo. Juzgaba por una parte que no eran hombres los que se atrevian á Motezuma, y por otra que eran algo mas los que hablaban con tanto desprecio de sus dioses. Notaba con esta aprehension la diferencia de los semblantes; la novedad de las armas, la extrañeza de los trages, y la obediencia de los caballos, pareciéndole tambien que tenian los españoles superior razon en lo que discurrian contra la inhumanidad de sus sacrificios, contra la injusticia de sus leyes, y contra las permisiones de la sensualidad, tan desenfrenada entre aquellos bárbaros, que les eran lícitas las mayores injurias de la naturaleza; y de todos estos principios sacaba consecuencias su estimacion, para creer que residia en ellos alguna deidad: que no hay entendimiento tan incapaz, que no conozca la fealdad de los vicios, por mas que los abrace la voluntad, y los desfi-

gure la costumbre. Pero le tenia
seido el temor de Motezuma, q
para confesar la fuerza que le haci
consideraciones, echaba menos s
cia. Contentóse con dar lo ne
para el sustento de la gente; y n
viéndose á manifestar sus riquez
duvo escaso en los presentes; y
su mayor liberalidad cuatro es
que dió á Cortes para la fábrica d
y veinte indios nobles que ofrec
que guiasen el ejército.

Movióse cuestion sobre el cam
se debia elegir para la marcha;
cique proponia el de la provi
Cholula, por ser tierra pingüe
poblada; cuya gente mas inclin
mercancía que á las armas, daria
y acomodado paso al ejército; y
sejaba con grande aseveracion
se intentase la marcha por el ca
Tlascala, por ser una provincia
taba siempre de guerra, y sus
dores de tan sangrienta inclinaci
ponian su felicidad en hacer y co
enemigos. Pero los indios princip
gobernaban la gente de Zempoal
ron reservadamente á Cortes qu
fiase de este consejo, porque

era una ciudad muy populosa, de gente poco segura, y que en ella y en las poblaciones de su distrito se alojaban ordinariamente los ejércitos de Motezuma, siendo muy posible que aquel cacique los encaminase al riesgo con siniestra intencion; porque la provincia de Tlascala, por mas que fuese grande y belicosa, tenia confederacion y amistad con los Totonaques y Zempoales que venian en su ejército, y estaba en continua guerra contra Motezuma: por cuyas dos consideraciones seria mas seguro el paso por su tierra; y en compañía de sus aliados perderian los españoles el horror de extrangeros. Pareció bien este discurso á Cortes, y hallando mayor razon para fiarse de los indios amigos, que de un cacique tan atento á Motezuma, mandó que marchase el ejército á la provincia de Tlascala, cuyos términos tardáron poco en descubrirse, porque confinaban con los de Zocothlan, y en los primeros tránsitos no se ofreció accidente de consideracion; pero despues se fuéron hallando algunos rumores de guerra, y se supo que estaba la tierra puesta en armas, y secreto el designio de este movimiento; por cuya causa resolvió Hernan

Cortes que se hiciese alto en un lugar de mediana poblacion, que se llamaba Xacacingo, para informarse mejor de esta novedad.

Era entonces Tlascala una provincia de numerosa poblacion, cuyo circuito pasaba de cincuenta leguas, tierra montuosa y desigual, compuesta de frecuentes collados, hijos al parecer de la montaña, que se llama hoy la gran Cordillera. Los pueblos, de fábrica menos hermosa que durable, ocupaban las eminencias donde tenian su habitacion, parte por aprovechar en su defensa las ventajas del terreno, y parte por dejar los llanos á la fertilidad de la tierra. Tuviéron reyes al principio y duró su dominio algunos años, hasta que sobreviniendo unas guerras civiles, perdiéron la inclinacion de obedecer, y sacudiéron el yugo. Pero como el pueblo no se puede mantener por sí, enemigo de la sujecion hasta que conoce los daños de la libertad, se reduléron á república nombrando muchos príncipes para deshacerse de uno. Dividiéronse sus poblaciones en diferentes partidos ó cabeceras, y cada faccion nombraba uno de sus magnates que residiese en la corte de Tlascala, donde se formaba un se-

yas resoluciones obedecian :no-
iero de aristocracía, que ha-
re la rudeza de aquella gente;
ios autorizados los documentos
:a política. Con esta forma de
se mantuviéron largo tiempo
s reyes de Méjico; y entonces
an en su mayor pujanza, por-
ranías de Motezuma aumenta-
:onfederados, y ya estaban en
o los Otomies, nacion bárbara
mismos bárbaros, pero muy
ı para una guerra donde no se
:renciar la valentía de la fero-

iado Cortes de estas noticias, y
ido razon para despreciarlas,
nviar sus mensageros á la repú-
'a facilitar el tránsito de su ejér-
ı legacía encargó á cuatro Zem-
: los que mas suponian, in-
los por medio de doña Marina
en la oracion que habian de
senado, hasta que la tomáron
:moria; y los eligió de los mis-
le propusiéron en Zocothlan
› de Tlascala, para que lleva-
.sta su consejo, y fuesen inte-

resados en el buen succso de la misma negociacion.

CAPÍTULO XVI.

Parten los cuatro enviados de Cortes á Tlascala: dase noticia del trage y estilo con que se daban las embajadas en aquella tierra, y de lo que discurrió la república sobre el punto de admitir de paz á los Españoles.

ADORNÁRONSE luego los cuatro Zempoales con sus insignias de embajadores, para cuya funcion se ponian sobre los hombros una manta ó beca de algodon torcida y anudada por los extremos: en la mano derecha una saeta larga con las plumas en alto, y en el brazo izquierdo una rodela de concha. Conocíase por las plumas de la saeta el intento de la embajada, porque las rojas anunciaban la guerra, y las blancas denotaban la paz: al modo que los romanos distinguian con diferentes símbolos á sus feciales y caduceadores. Por estas señas eran conocidos y respetados en los tránsitos; pero no podian salir de los caminos reales de la provincia donde iban, porque si los hallaban fuera de ellos perdian el fuero

y la inmunidad, cuyas exenciones tenian por sacrosantas, observando religiosamente este género de fe pública, que inventó la necesidad, y puso entre sus leyes el derecho de las gentes.

Con estas insignias de su ministerio entráron en Tlascala los cuatro enviados de Cortes; y conocidos por ellas, se les dió su alojamiento en la calpisça: llamábase asi la casa que tenian deputada para el recibimiento de los embajadores: y el dia siguiente se convocó el senado para oirlos en una sala grande del consistorio, donde se juntaban á sus conferencias. Estaban los senadores sentados por su antigüedad sobre unos taburetes bajos de maderas extraordinarias hechos de una pieza, que llamaban yopales; y luego que se dejáron ver los embajadores, se levantáron un poco de sus asientos, y los agasajáron con moderada cortesía. Entráron ellos con las saetas levantadas en alto, y las becas sobre las cabezas, que entre sus ceremonias era la de mayor sumision; y hecho el acatamiento al senado, camináron poco á poco hasta la mitad de la sala, donde se pusiéron de rodillas, y sin levantar los ojos, esperáron á que se les diese licencia para hablar.

Ordenóles el mas antiguo que di
á lo que venian; y tomando asient
bre sus mismas piernas, dijo un
ellos á quien tocó la oracion, por
despejado:

*Noble república, valientes y p
rosos Tlascaltecas: el señor de
poala, y los caciques de la Serra
vuestros amigos y confederados, c
vian salud; y deseando la fertil
de vuestras cosechas, y la muer
vuestros enemigos, os hacen sabe
de las partes del oriente han lle
á su tierra unos hombres invenci
que parecen deidades, porque nav
sobre grandes palacios, y maneja
truenos y los rayos, armas reser
al cielo: ministros de otro Dios
rior á los nuestros, á quien ofe
las tiranías, y los sacrificios de sa
humana: que su capitan es embaj
de un príncipe muy poderoso, qu
impulso de su religion desea rem
los abusos de nuestra tierra, y la
lencias de Motezuma: y habiend
dimido ya nuestras provincias c
opresion en que vivian, se halla
gado á seguir por vuestra repúbli*

mino de Méjico, y quiere saber en é os tiene ofendidos aquel tirano, ra tomar por suya vuestra causa, y nerla entre las demas que justifican demanda: Con esta noticia pues de designios, y con esta experiencia su benignidad, nos hemos adelanlo á pediros y amonestaros de parte nuestros caciques y toda su confedecion, que admitais á estos extranros, como á bienhechores y aliados vuestros aliados. Y de parte de su itan os hacemos saber que viene de z, y solo pretende que le concedais paso de vuestras tierras; teniendo endido que desea vuestro bien, y sus armas son instrumentos de la ticia y de la razon, que defienden causa del cielo: benignas por su pro- naturaleza, y solo rigurosas con el ito y la provocacion. Dicho esto, levantáron los cuatro sobre las ro- as, y haciendo una profunda humi- cion al senado, se volviéron á sentar no estaban para esperar la respuesta.

Confiriéronla entre sí brevemente los adores, y uno dellos les dijo en nom- de todos, que se admitia con toda

gratitud la proposicion de los Zempoales y Totonaques sus confederados; pero que pedia mayor deliberacion lo que se debia responder al capitan de aquellos extrangeros: con cuya resolucion se retiráron los embajadores á su alojamiento, y el senado se encerró para discurrir en las dificultades ó conveniencias de aquella demanda. Ponderóse mucho al principio la importancia del negocio, digno á su parecer de grande consideracion, y luego fuéron discordando los votos, hasta que se redujo á porfía la variedad de los dictámenes. Unos esforzaban que se diese á los extrangeros el paso que pedian: otros que se les hiciese guerra, procurando acabar con ellos de una vez; y otros que se les negase el paso, pero que se les permitiese la marcha por fuera de sus términos: cuya diferencia de pareceres duró con mas voces que resolucion, hasta que Magiscatzin, uno de los senadores, el mas anciano y de mayor autoridad en la república, tomó la mano, y haciéndose escuchar de todos, es tradicion que habló en esta substancia:

Bien sabeis, nobles y valerosos Tlascaltecas, que fué revelado á nuestros sacerdotes en los primeros siglos de

ɘstra antigüedad, y se tiene hoy en- nosotros como punto de religion, e ha de venir á este mundo que habi- nos una gente invencible de las re- ɔnes orientales, con tanto dominio bre los elementos que fundará ciuda- s movibles sobre las aguas, sirvién- se del fuego y del aire para sujetar tierra; y aunque entre la gente de icio no se crea que han de ser dioses vos, como lo entiende la rudeza del lgo, nos dice la misma tradicion que rán unos hombres celestiales, tan va- rosos, que valdrá uno por mil, y tan nignos, que tratarán solo de que vi- ımos segun razon y justicia. No puedo ɛgaros que me ha puesto en gran cui- ıdo lo que conforman estas señas con s de esos extrangeros que teneis en ıestra vecindad. Ellos vienen por el ımbo del oriente: sus armas son de ıego, casas marítimas sus embarca- ·ones: de su valentía, ya os ha dicho ı fama lo que obráron en Tabasco: su ɘnignidad ya la veis en el agradeci- ıiento de vuestros mismos confedera- ɔs: y si volvemos los ojos á esos cometas señales del cielo, que repetidamente

nos asombran, parece que nos hab
cuidado, y vienen como avisos ó
sageros de esta gran novedad. ¿
quien habrá tan atrevido y temei
que, si es esta la gente de nuestra
fecías, quiera probar sus fuerzas
cielo, y tratar como enemigos á lo
traen por armas sus mismos decr
Yo por lo menos temeria la indign
de los dioses, que castigan rigu
mente á sus rebeldes, y con sus m
rayos parece que nos estan enseña
obedecer, pues habla con todos la
naza del trueno, y solo se ve el est
donde se conoció la resistencia. Pe
quiero que se desestimen como cas
estas evidencias, y que los extran
sean hombres como nosotros; ¿que
nos han hecho para que tratemos
venganza? ¿Sobre qué injuria se h
fundar esta violencia? Tlascala,
mantiene su libertad con sus victor
y sus victorias con la razon de sus arn
¿moverá una guerra voluntaria que
sacredite su gobierno y su valor? I
gente viene de paz, su pretension es
sar por nuestra república, no lo int

nuestra permision ; ¿pues donde está delito ? ¿donde nuestra provocacion ? ·gan á nuestros umbrales fiados en sombra de nuestros amigos ; ¿y perrémos los amigos por atropellar á los edesean nuestra amistad ? ¿Qué dirán esta accion los demas confederados ? qué dirá la fama de nosotros si quintos hombres nos obligan á tomar las nas ? ¿Ganaráse tanto en vencerlos no se perderá en haberlos temido ? Mi ttir es que los admitamos con benignlad, y se les conceda el paso que preden : si son hombres, porque está de parte la razon ; y si son algo mas, que les basta para razon la voluntad los dioses.

Tuvo grande aplauso el parecer de giscatzin, y todos los votos se inclian á seguirle por aclamacion, cuando ió licencia para hablar uno de los adores, que se llamaba Xicotencal, zo de grande espíritu, que por su tato y hazañas ocupaba el puesto de eral de las armas ; y conseguida la ncia, y poco despues el silencio : *n todos los negocios*, dijo, *se debe á canas la primera seguridad de los rtos, mas inclinadas al rezelo que á*

la osadía, y mejores consejera paciencia que del valor. Vener vosotros la autoridad y el disc Magiscatzin; pero no extrañaré edad y en mi profesion otros dict menos desengañados, y no sé si m que cuando se habla de la guerr ser engañosa virtud la prudenc que tiene de pasion todo aquello parece al miedo. Verdad es que peraban entre nosotros esos refor res orientales, cuya venida dur vaticinio, y tarda en el desenga es mi ánimo desvanecer esta voz, ha hecho venerable con el sufri de los siglos; pero dejadme que gunte, ¿qué seguridad tenemos sean nuestros prometidos estos e geros? ¿Es lo mismo caminar rumbo del oriente, que venir de giones celestiales, que conside donde nace el sol? Las armas de y las grandes embarcaciones que l palacios marítimos, ¿no pueden s de la industria humana que se aa porque no se han visto? Y quizá ilusiones de algun encantamiento,

jantes á los engaños de la vista, que llamamos ciencia en nuestros agoreros. Lo que obráron en Tabasco ¿fué mas que romper un ejército superior? ¿Esto se pondera en Tlascala como sobrenatural, donde se obran cada dia con la fuerza ordinaria mayores hazañas? Y esa benignidad que han usado con los Zempoales ¿no puede ser artificio para ganar á menos costa los pueblos? Yo por lo menos la tendria por dulzura sospechosa de las que regalan el paladar para introducir el veneno; porque no conforma con lo demas que sabemos de su codicia, soberbia y ambicion. Estos hombres (si ya no son algunos monstruos que arrojó la mar en nuestras costas) roban nuestros pueblos, viven al arbitrio de su antojo, sedientos del oro y de la plata, y dados á las delicias de la tierra: desprecian nuestras leyes: intentan novedades peligrosas en la justicia y en la religion: destruyen los templos, despedazan las aras, blasfeman de los dioses, ¡y se les da estimacion de celestiales? ¡y se duda la razon de nuestra resistencia? ¿y se escucha sin escándalo el nom-

bre de la paz? Si los Zempoales y Totonaques los admitiéron en su amistad, fué sin consulta de nuestra república; y vienen amparados en una falta de atencion, que merece castigo en sus valedores. Y esas impresiones del aire, y señales espantosas, tan encarecidas por Magiscatzin, antes nos persuaden á que los tratemos como enemigos, porque siempre denotan calamidades y miserias. No nos avisa el cielo con sus prodigios de lo que esperamos, sino de lo que debemos temer: que nunca se acompañan de errores sus felicidades, ni enciende sus cometas para que se adormezca nuestro cuidado, y se deje estar nuestra negligencia. Mi sentir es, que se junten nuestras fuerzas, y se acabe de una vez con ellos, pues vienen á nuestro poder señalados con el índice de las estrellas, para que los miremos como tiranos de la patria y de los dioses; y librando en su castigo la reputacion de nuestras armas, conozca el mundo, que no es lo mismo ser inmortales en Tabasco, que invencibles en Tlascala.

Hiciéron mayor fuerza en el senado

azones, que las de Magiscatzin,
e conformaban mas con la inclina-
e aquella gente, criada entre las
, y llena de espíritus militares;
uelto á conferir el negocio, se re-
, como temperamento de ambas
nes, que Xicotencal juntase luego
opas, y saliese á probar la mano
s españoles, suponiendo que si los
ı, se lograba el crédito de la na-
y que si fuese vencido, quedaria
para que la república tratase de la
echando la culpa de este acome-
ıto á los Otomies, y dando á en-
r que fué desórden y contratiempo
ferocidad: para cuyo efecto dis-
on que fuesen detenidos en pri-
lisimulada los embajadores Zem-
, mirando tambien á la conser-
a de sus confederados; porque no
on de conocer el peligro de aquella
a, aunque la intentáron con poco
: tan valientes, que fiáron de su
el suceso; pero tan avisados, que
rdiéron de vista los accidentes de
a fortuna.

CAPÍTULO XVII.

Determinan los españoles acercarse á Tlascala, teniendo á mala señal la detencion de sus mensageros; pelean con un grueso de cinco mil indios, que los esperaban emboscados, y despues con todo el poder de la república.

Ocho dias se detuviéron los españoles en Xacazingo esperando á sus mensageros, cuya tardanza se tenia ya por novedad considerable. Y Hernan Cortes, con acuerdo de sus capitanes, y parecer de los cabos Zempoales, que tambien solian favorecerles y confiarles con oir su dictámen, resolvió continuar su marcha, y ponerse mas cerca de Tlascala, para descubrir los intentos de aquellos indios; considerando que si estaban de guerra, como lo daban á entender los indicios antecedentes, confirmados ya con la detencion de los embajadores, seria mejor estrechar el tiempo á sus prevenciones, y buscarlos en su misma ciudad, antes que lograsen la ventaja de juntar sus tropas, y acometer ordenados en la campaña. Movióse luego el ejército puesto en órden, sin que se perdonase alguna

de las cautelas que suelen observar se cuando se pisa tierra de enemigos : y caminando entre dos montes, de cuyas faldas se formaba un valle de mucha amenidad, á poco mas de dos leguas se encontró una gran muralla, que corria desde el un monte al otro, cerrando enteramente el camino : fábrica suntuosa y fuerte, que denotaba el poder y la grandeza de su dueño. Era de piedra labrada por lo exterior, y unida con argamasa de rara tenacidad. Tenia veinte pies de grueso, de alto estado y medio, y remataba en un parapeto, al modó que se practica en nuestras fortificaciones. La entrada era torcida y angosta, dividiéndose por aquella parte la muralla en dos paredes, que se cruzaban circularmente por espacio de diez pasos. Súpose de los indios de Zocothlan, que aquella fortaleza señalaba y dividia los términos de la provincia de Tlascala : cuyos antiguos la edificáron para defenderse de las invasiones enemigas; y fué dicha que no la ocupasen contra los españoles, ó porque no se les dió lugar para que saliesen á recibirlos en este reparo, ó porque se resolviéron á esperar en campo abierto, para embestir con todas sus

fuerzas, y quitar al ejército inferi
ventaja de pelear en lo estrecho.

Pasó la gente de la otra parte si
sórden ni dificultad; y vueltos á fo
los escuadrones, se prosiguió la m
poco á poco, hasta que saliendo á
mas espacios, descubriéron los ba
res á larga distancia veinte ó trein
dios, cuyos penachos (ornamento q
solo usaban los soldados) daban
tender que habia gente de guerra
campaña. Viniéron con el aviso á
y les ordenó que volviesen alarga
paso, y procurasen llamarlos con
de paz, sin empeñarse demasiado
guirlos, porque el parage donde es
era desigual, y se ofrecian á la vi
ferentes quiebras y ribazos, capa
ocultar alguna emboscada. Partió
en su seguimiento con ocho cab
dejando á los capitanes órden pa
avanzasen con la infantería sin ap
rarla mucho: que nunca es aciert
tar en la diligencia el aliento d
dado, y entrar en la ocasion con
fatigada.

Esperáron los indios en el mism
to á que se acercasen los seis caba
los batidores, y sin atender á las

ademanes con que procuraban per-
adirlos á la paz, volviéron las espaldas
›rriendo, hasta incorporarse con una
opa que se descubria mas adelante,
›nde hiciéron cara, y se pusiéron en
›fensa. Uniéronse al mismo tiempo los
ıtorce caballos, y cerráron con aquella
opa, mas para descubrir la campaña,
ıe porque se hiciese caso de su corto
ůmero: pero los indios resistiéron al
ıoque perdiendo poca tierra, y sirvién-
ose de sus armas tan valerosamente,
ıe sin atender al daño que recibian,
iriéron dos soldados y cinco caballos.
alió entonces al socorro de los suyos la
mboscada que tenian prevenida, y se
ejó ver en lo descubierto un grueso de
asta cinco mil hombres, á tiempo que
egó la infantería, y se puso en batalla
l ejército para recibir el ímpetu con que
enian cerrando los enemigos. Pero á la
rimera carga de las bocas de fuego co-
ociéron el estrago de los suyos, y dié-
on principio á la fuga con retirarse
presuradamente, de cuya primera tur-
acion se valiéron los españoles para
mbestir con ellos: y lo ejecutáron con
ın buena órden y tanta resolucion, que
breve rato cediéron la campaña, de-

jando en ella muertos m
hombres, y algunos pri
quiso Hernan Cortes segı
porque iba declinando el
deseaba mas escarmentaı
truirlos. Ocupáronse luegc
que estaban á la vista, d(
ron algunos bastimentos
noche con alegría, pero ı
reposando los unos en la
los otros.

El dia siguiente se volvić
con el mismo concierto y
segunda vez el enemigo,
grueso poco mayor que el
caminando mas presuroso c
Acercáronse á nuestro ejé
pas con grande orgullo ȷ
sin proporcionarse con el ı
flechas, diéron la carga ir
al mismo tiempo empezáro
sin dejar de pelear á lo la
larmente los pedreros, qu
tancia se mostraban mas a
noció luego Hernan Corte
retirada tenia mas de estr
de temor, y rezelòso inteı
mayor combate, fué sigu
fuerza unida la huella d

que vencida una eminencia que se
onia en el camino, se descubrió
lano de la otra parte un ejército,
en pasaria de cuarenta mil hom-
Componíase de varias naciones,
distinguian por los colores de las
y plumages. Venian en él los no-
Tlascala y toda su confedera-
obernábale Xicotencal, que, como
, tenia por su cuenta las armas
epública; y dependientes de su
mandaban las tropas auxiliares
mos caciques, ó sus mayores sol-

eran desanimarse los españoles
su oposicion tan desiguales fuer-
ro sirvió mucho en esta ocasion
riencia de Tabasco; y Hernan
se detuvo poco en persuadirles á
la, porque se conocia en los sem-
, y en las demonstraciones el de-
elear. Empezáron luego á bajar
a con alegre seguridad; y por ser
quebrada y desigual, donde no
an manejar los caballos, ni ha-
cto disparadas de alto á bajo las
le fuego, se trabajó mucho en
al enemigo, que alargó algunas
para que disputasen el paso,

pero luego que mejoráron de terreno los caballos, y salió á lo llano parte de nuestra infantería, se despejó la campaña, y se hizo lugar para que bajase la artillería, y acabase de afirmar el pie la retaguardia. Estaba el grueso del enemigo á poco mas que tiro de arcabuz, peleando solamente con los gritos y con las amenazas; y apenas se movió nuestro ejército, hecha la seña de embestir, cuando se empezáron á retirar los indios con apariencias de fuga, siendo en la verdad segundo estratagema, de que usó Xicotental, para lograr con el avance de los españoles la intencion que traia de cogerlos en medio, y combatirlos por todas partes, como se experimentó brevemente; porque apenas los reconoció distantes de la eminencia en que pudieran asegurar las espaldas, cuando la mayor parte de su ejército se abrió en dos alas, que corriendo impetuosamente, ocupáron por ambos lados la campaña, y cerrando el círculo, consiguiéron el intento de sitiarlos á lo largo. fuéronse luego doblando con increible diligencia, y tratáron de estrechar el sitio, tan cerrados y resueltos, que fue necesario dar cuatro frentes al escua-

ron, y cuidar antes de resistir que de
ènder, supliendo con la union y la
aena ordenanza la desigualdad del nú-
ero.

Llenóse el aire de flechas, herido
mbien de las voces y del estruendo;
ıvian dardos y piedras sobre los espa-
ıles; y conociendo los indios el poco
ècto que hacian sus armas arrojadizas,
ıgáron brevemente á los chuzos y á las
padas. Era grande el estrago que re-
bian, y mayor su obstinacion: Her-
ın Cortes acudia con sus caballos á la
ayor necesidad, rompiendo y atrope-
ındo á los que mas se acercaban. Las
ıcas de fuego peleaban con el daño que
ıcian y con el espanto que ocasiona-
ın: la artillería lograba todos sus tiros,
ırribando el asombro á los que perdo-
ıban las balas: y como era uno de los
ımeros de su milicia el esconder los
ıridos y retirar los muertos, se ocu-
ıba en esto mucha gente, y se ibàn
sminuyendo sus tropas; con que se
dujéron á mayor distancia, y empe-
ron á pelear menos atrevidos; pero
ernan Cortes, antes que se reparasen
rehiciesen para volver á lo estrecho,
ıterminó embestir con la parte mas

flaca de su ejército, y abrir el p
ocupar algun puesto donde pud
toda la frente al enemigo. Comı
intento á los capitanes, y puest(
sus caballos, seguidos á paso l
la infantería, cerró con los ind
llidando á voces el nombre de saı
Resistiéron al principio, jugand(
samente sus armas, pero la feroc
los caballos, sobrenatural ó mor
en su imaginacion, los puso e
pavor y desórden, que huyendc
partes, se atropellaban y herian
otros; haciéndose el mismo da
rezelaban.

Empeñóse demasiado en la esca
pedro de Moron, que iba en un
muy revuelta y de grande veloc
tiempo que unos Tlascaltecas prin
que se convocáron para esta f
viéndole solo, cerráron con él y h
presa en la misma lanza y en el b
la rienda, diéron tantas heridas á la
que cayó muerta, y en un instant(
táron la cabeza, dicen que de una
llada: poco añaden á la substancia
carecimientos. Pedro de Moron
algunas heridas ligeras, y le h
prisionero, pero fué socorrido

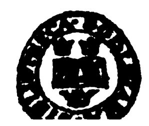


nente de otros caballos, que con muerte le algunos indios, consiguiéron su libertad, y se retiráron al ejército; siendo este accidente poco favorable al intento que se llevaba, porque se dió tiempo al enemigo para que se volviese á cerrar y componer por aquella parte; de modo que los españoles fatigados ya de la batalla, que duró por espacio de una hora, empezáron á dudar del suceso; pero esforzados nuevamente de la última necesidad en que se hallaban, se iban disponiendo para volver á embestir, cuando cesáron de una vez los gritos del enemigo, y cayendo sobre aquella muchedumbre un repentino silencio, se oyéron solamente sus atabalillos y bocinas, que segun su costumbre tocaban á recoger, como se conoció brevemente, porque al mismo tiempo se empezáron á mover las tropas, y marchando poco á poco por el camino de Tlascala, traspusiéron por lo alto de una colina, y dejáron á sus enemigos la campaña.

Respiráron los españoles con esta novedad, que parecia milagrosa, porque no se hallaba causa natural á que atribuirla; pero supiéron despues por medio de algunos prisioneros, que Xicotencal orde-

nó la retirada, porque habiendo m
en la batalla la mayor parte de sı
pitanes, no se atrevió á manejar
gente sin cabos que la gobernase
riéron tambien muchos de sus
que hiciéron costosa la faccion,
grande el número de los heridos
sobre tanta pérdida, y sobre que
tero nuestro ejército; y ser ellos l
se retiraban, entráron triunfante
alojamiento, teniendo por victor
volver vencidos, y siendo la cal
la yegua toda la razon y todo el
del triunfo. Llevábala delante de
cotencal, sobre la punta de una l
la remitió luego á Tlascala hacien
sente al senado de aquel formidal
pojo de la guerra, que causó
grande admiracion, y fué despue
ficada en uno de sus templos coı
ordinaria solemnidad: víctima
de aquellas aras, y menos inmun
los mismos dioses que se honrab
ella.

De los nuestros quedáron herid
ve ó diez soldados, y algunos Zem
cuya asistencia fué de mucho serv
esta ocasion, porque los hizo va
el ejemplo de los españoles, y la



›n de ver despreciada y rota su alianza. ›scubríase á poca distancia un lugar queño en sitio eminente, que mandaba campaña: y Hernan Cortes atendien- á la fatiga de su gente, y á lo que ne- ›itaba de repararse, trató de ocuparle ra su alojamiento; lo cual se consiguió ı dificultad, porque los vecinos le de- mpararon luego que se retiró su ejérci-, dejando en él abundancia de basti- ›ntos, que ayudáron á conservar la ovision y á reparar el cansancio. No halló bastante comodidad para que tuviese toda la gente debajo de cu- ›rto, pero los Zempoales cuidáron del yo, fabricando brevemente algunas rracas; y el sitio que por naturaleza a fuerte, se aseguró lo mejor que fué ›sible con algunos reparos de tierra y gina, en que trabajáron todos lo que ›staba del dia, con tanto aliento y tan egres, que al parecer descansaban en ı misma diligencia; no porque dejasen › conocer el conflicto en que se hallá- ›n, ni diesen por acabada la guerra, no porque reconocian al cielo todo lo ›e no esperáron de sus fuerzas; y vién- ›le ya declarado en su favor, se les ha-

cia posible lo que poco antes tuviéron por milagroso.

CAPÍTULO XVIII.

Rehácese el ejército de Tlascala: vuelven á segunda batalla con mayores fuerzas, y quedan rotos y desbaratados por el valor de los españoles, y por otro nuevo accidente que los puso en desconcierto.

En Tlascala fuéron varios los discursos que se ocasionáron de este suceso: lloróse con pública demonstracion la muerte de sus capitanes y caciques; y de este mismo sentimiento procedian contrarias opiniones: unos clamaban por la paz, calificando á los españoles con el nombre de inmortales: y otros prorumpian en oprobrios y amenazas contra ellos consolándose con la muerte de la yegua, única ganancia de la guerra. Magiscatzin se jactaba de haber prevenido el suceso, repitiendo á sus amigos lo que representó en el senado, y hablando en la materia, como quien halla vanidad en el desaire de su consejo. Xicotencal desde su alojamiento pedia que se reforzase con nuevas reclutas su ejér-

cito, disminuyendo la pérdida, y sirviéndose de ella para mover á la venganza. Llegó á Tlascala en esta ocasion uno de los caciques confederados con diez mil guerreros de su nacion, cuyo socorro se tuvo á providencia de los dioses; y creciendo con las fuerzas el ánimo, resolvió el senado que se alistasen nuevas tropas, y se prosiguiese con todo empeño la guerra.

Hernan Cortes, el dia siguiente á la batalla, trató solamente de mejorar sus fortificaciones, y cerrar su cuartel, añadiendo nuevos reparos que se diesen la mano con las defensas naturales del sitio. Quisiera volver á las pláticas de la paz, y no hallaba camino de introducir negociacion; porque los cuatro mensageros Zempoales, que fuéron llegando al ejército por diferentes sendas y rodeos, venian escarmentados, y atemorizaban á los demas. Rompiéron dichosamente una estrecha prision, donde los pusiéron el dia que salió á la campaña Xicotencal, destinados ya para mitigar con su sangre los dioses de la guerra; y á vista de esta inhumanidad, no parecia conveniente, ni seria fácil exponer otros al mismo peligro.

Dábale cuidado tambien la misma quietud del enemigo, porque no se oia rumor de guerra en todo el contorno; y la retirada de Xicotencal tuvo todas las señales de quedar pendiente la disputa. Debia, segun buena razon, mantener aquel puesto para su retirada, en caso de haberla menester, y hallaba inconvenientes en esta misma resolucion, porque los indios interpretarian á falta de valor el concierto del cuartel: reparo digno de consideracion en una guerra, donde se peleaba mas con la opinion que con la fuerza.

Pero atendiendo á todo como diligente capitan, resolvió salir otro dia por la mañana con alguna gente á tomar lengua, reconocer la campaña, y poner en cuidado al enemigo; cuya faccion ejecutó personalmente con sus caballos y docientos infantes, mitad españoles y mitad zempoales.

No dejamos de conocer que tuvo su peligro esta faccion, conocidas las fuerzas del enemigo, y en tierra tan dispuesta para emboscadas. Pudiera Hernan Cortes aventurar menos su persona, consistiendo en ella la suma de las cosas: y en nuestro sentir, no es digno de imi-

cion este ardimiento en los que gobernan ejércitos, cuya salud se debe atar como pública, y cuyo valor naó para inspirarle en otros corazones. ıdiéramos disculparle con diferentes emplos de varones grandes, que fuéron s primeros en el peligro de las batallas, andando con la voz lo mismo que ıraban con la espada; pero mas oblidos al acierto que á sus descargos, le jarémos con esta honrada objecion, ıe en la verdad es la mejor culpa de s capitanes.

Alargáronse á reconocer algunos lugas por el camino de Tlascala, donde ıllaron abundante provision de víveıs, y se hiciéron diferentes prisioneıs, por cuyo medio se supo que Xiconcal tenia su alojamiento dos leguas ı allí, no lejos de la ciudad, y que anıba previniendo nuevas fuerzas contra s españoles: con cuya noticia se volvéron al cuartel, dejando hecho algun ıño en las poblaciones vecinas; porque s Zempoales, que obraban ya con proia irritacion, diéron al hierro y á la ıma cuanto encontráron: exceso que prehendia Cortes no sin alguna flojeıd; porque no le pesaba de que enten-

diesen los Tlascaltecas cuan lejos es de temer la guerra quien los provoc con la hostilidad.

. Dióse luego libertad á los prision de esta salida, haciéndoles todo a agasajo que pareció necesario, para perdiesen el miedo á los españole llevasen noticia de su benignidad. Ma luego buscar entre los otros prision que se hiciéron el dia de la ocasion que pareciesen mas despiertos, y e dos ó tres para que llevasen un rec suyo á Xicotencal, cuya substancia *que se hallaba con mucho sentimi del daño que habia padecido su g en la batalla; de cuyo rigor tuv culpa quien dió la ocasion, recibie con las armas á los que venian pr niendo la páz: que de nuevo le requ con ella, deponiendo enteramente razon de su enojo; pero que si no sarmaban luego, y trataban de ac tirle, le obligarian á que los ani lase y destruyese de una vez, da al escarmiento de sus vecinos el n bre de su nacion.* Partiéron los in con este mensage bien industriado contentos, ofreciendo volver con la puesta, y tardáron pocas horas en c



su palabra; pero viniéron sangrien- maltratados, porque Xicotencal dó castigar en ellos el atrevimiento evarle semejante proposicion, y no izo matar, porque volviesen heridos ojos de Cortes, y llevando esta cirtancia mas de su resolucion, le di- de su parte, *que al primer nacito del sol se verian en campaña: u ánimo era llevarle vivo, con to- s suyos, á las aras de sus dioses lisonjearlos con la sangre de sus ones; y que se lo avisaba desde , para que tuviese tiempo de preve-* : dando á entender que no acosraba disminuir sus victorias con el ido de sus enemigos.

usó mayor irritacion que cuidado ánimo de Cortes la insolencia del ro; pero no desestimó su aviso, spreció su consejo: antes con la ra luz del dia sacó su gente á la aña, dejando en el cuartel la que ió necesaria para su defensa; y indose poco menos de media legua, puesto conveniente para recibir migo con alguna ventaja, donde sus hileras segun el terreno, y rme á la experiencia que ya se tenia

de aquella guerra. Guarneció luego los costados con la artillería midiendo y regulando sus ofensas: alargó sus batidores, y quedándose con los caballos para cuidar de los socorros, esperó el suceso, manifiesta en el semblante la seguridad del ánimo sin necesitar mucho de su elocuencia para instruir y animar á sus soldados, porque venian todos alegres y alentados, hecha ya deseo de pelear la misma costumbre de vencer.

No tardáron mucho los batidores en volver con el aviso de que venia marchando el enemigo con un poderoso ejército, y poco mas en descubrirse su vanguardia. Fuése llenando la campaña de indios armados: no se alcanzaba con la vista el fin de sus tropas, escondiéndose ó formándose de nuevo en ellas todo el orizonte. Pasaba el ejército de cincuenta mil hombres (asi lo confesáron ellos mismos), último esfuerzo de la república y de todos sus aliados, para coger vivos á los españoles, y llevarlos maniatados, primero al sacrificio, y luego al banquete. Traian de novedad una grande águila de oro, levantada en alto: insignia de Tlascala, que solo acompañaba sus huestes en las mayores empresas. Ibanse acer-

cando con increible ligereza; y cuando estuviéron á tiro de cañon, empezó á reprimir su celeridad la artillería, poniéndolos en tanto asombro, que se detuviéron un rato neutrales entre la ira y el miedo; pero venciendo la ira, se adelantáron de tropel, hasta llegar á distancia que pudiéron jugar sus hondas y disparar sus flechas, donde los detuvo segunda vez el terror de los arcabuces y el rigor de las ballestas.

Duró largo tiempo el combate, sangriento de parte de los indios, y con poco daño de los españoles, porque militaba en su favor la diferencia de las armas, y el órden y concierto con que daban y recibian las cargas. Pero reconociendo los indios la sangre que perdian, y que los iba destruyendo su misma tardanza, se moviéron de una vez, impelidos al parecer los primeros de los que venian detras, y cayó toda la multitud sobre los españoles y Zempoales, con tanto ímpetu y desesperacion, que los rompiéron y desbaratáron, deshaciendo enteramente la union y buena ordenanza en que se mantenian; y fué necesario todo el valor de los soldados, todo el aliento y diligencia de los capitanes, todo el esfuerzo de los

caballos, y toda la ignorancia militar los indios, para que pudiesen volver formar, como lo consiguiéron á v fuerza, con muerte de los que tardá mas en retirarse.

Sucedió á este tiempo un accide como el pasado, en que se conoció gunda vez la especial providencia con miraba el cielo por su causa. Reconoci gran turbacion en la batalla del can enemigo: movíanse las tropas á d rentes partes, dividiéndose unos de otr y volviendo contra sí las frentes y armas, de que resultó el retirarse to tumultuosamente, y el volver las espal en fuga deshecha los que peleaban e vanguardia, cuyo alcance se siguió moderada ejecucion, porque lle Cortes no quiso exponerse á que l viesen á cargar lejos de su cuartel.

Súpose despues que la causa de e volucion, y el motivo de esta se retirada fué, que Xicotencal h destemplado y soberbio, que fun autoridad en la paciencia de lo obedecian, reprehendió con sol bertad á uno de los caciques p les, que servia debajo de su m mas de diez mil guerreros au

tratóle de cobarde y pusilánime; porque se detuvo cuando cerráron los demas; y él volvió por sí con tanta osadía, que llegó el caso á términos de rompimiento y desafío de persona á persona; y brevemente se hizo causa de toda la nacion, que sintió el agravio de su capitan, y se previno á su defensa, con cuyo ejemplo se tumultuáron otros caciques parciales del ofendido: y tomando resolucion de retirar sus tropas de un ejército donde se desestimaba su valor, lo ejecutáron con tanto enojo y celeridad, que pusiéron en desórden y turbacion á los demas; y Xicotencal conociendo su flaqueza, trató solamente de ponerse en salvo, dejando á sus enemigos el campo y la victoria.

No es nuestro ánimo referir como milagro este suceso tan favorable y tan oportuno á los españoles; antes confesamos que fué casual la desunion de aquellos caciques, y fácil de suceder donde mandaba un general impaciente, con poca superioridad entre los confederados de su república; pero quien viere quebrantado y desecho primera y segunda vez aquel ejército poderoso de innumerables bárbaros, obra negada ó superior á las fuerzas humanas, conocerá en esta misma

casualidad la mano de Dios, cuya inefable sabiduría suele fabricar sus altos fines sobre contingencias ordinarias, sirviéndose muchas veces de lo que permite, para encaminar lo mismo que dispone.

Fué grande el número de los indios que muriéron en esta ocasion, y mayor el de los heridos (asi lo referian ellos despues); y de los nuestros murió solo un soldado, y saliéron veinte con algunas heridas de tan poca consideracion, que pudiéron asistir á las guardias aquella misma noche. Pero siendo esta victoria tan grande, y mas llenamente admirable que la pasada, porque se peleó con mayor ejército, y se retiró deshecho el enemigo; pudo tanto en algunos de los soldados españoles la novedad de haberse visto rotos y desordenados en la batalla, que volviéron al cuartel melancólicos y desalentados, con ánimo y semblante de vencidos. Eran muchos los que decian con poco recato, que no querian perderse de conocido por el antojo de Cortes, y que tratase de volverse á Vera-Cruz, pues era imposible pasar adelante, ó lo ejecutarian ellos dejándole solo con su ambicion y su temeridad. Entendiólo Hernan Cortes, y se retiró á su barraca sin tratar de redu-

irlos, hasta que se cobrasen de aquel
eciente pavor, y tuviesen tiempo de co-
ocer el desacierto de su proposicion;
ue en este género de males irritan mas
ue corrigen los remedios apresurados,
iendo el temor en los hombres una pa-
ion violenta, que suele tener sus prime-
os ímpetus contra la razon.

CAPÍTULO XIX.

osiega Hernan Cortes la nueva turbacion de su gente: los de Tlascala tienen por encantadores á los españoles; consultan sus adivinos, y por su consejo los asaltan de noche en su cuartel.

BA tomando cuerpo la inquietud de los
ıalcontentos; y no bastando á redu-
irlos la diligencia de los capitanes, ni
l contrario sentir de la gente de obliga-
iones, fué necesario que Hernan Cortes
acase la cara, y tratase de ponerlos en
azon: para cuyo efecto mandó que se
ıntasen en la plaza de armas todos los
spañoles, con pretexto de tomar acuerdo
obre el estado presente de las cosas: y
comodando cerca de sí á los mas inquie-
os (especie de favor en que iba envuelta
ı importancia de que le oyesen mejor)

poco tenemos, dijo, *que discurrir en lo que debe obrar nuestro ejército, vencidas en poco tiempo dos batallas, en que se ha conocido igualmente vuestro valor, y la flaqueza de vuestros enemigos: y aunque no suele ser el último afan de la guerra el vencer; pues tiene sus dificultades el seguir la victoria, y debemos todavia recatarnos de aquel género de peligros, que andan muchas veces con los buenos sucesos, como pensiones de la humana felicidad: no es este, amigos, mi cuidado para mayor duda necesito de vuestro consejo. Dicenme que algunos de nuestros soldados vuelven á desear, y se animan proponer que nos retiremos. Bien cre que fundarán este dictámen sobre algu razon aparente; pero no es bien que pun de tanta importancia se trate á mane de murmuracion. Decid todos libreme te vuestro sentir; no desautoriceis vue tro zelo tratándole como delito; y pa que discurramos todos sobre lo que co viene á todos, considérese primero estado en que nos hallamos, y resuélv de una vez algo que no se pueda cont decir. Esta jornada se intentó con vues parecer, y pudiera decir con vues*

plauso; nuestra resolucion fué pasar la corte de Motezuma; todos nos sacrificamos á esta empresa por nuestra religion, por nuestro rey, y despues por uestra honra y nuestras esperanzas. Sos indios de Tlascala, que intentáron ponerse á nuestro designio con todo el oder de su república y confederaciones, stan ya vencidos y desbaratados. No es osible, segun las reglas naturales, que rden mucho en rogarnos con la paz, ó edernos el paso. Si esto se consigue, como crecerá nuestro crédito? ¿donde os pondrá la aprehension de estos báraros que hoy nos coloca entre sus dioes? Motezuma, que nos esperaba cuiadoso, como se ha conocido en la repecion y artificio de sus embajadas, nos a de mirar con mayor asombro, domaos los Tlascaltecas, que son los valientes e su tierra, y los que se mantienen con s armas fuera de su dominio. Muy osible será que nos ofrezca partidos entajosos, temiendo que nos coliguemos on sus rebeldes; y muy posible que esta nisma dificultad que hoy experimentanos, sea el instrumento de que se vale Dios para facilitar nuestra empresa,

probando nuestra constancia, que no ha de hacer milagros con nosotros, sin servirse de nuestro corazon y nuestras manos. Pero si volvemos las espaldas (y serémos los primeros á quien desanimen las victorias) perdióse de una vez la obra y el trabajo. ¿Qué podemos esperar, ó qué no debemos temer? Esos mismos vencidos, que hoy estan amedrentados y fugitivos, se han de animar con nuestro desaliento, y dueños de los atajos y asperezas de la tierra, nos han de perseguir y deshacer en la marcha. Los indios amigos, que sirven á nuestro lado contentos y animosos, se han de apartar de nuestro ejército, y procurar escaparse á sus tierras, publicando en ellas nuestro vituperio. Los Zempoales y Totonaques, nuestros confederados, que son el único refugio de nuestra retirada, han de conspirar contra nosotros, perdido el gran concepto que tenian de nuestras fuerzas. Vuelvo á decir que se considere todo con maduro consejo, y midiendo las esperanzas que abandonamos con los peligros á que nos exponemos, propongais y delibereis lo que fuere mas conveniente;



yo dejo toda su libertad á vuestro dis-
ɔ ; y he tocado estos inconvenientes,
para disculpar mi opinion que para
nderla. Apenas acabó Hernan Cortes
zonamiento, cuando uno de los sol-
›s inquietos, conociendo la razon,
ıtó la voz, diciendo á sus parciales :
ʒos, nuestro capitan pregunta lo que
: de hacer ; pero enseña preguntando:
o es posible retirarnos sin perdernos.
iéronse los demas por convencidos,
esando su error; aplaudió su desen-
› el resto de la gente, y se resolvió
ıclamacion que se prosiguiese la em-
a, quedando enteramente remediada
ntonces la inquietud de aquellos sol-
›s, que apetecian el descanso de la
le Cuba : cuya sinrazon fué una de
ificultades que mas trabajáron el áni-
y ejercitáron la constancia de Cor-
n esta jornada.
ıusó raro desconsuelo en Tlascala
segunda rota de su ejército. Todos
ban admirados y confusos. El pue-
:lamaba por la paz : los magnates no
ban camino de proseguir la guerra :
trataban de retirarse á los montes
sus familias : otros decian que los
ioles eran deidades, inclinándose á

que se les diese la obediencia con circunstancias de adoracion. Juntáronse los senadores para tratar del remedio: y empezando á discurrir por su mismo asombro, confesáron todos que las fuerzas de aquellos extrangeros no parecian naturales; pero no se acababan de persuadir á que fuesen dioses, teniendo por ligereza el acomodarse á la credulidad del vulgo; antes viniéron á recaer en el dictámen de que se obraban aquellas hazañas de tanta maravilla por arte de encantamiento, resolviendo que se debia recurrir á la misma ciencia para vencerlos, y desarmar un encanto con otro. Llamáron para este fin á sus magos y agoreros, cuya ilusoria facultad tenia el demonio muy introducida, y no menos venerada en aquella tierra. Comunicóseles el pensamiento del senado, y ellos asistiéron á él con misteriosa ponderacion; y dando á entender que sabian la duda que se les habia de proponer, y que traian estudiado el caso de prevencion, dijéron, *que mediante la observacion de sus círculos y adivinaciones, tenian ya descubierto y averiguado el secreto de aquella novedad, y que todo consistia en que los españoles eran hijos del sol; producidos*

de su misma actividad en la madre tierra de las regiones orientales, siendo su mayor encantamiento la presencia de su padre, cuya fervorosa influencia les comunicaba un género de fuerza superior á la naturaleza humana, que los ponia en términos de inmortales. Pero que al trasponer por el occidente cesaba la influencia, y quedaban desalentados y marchitos como las yerbas del campo reduciéndose á los límites de la mortalidad como los otros hombres; por cuya consideracion convendria embestirlos de noche, y acabar con ellos antes que el nuevo sol los hiciese invencibles.

Celebráron mucho aquellos padres conscriptos la gran sabiduría de sus magos, dándose por satisfechos de que habian hallado el punto de la dificultad, y descubierto el camino de conseguir la victoria. Era contra el estilo de aquella tierra el pelear de noche; pero como los casos nuevos tienen poco respeto á la costumbre, se comunicó á Xicotencal esta importante noticia, ordenándole que asaltase despues de puesto el sol el cuartel de los españoles, procurando destruirlos y acabarlos antes que volviese al

oriente : y el empezó á disponer su faccion, creyendo con alguna disculpa la impostura de los magos, porque llegó á sus oidos autorizada con el dictámen de los senadores.

En este medio tiempo tuviéron los españoles diferentes rencuentros de poca consecuencia : dejáronse ver en las eminencias vecinas al cuartel algunas tropas del enemigo, que huyéron antes de pelear, ó fuéron rechazadas con pérdida suya. Hiciéronse algunas salidas á poner en contribucion los pueblos cercanos, donde se hacia buen pasage á los vecinos, y se ganaban voluntades y bastimentos. Cuidaba mucho Hernan Cortes de que no se relajase la disciplina y vigilancia de su gente con el ocio del alojamiento. Tenia siempre sus centinelas á lo largo; haciánse las guardias con todo el rigor militar, quedaban de noche ensillados los caballos con las bridas en el arzon; y el soldado que se aliviaba de las armas, ó reposaba en ellas mismas ó no reposaba : puntualidades que suelen parecen demasiadas á los negligentes, y que fuéron entonces bien necesarias; porque llegando la noche destinada para el asalto que teniau resuelto los de Tlas

cala, reconociéron las centinelas un grueso del enemigo, que venia marchando la vuelta del alojamiento con espacio y silencio, fuera de su costumbre. Pasó la noticia sin hacer ruido; y como cayó este accidente sobre la prevencion ordinaria de nuestros soldados, se coronó brevemente la muralla, y se dispuso con facilidad todo lo que pareció conveniente á la defensa.

Venia Xicotencal muy embebido en la fe de sus agoreros, creyendo hallar desalentados y sin fuerzas á los españoles, y acabar su guerra sin que lo supiese el sol; pero traia diez mil guerreros, por si no se hubiesen acabado de marchitar. Dejáronle acercar los nuestros sin hacer movimiento, y él dispuso que se atacase por tres partes el cuartel, cuya órden ejecutáron los indios con presteza y resolucion, pero halláron sobre sí tan poderosa y no esperada resistencia, que muriéron muchos en la demanda, y quedáron todos asombrados con otro género de temor, hecho de la misma seguridad con que venian. Conoció Xicotencal, aunque tarde, la ilusion de sus agoreros, y conoció tambien la dificultad de su empresa; pero no se supo entender

con su ira y con su corazon: y
denó que se embistiese de nu
todas partes, y se volvió al asalt
gando todo el grueso de su ejércil
nuestras defensas. No se puede
los indios el valor con que int
este género de pelear, nuevo en
licia, por la noche, y por la f
cion. Ayudábanse unos á otros
hombro y con los brazos para
muralla, y recibian las heridas,
dolas mayores con su mismo im
cayendo los primeros, sin esc
de los que venian detras. Dur
rato el combate, peleando cont
tanto como nuestras armas su
desórden; hasta que desengañad
tencal de que no era posible á s
zas lo que intentaba, mandó qu
ciese la seña de recoger, y t
retirarse. Pero Hernan Cortes,
laba sobre todo, luego que recon
flaqueza; y vió que se apartaba
pelladamente de la muralla, ech
parte de su infantería y todos lo
llos, que tenia ya prevenidos con
de cascabeles, para que abultas
con el ruido y la novedad, cuyo
tino asalto puso en tanto pavor á

que solo tratáron de escapar sin resistencia. Dejáron considerable ro de muertos en la campaña con os heridos que no pudiéron retirar; os españoles quedáron solo heridos tres soldados, y muerto uno de mpoales: suceso que pareció tam- nilagroso considerada la multitud ierable de flechas, dardos y piedras hallaron dentro del recinto; y ia, que por su facilidad y poca se celebró con particular demons- n de alegría entre los soldados: ie no sabian entonces cuanto les taba el haber sido valientes de , ni la obligacion en que estaban magos de Tlascala; cuyo desvarío tambien en esta obra, porque lo- á lo sumo el crédito de los espa- y les facilitó la paz, que es el mejor de la guerra.

CAPÍTULO XX.

Manda el senado á su general que suspenda la guerra, y él no quiere obedecer: antes trata de dar nuevo asalto al cuartel de los españoles: conócense, y castíganse sus espias: y dase principio á las pláticas de la paz.

Desvanecidas en la ciudad aquellas grandes esperanzas que se habian concebido, sin otra causa que fiar el suceso de sus armas al favor de la noche, volvió á clamar el pueblo por la paz: inquietáronse los nobles, hechos ya populares con menos ruido pero con el mismo sentir: quedáron sin aliento y sin discurso los senadores: y su primera demonstracion fué castigar en los agoreros su propria liviandad; no tanto porque fuese novedad en ellos el engaño, como porque se corriéron de haberlos creido. Dos ó tres de los mas principales fuéron sacrificados en uno de sus templos, y los demas tendrian su reprehension, y quedarian obligados á mentir con menos libertad en aquel auditorio.

Juntóse despues el senado para tratar el negocio principal, y todos se inclináron á la paz sin controversia, conc

diendo al entendimiento de Magiscatzin la ventaja de haber conocido antes la verdad; y confesando los mas incrédulos que aquellos extrangeros eran sin duda los hombres celestiales de sus profecías. Decretóse por primera resolucion, que se despachase luego expresa órden á Xicotencal para que suspendiese la guerra, y estuviese á la mira; teniendo entendido que se trataba de la paz, y que por parte del senado quedaba ya resuelta; y se nombrarian luego embajadores que la propusiesen, y ajustasen con los mejores partidos que se pudiesen conseguir á favor de su república.

Pero Xicotencal estaba tan obstinado contra los españoles, y tan ciego en el empeño de sus armas, que se negó totalmente á la obediencia de està órden, y respondió con arrogancia y desabrimiento, que él y sus soldados eran el verdadero senado, y mirarian por el crédito de su nacion, ya que la desamparaban los padres de la patria. Tenia dispuesto el asaltar segunda vez á los españoles de noche, y dentro de su cuartel; no porque hiciese caso de las adivinaciones pasadas, sino porque le pareció mejor tenerlos encerrados, para

que viniesen vivos á sus manos;
trataba de ir á esta faccion co
gente, y con mejores noticias : y s
do que algunos paisanos de los l
circunvecinos acudian al cuartel c
timentos por la codicia de los re
se sirvió de este medio para facil
empresa ; y nombró cuarenta s
de su satisfaccion, que vestidos e
de villanos, y cargados de fruta
llinas y pan de maiz, entrasen de
la plaza, y procurasen observar
dad y fuerza de su fortificacion
qué parte se podria dar el asa
menos dificultad. Algunos dic
fuéron estos indios como emba
del mismo Xicotencal con pláti
gidas de paz; en cuyo caso se
culpable la inadvertencia de lo
tros : pero bien fuese con est
aquel pretexto, ellos entráro
cuartel, y estuviéron entre los
les mucha parte de la mañana si
hiciese reparo en su detencio
que uno de los soldados Zempo
virtió que andaban reconociend
losamente la muralla, y asomá
ella por diferentes partes con r
curiosidad, de que avisó luego á

merecian aquellos delincuentes, condenados á muerte segun las leyes de la guerra; pero le pareció que el hacerlos matar sin noticia de los enemigos, seria justicia sin escarmiento: y como necesitaba menos de su satisfaccion que del terror ageno, ordenó que á los que estuviéron mas negativos, que serian catorce ó quince, se les cortasen las manos á unos, y á otros los dedos pulgares, y los envió de esta suerte á su ejército: mandándoles que dijesen de su parte á Xicotencal que ya le quedaban esperando; y que se los enviaba con la vida, porque no se le malograsen las noticias que llevaban de sus fortificaciones.

Hizo grande horror en el ejército de los indios que venia ya marchando á su faccion, este sangriento espectáculo: quedáron todos atónitos, notando la novedad y el rigor del castigo; y Xicotencal mas que todos, cuidadoso de que se hubiesen descubierto sus designios, siendo este el primer golpe que le tocó en el ánimo, y empezó á quebrantar su resolucion; porque se persuadió á que no podian sin alguna divinidad aquellos hombres haber conocido sus espías, y penetrado su pensamiento; con

cuya imaginacion empezó á congojarse, y á dudar en el partido que debia tomar; pero cuando ya estaba inclinado á resolver su retirada, la halló necesaria por otro accidente, y se hizo sin su voluntad lo mismo que resistia su obstinacion. Llegáron á este tiempo diferentes ministros del senado, que autorizados con su representacion, le intimáron que arrimase el baston de general: porque vista su inobediencia, y el atrevimiento de su respuesta, se habia revocado el nombramiento, en cuya virtud gobernaba las armas de la república. Mandáron tambien á los capitanes que no le obedeciesen, pena de ser declarados por traidores á la patria; y como cayó esta novedad sobre la turbacion que causó en todos el destrozo de sus espías, y en Xicotencal la penetracion de su secreto, ninguno se atrevió á replicar; antes inclináron las cervices al precepto de la república, deshaciéndose con extraordinaria prontitud todo aquel aparato de guerra. Marcháron los caciques á sus tierras, la gente de Tlascala tomó el camino sin esperar otra órden; y Xicotencal, que estaba ya menos animoso, tuvo á felicidad que le quitasen las armas de las ma-

s, y se recogió á la ciudad acompañado
'amente de sus amigos y parientes,
nde se presentó al senado, mal escon-
lo su despecho en esta demonstracion
su obediencia.
Los españoles pasáron aquella noche
n cuidado, y sosegáron el dia siguiente
descuido, porque no se acababan de
gurar de la intencion del enemigo;
nque los indios de la contribucion afir-
iban que se habia deshecho el ejército,
sforzado la plática de la paz. Duró esta
pension hasta que otro dia por la ma-
na descubriéron las centinelas una
pa de indios, que venian, al parecer
n algunas cargas sobre los hombros,
r el camino de Tlascala; y Hernan
rtes mandó que se retirasen á la plaza,
los dejasen llegar. Guiaban esta tropa
atro personages de respeto bien ador-
dos, cuyo trage y plumas blancas de-
taban la paz: detras de ellos venian
criados, y despues veinte ó treinta
ios tamenes cargados de vituallas.
teníanse de cuando en cuando como
elosos de acercarse, y hacian grandes
millaciones hácia el cuartel, entrete-
ndo el miedo con la cortesía; incli-
ban el pecho hasta tocar la tierra con

las manos, levantándose despues para ponerlas en los labios: reverencia que solo usaban con sus príncipes; y en estando mas cerca, subiéron de punto el rendimiento con el humo de sus incensarios. Dejóse ver entonces sobre la muralla doña Marina, y en su lengua les preguntó, de parte de quien, y á que venian. Respondiéron, que de parte del senado y república de Tlascala, y á tratar de la paz, con que se les concedió la entrada.

Recibiólos Hernan Cortes con aparato y severidad conveniente: y ellos, repitiendo sus reverencias y sus perfumes, diéron su embajada, que se redujo á diferentes disculpas de lo pasado: frívolas, pero de bastante substancia, para colegir de ellas su arrepentimiento. Decian, *que los Otomies y Chontales, naciones bárbaras de su confederacion, habian juntado sus gentes, y hecho la guerra contra el parecer del senado, cuya autoridad no habia podido reprimir los primeros ímpetus de su ferocidad; pero que ya quedaban desarmados, y la república muy deseosa de la paz: que no solo traian la voz del senado*,

sino de la nobleza y del pueblo, para pedirle que marchase luego con todos sus soldados á la ciudad, donde podrian detenerse lo que gustasen, con seguridad de que serian asistidos y venerados como hijos del sol, y hermanos de sus dioses: y últimamente concluyéron su razonamiento, dejando mal encubierto el artificio en todo lo que habláron de la guerra pasada; pero no sin algunos visos de sinceridad en lo que proponian de la paz.

Hernan Cortes, afectando segunda vez la severidad, y negando al semblante la interior complacencia, les respondió solamente, *que llevasen entendido, y dijesen de su parte al senado, que no era pequeña demonstracion de su benignidad el admitirlos y escucharlos, cuando podian temer su indignacion como delincuentes, y debian recibir la ley como vencidos: que la paz que proponian era conforme á su inclinacion, pero que la buscaban despues de una guerra muy injusta, y muy porfiada, para que se dejase hallar fácilmente, ó no la encontrasen detenida y recatada: que se veria como perseveraban en desearla, y como*

procedian para merecerla; y entre procuraria reprimir el enojo de su pitanes, y engañar la razon de su mas, suspendiendo el castigo co brazo levantado, para que pudiese grar con la enmienda el tiempo qu entre la amenaza y el golpe.

Asi les respondió Cortes, tomanc este medio algun tiempo para conv de su enfermedad, y para examina jor la verdad de aquella proposici cuyo fin tuvo por conveniente qu viesen cuidadosos y poco asegurad tos mensageros, porque no se en beciesen ó entibiasen los del se hallándole muy fácil ó muy dese la paz: que en este género de ne suelen ser atajos los que parec deos, y servir como diligencias la cultades.

CAPÍTULO XXI.

Vienen al cuartel nuevos embajadores de Motezuma para embarazar la paz de Tlascala: persevera el senado en pedirla, y toma el mismo Xicotencal á su cuenta esta negociacion.

Creció con estas victorias la fama de los españoles, y Motezuma, que tenia frecuentes noticias de lo que pasaba en Tlascala, mediante la observacion de sus ministros, y la diligencia de sus correos, entró en mayor aprehension de su peligro cuando vió sojuzgada y vencida por tan pocos hombres aquella nacion belicosa, que tantas veces habia resistido á sus ejércitos. Hacíanle grande admiracion las hazañas que le referian de los extrangeros; y temia que una vez reducidos á su obediencia los Tlascaltecas, se sirviesen de su rebeldía y de sus armas, y pasasen á mayores intentos en daño de su imperio. Pero es muy de reparar, que en medio de tantas perplejidades y rezelos no se acordase de su poder, ni pasase á formar ejército para su defensa y seguridad, antes sin tratar (por no sé que genio superior á su espí-

ritu) de convocar sus gentes, ni atreverse á romper la guerra, se dejaba todo á las artes de la política, y andaba fluctuando entre los medios suaves. Puso entonces la mira en deshacer esta union de españoles y tlascaltecas; y no lo pensaba mal, que cuando falta la resolucion, suele andar muy despierta y muy solícita la prudencia. Resolvió para este fin hacer nueva embajada y regalo á Cortes; cuyo pretexto fué complacerse de los buenos sucesos de sus armas, y de que le ayudase á castigar la insolencia de sus enemigos los Tlascaltecas: pero el fin principal de esta diligencia fué pedirle con nuevo encarecimiento que no tratase de pasar á su corte, con mayor ponderacion de las dificultades que le obligaban á no conceder esta permision. Lleváron los embajadores instruccion secreta, para reconocer el estado en que se hallaba la guerra de Tlascala, y procurar (en caso que se hablase de la paz, y los españoles se inclinasen á ella) divertir y embarazar su conclusion, sin manifestar el rezelo de su príncipe, ni apartarse de la negociacion hasta darle cuenta, y esperar su órden.

Viniéron con esta embajada cinco Me-

›s de la primera suposicion entre
obles, y pisando con algun recato
ȧrminos de Tlascala, llegáron al
el poco despues que partiéron los
.tros de la república. Recibiólos
an Cortes con grande agasajo y cor-
; porque ya le tenia con algun cui-
el silencio de Motezuma. Oyó su
ıjada gratamente: recibió tambien
adeció el presente, cuyo valor seria
ısta mil pesos en piezas diferentes
'o ligero, sin otras curiosidades de
a y algodon; y no les dió por en-
›s su respuesta, porque deseaba que
n antes de partir, á los de Tlascala
idos, y pretendientes de la paz: ni
solicitáron su despacho, porque
ien deseaban detenerse; pero tar-
ıpoco en descubrir todo el secreto
instruccion, porque decian lo que
ın de callar, preguntando con poca
ıtria lo que venian á inquirir; y á
› tiempo se conoció todo el temor
›tezuma, y lo que importaba la paz
'ascala para que viniese á la razon.
república entretanto, deseosa de
r en buena fe á los españoles, envió
rdenes á los lugares del contorno
que acudiesen al cuartel con basti-

mentos; mandando que no llevasen por ellos precio, ni rescate : lo cual se ejecutó puntualmente ; y creció la provision, sin que atreviesen los paisanos á recibir la menor recompensa. Dos dias despues se descubrió por el camino de la ciudad una considerable tropa de indios, que se venian acercando con insignias de paz ; y avisado Cortes, mandó que se les franquease la entrada , y para recibirlos mezcló entre su acompañamiento á los embajadores Mejicanos, dándoles á entender que les confiaba lo que deseaba poner en su noticia. Venia por cabo de los Tlascaltecas el mismo Xicotencal, que tomó la comision de tratar ó concluir este gran negocio; bien fuese por satisfacer al senado , enmendando con esta accion su pasada rebeldía , ó porque se persuadió á que convenia la paz , y como ambicioso de gloria, no quiso que se debiese á otro el bien de su república. Acompañábanle cincuenta caballeros de su faccion y parentela, bien adornados á su modo. Era de mas que mediana estatura, de buen talle, mas robusto que corpulento : el trage, un manto blanco airosamente manejado, muchas plumas, y algunas joyas

puestas en su lugar: el rostro de poco agradable proporcion, pero que no dejaba de infundir respeto, haciéndose mas reparable por el denuedo que por la fealdad. Llegó con desembarazo de soldado á la presencia de Cortes, y hechas sus reverencias, tomó asiento, dijo quien era, y empezó su oracion: *confesando que tenia toda la culpa de la guerra pasada, porque se persuadió á que los españoles eran parciales de Motezuma, cuyo nombre aborrecia; pero que ya como primer testigo de sus hazañas, venia con los méritos de rendido á ponerse en las manos de su vencedor, deseando merecer con esta sumision y reconocimiento el perdon de su república, cuyo nombre y autoridad traia, no para proponer, sino para pedir rendidamente la paz, y admitirla como se la quisiesen conceder: que la demandába una, y dos y tres veces en nombre del senado, nobleza y pueblo de Tlascala: suplicándole con todo encarecimiento, que honrase luego aquella ciudad con su asistencia, donde hallaria prevenido alojamiento para toda su gente, y aquella veneracion y servidumbre, que se podia*

fiar de los que siendo valientes, s
dian á rogar y obedecer; pero que
mente le pedia, sin que pareciese
cion de la paz, sino dádiva de su pie
que se hiciese buen pasage á los vec
y se reservasen de la licencia milit
dioses y sus mugeres.

Agradó tanto á Cortes el razonam
y desahogo de Xicotencal, que no
dejar de manifestarlo en el sembla
los que le asistian, dejándose llev
afecto que le merecian siempre los
bres de valor; pero mandó á doñ
riña que se lo dijese asi, porque no
sase que se alegraba de su proposi
y volvió á cobrar su entereza, para
derarle, no sin alguna vehemenci
poca razon que habia tenido su
blica en mover una guerra tan inj
y el fomentar una injusticia con
obstinacion: en que se alargó sin
lijidad á todo lo que pedia la raz
despues de acriminar el delito par
carecer el perdon, concluyó *c*
diendo la paz que le pedian, y
no se les haria violencia ni exto
alguna en el paso de su ejército;
añadió *que cuando llegase el caso*

*su ciudad, se les avisaria con tiem-
, y se dispondria lo que fuese nece-
rio para su entrada y alojamiento.*
Sintió mucho Xicotencal esta dila-
›n, mirándola como pretexto para
aminar mejor la sinceridad del trata-
; y con los ojos en el auditorio, dijo:
zon teneis, ó Teules grandes (así lla-
aban á sus dioses), *para castigar nues-
a verdad con vuestra desconfianza;
ro si no basta para que me creais el
blaros en mi toda la república de
'ascala, yo que soy el capitan gene-
l de sus ejércitos, y estos caballeros
mi séquito, que son los primeros
bles y mayores capitanes de mi na-
›n, nos quedarémos en rehenes de
estra seguridad, y estarémos en
estro poder prisioneros ó aprisiona-
s todo el tiempo que os detuviéreis
nuestra ciudad.* No dejó de asegu-
rse mucho Hernan Cortes con este
recimiento; pero como deseaba siem-
e quedar superior, le respondió, *que
era menester aquella demonstracion,
ıra que se creyese que deseaban lo que
nto les convenia; ni su gente necesi-
ba de rehenes para entrar segura en*

su ciudad, y mantenerse en ella sin rezelo, como se habia mantenido en medio de sus ejércitos armados, pero que la paz quedaba firme y asegurada en su palabra, y su jornada seria lo mas presto que se pudiese disponer. Con que disolvió la plática, y los salió acompañando hasta la puerta de su alojamiento, donde agasajó de nuevo con los brazos á Xicotencal; y dándole despues la mano, le dijo al despedirse, *que solo tardaria en pagarle aquella visita el breve tiempo que habia menester para despachar unos embajadores de Motezuma:* palabras que diéron bastante calor á la negociacion, aunque las dejó caer como cosa en que no reparaba.

Quedóse despues con los Mejicanos, y ellos hiciéron grande irrision de la paz y de los que la proponian, pasando á culpar, no sin alguna enfadosa presuncion, la facilidad con que se dejáron persuadir los españoles; y volviendo el rostro á Cortes, le dijéron como que le daban doctrina: *que se admiraban mucho de que un hombre tan sabio no conociese á los de Tlascala, gente bárbara, que se mantenia de sus ardides mas que de sus fuerzas; y que mirase*

o que hacia, porque solo trataban de segurarle, para servirse de su desuido, y acabar con él y con los suyos. ero cuando viéron que se afirmaba en antener su palabra, y en que no podia egar la paz á quien se la pedia, ni faltar al primer instituto de sus armas, uedáron un rato pensativos; de que esultó el pedirle, convertida en ruego a persuasion, que dilatase por seis dias l marchar á Tlascala, en cuyo tiempo ian los dos mas principales á poner en noticia de su príncipe todo lo que paaba, y quedarian los demas á esperar a resolucion. Concedióselo Hernan Cores porque no le pareció conveniente omper con el respeto de Motezuma, ni ejar desesperar lo que diese de sí esta iligencia, siendo posible que se allanaen con ella las dificultades que ponia n dejarse ver. Asi se aprovechaba de os afectos que reconocia en los Tlascaleas y en los Mejicanos; y asi daba estimacion á la paz, haciéndosela desear á os unos, y temer á los otros.

HISTORIA DE LA CONQUISTA,

POBLACION Y PROGRESOS

DE

LA NUEVA ESPAÑA.

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Dase noticia del viage que hiciéron á España los enviados de Cortes; y de las contradicciones y embarazos que retardáron su despacho.

Razon es ya que volvamos á los capitanes alonso hernandez Portocarrero y francisco de Montejo, que partiéron de Vera-Cruz con el presente y cartas para el rey; primera noticia y primer tributo de la nueva España. Hiciéron su viage con felicidad, aunque pudiéron aventurarla por no guardar literalmente las órdenes que llevaban; cuyas interpretaciones suelen destruir los negocios, y

:iertan pocas veces con el dictámen del
iperior. Tenia francisco de Montejo en
isla de Cuba, cerca de la Habana, una
e las estancias de su repartimiento; y
uando llegáron á vista del cabo de San
nton, propuso á su compañero, y al
iloto anton de Alaminos, que seria bien
:ercarse á ella, y proveerse de algunos
astimentos de regalo para el viage, pues
stando aquella poblacion tan distante de
ı ciudad de Santiago, donde residia
iego Velazquez, se contravenia poco á
ı substancia del precepto que les puso
ortes, para que se apartasen de su dis-
ito. Consiguió su intento, logrando con
ste color el deseo que tenia de ver su
acienda; y arriesgó no solo el bajel,
no el presente, y todo el negocio de su
argo; porque diego Velazquez, á quien
esvelaban continuamente los zelos de
ortes, tenia distribuidas por todas las
oblaciones vecinas á la costa diferentes
spías, que le avisasen de cualquiera no-
edad, temiendo que enviase alguno de
is navíos á la isla de santo Domingo,
ara dar cuenta de su descubrimiento,
pedir socorro á los religiosos goberna-
)res cuya instancia deseaba prevenir y
nbarazar. Supo luego por este medio

lo que pasaba en la estancia de Montejo, y despachó en breves horas dos bajeles muy veleros, bien artillados y guarnecidos, para que procurasen aprehender á todo riesgo el navío de Cortes; disponiendo la faccion con tanta celeridad, que fué necesaria toda la ciencia y toda la fortuna del piloto Alaminos para escapar de este peligro, que puso en contingencia todos los progresos de nueva España.

Bernal diaz del Castillo mancha con poca razon la fama de francisco de Montejo, digno por su calidad y valor de mejores ausencias: cúlpale de que faltó á la obligacion en que le puso la confianza de Cortes: dice que salió á su estancia con ánimo de suspender la navegacion, para que tuviese tiempo diego Velazquez de aprehender el navío: que le escribió una carta con el aviso: que la llevó un marinero; arrojándose al agua, y otras circunstancias de poco fundamento, en que se contradice despues, haciendo particular memoria de la resolucion y actividad con que se opuso francisco de Montejo en la corte á los agentes y valedores de diego Velazquez; pero tambien escribe que no halláron estos en-

os de Cortes al emperador en Es-
ı; y afirma otras cosas, de que se
)ce la facilidad con que daba los oi-
; y que se deben leer con rezelo sus
cias en todo aquello que no le in-
ıáron sus ojos. Continuáron su viage
el canal de Bahama, siendo anton
ılaminos el primer piloto que se ar-
al peligro de sus corrientes, y fué
ıester entonces toda la violencia con
se precipitan por aquella parte las
ıs entre las islas Lucayas y la Flori-
para salir á lo ancho con brevedad,
ejar frustradas las asechanzas de
;o Velazquez.
avoreciéles el tiempo, y arribáron á
illa por octubre de este año, en me-
favorable ocasion, porque se hallaba
aquella ciudad el capellan benito
tin, que vino á la corte, como diji-
, á solicitar las conveniencias de
;o Velazquez; y habiéndole remitido
ítulos de su adelantamiento, aguar-
a embarcacion para volverse á la isla
'uba. Hízole gran novedad este acci-
te y valiéndose de su introduccion
licitud, se querelló de Hernan Cortes,
los que venian en su nombre, ante
ministros de la contratacion, que ya

se llamaba de las Indias; refiriendo *que aquel navío era de su amo diego Velazquez, y todo lo que venia en el perteneciente á sus conquistas: que la entrada en las provincias de Tierra Firme se habia ejecutado furtivamente, y sin autoridad, alzándose Cortes y los que le acompañaban con la armada que diego Velazquez tenia prevenida para la misma empresa; que los capitanes Portocarrero y Montejo eran dignos de grave castigo, y por lo ménos se debia embargar el bajel y su carga mientras no legitimasen los títulos, de cuya virtud emanaba su comision.* Tenia diego Velazquez muchos defensores en Sevilla, porque regalaba con liberalidad: y esto era lo mismo que tener razon, por lo menos en los casos dudosos, que se interpretan las mas veces con la voluntad. Admitióse la instancia, y últimamente se hizo el embargo, permitiendo á los enviados de Cortes por gran equivalencia que acudiesen al rey.

Partiéron con esta permision á Barcelona los dos capitanes y el piloto Alaminos, creyendo hallar la corte en aque-

iudad; pero llegáron á tiempo que aba de partir el rey á la Coruña, le tenia convocadas las cortes de illa, y prevenida su armada para r á Flandes, instado ya prolijamente ›s clamores de Alemania, que le llaan á la corona del imperio. No se lviéron á seguir la corte, por no hade paso en negocio tan grave, que clado entre las inquietudes del cao, perderia la novedad sin hallar la ideracion: por cuyo reparo se enináron á Medellin con ánimo de vi- á martin Cortes, y ver si podian eguir que viniese con ellos á la preia del rey, para que autorizase con anas y con su representacion la insia y la persona de su hijo. Recibiólos l venerable anciano con la ternura se deja considerar en un padre cuiiso y desconsolado, que ya le lloraba rtó, y halló con las nuevas de su vida › que admirar en sus acciones, y › que celebrar en su fortuna.

›terminóse luego á seguirlos; y todo noticia del parage donde se hallaemperador (asi le llamarémos ya), ›ron que habia de hacer mansion en lcsillas para despedirse de la reina

doña Juana su madre, y despachar algunas dependencias de su jornada. Aquí le esperáron, y aquí tuviéron la primera audiencia, favorecidos de una casualidad oportuna; porque los ministros de Sevilla no se atreviéron á detener en el embargo lo que venia para el emperador, y llegáron á la misma sazon el presente de Cortes, y los indios de la nueva conquista: con cuyo accidente fuéron mejor escuchadas las novedades que referian: facilitándose por los ojos la extrañeza de los oidos; porque aquellas alhajas de oro, preciosas por la materia y por el arte: aquellas curiosidades y primores de pluma y algodon; y aquellos racionales de tan rara fisonomía, que parecian hombres de segunda especie, fuéron otros tantos testigos, que hiciéron creible, dejando admirable su narracion.

Oyólos el emperador con mucha gratitud; y el primer movimiento de aquel ánimo real fué volverse á Dios, y darle rendidas gracias de que en su tiempo se hallase nuevas regiones donde introducir su nombre, y dilatar su evangelio. Tuvo con ellos diferentes conferencias; informóse cuidadosamente de las cosas de

uel nuevo mundo; del dominio y fuer-
s de Motezuma; de la calidad y talento
Cortes: hizo algunas preguntas al pi-
o Alaminos concernientes á la navega-
n, mandó que los indios se llevasen á
villa, para que se conservasen mejor
temple mas benigno: y segun lo que
pudo colegir entonces del afecto con
e deseaba fomentar aquella empresa,
ra breve y favorable su resolucion, si
le embarazaran otras dependencias
gravísimo peso.

Llegaban cada dia nuevas cartas de
ciudades con proposiciones poco re-
entes: lamentábase Castilla de que se
asen sus cortes á Galicia: estaba ze-
o el reino de que pesase mas el impe-
: andaba mezclada con protestas la
ediencia; y finalmente se iba derra-
ndo poco á poco en los ánimos la
nilla de las comunidades. Todos
aban al rey, y todos le perdian el
peto: sentian su ausencia, lloraban
falta; y este amor natural, conver-
o en pasion, ó mal administrado, se
zo brevemente amenaza de su domi-
. Resolvió apresurar su jornada por
artarse de las quejas, y la ejecutó
eyendo volver con brevedad y que no

le seria dificultoso corregir despues aquellos malos humores que dejaba movidos. Asi lo consiguió; pero respetando los altos motivos que le obligáron á este viage, no podemos dejar de conocer que se aventuró á gran pérdida, y que á la verdad hace poco por la salud quien se fia del exceso, en suposicion de que habrá remedios cuando llegue la necesidad.

Quedó remitida por estos embarázos la instancia de Cortes al cardenal Adriano, y á la junta de prelados y ministros que le habian de aconsejar en el gobierno durante la ausencia del emperador, con órden para que oyendo al consejo de Indias, se tomase medio en las pretensiones de diego Velazquez, y se diese calor al descubrimiento y conquista espiritual de aquella tierra, que ya se iba dejando conocer por el nombre de Nueva España.

Presidia en este consejo, formado pocos dias antes, juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Burgos, y concurrian en él Hernando de Vega señor de Grajal, don francisco Zapata, y don Antonio de Padilla, del consejo real, y pedro mártir de Angleria, proto-notario

Aragon. Tenia el presidente gran su-
;icion en las materias de las Indias,
·que las habia manejado muchos dias,
odos cedian á su autoridad y á su ex-
·iencia. Favorecia con descubierta
untad á diego Velazquez; y pudo ser
; le hiciese fuerza su razon, ó el con-
ıto en que le tenia: que Bernal Diaz
Castillo refiere las causas de su pa-
ı con indecencia y prolijidad; pero
ıbien dice lo que oyó, y seria mucho
nos, ó no seria. Lo que no se puede
;ar es, que perdió mucho en sus in-
:nes la causa de Cortes, y que dió
l nombre á su conquista, tratándola
no delito de mala consecuencia. Re-
sentaba que diego Velazquez, se-
ı el título que tenia del emperador,
dueño de la empresa; y segun jus-
a, de los mismos medios con que se
ıia conseguido: ponderaba lo poco
; se podia fiar de un hombre rebelde
ı mismo superior, y lo que se debian
ıer en provincias tan remotas estos
ıcipios de sedicion; pretextaba los
ıos, y últimamente cargó tanto la
no en sus representaciones, que puso
:uidado al cardenal y á los de la junta.
dejaban de conocer que se afectaba



con sobrado fervor la razon de diego Velazquez; pero no se atrevian á resolver negocio tan grave contra el parecer de un ministro tan graduado; ni tenian por conveniente desconfiar á Cortes, cuando estaba tan arrestado, y en la verdad se le debia un descubrimiento tanto mayor que los pasados. Cuyas dudas y contradicciones fuéron retardando la resolucion de modo que volvió el emperador de su jornada, y llegáron segundos comisarios de Cortes, primero que se tomase acuerdo en sus pretensiones. Lo mas que pudiéron conseguir martin Cortes y sus compañeros fué, que se les mandasen librar algunas cantidades para su gasto, sobre los mismos efectos que tenian embargados en Sevilla, con cuya moderada subvencion estuviéron dos años en la corte siguiendo los tribunales como pretendientes desvalidos, hecho esta vez negocio particular el ínteres de la monarquía, de cuantas suelen hacerse causa pública los intereses particulares.

CAPÍTULO II.

ıra Motezuma desviar la paz de Tlasla : vienen los de aquella república á conmar su instancia; y Hernan Cortes ejeta su marcha, y hace su entrada en la udad.

el discurso de los seis dias que se ıvo Hernan Cortes en su alojamiento ı cumplir con los Mejicanos, se coió con nuevas experiencías el efecto que deseaban la paz los de Tlas, y cuanto se rezelaban de los offiy diligencias de Motezuma: llegádentro del plazo señalado los embaıres que se esperaban, y fuéron recios con la urbanidad acostumbrada. ıian seis caballeros de la familia real ı lucido acompañamiento, y otro prete de la misma calidad, y poco mas or que el pasado. Habló el uno de s, y no sin aparato de palabras y exaaciones ponderó *cuanto deseaba el oremo emperador* (y al decir su nom hiciéron todos una profunda humicion) *ser amigo y confederado del ncipe grande á quien obedecian los ıañoles, cuyo magestad resplandecia*

tanto en el valor de sus vasallos; que se hallaba inclinado á pagarle todos los años algun tributo, partiendo con él las riquezas de que abundaba; porque le tenia en gran veneracion, considerándole hijo del sol, ó por lo menos señor de las regiones felicísimas donde nace la luz; pero que habian de preceder á este ajustamiento dos condiciones. La primera, que se abstuviesen Hernan Cortes y los suyos de confederarse con los de Tlascala; pues no era bien que hallándose tan obligados de sus dádivas, se hiciesen parciales de sus enemigos: y la segunda, que acabasen de persuadirse á que no era posible ni puesto en razon el intento de pasar á Méjico; porque segun las leyes de su imperio, ni él podia dejarse ver de gentes extrangeras, ni sus vasallos lo permitirian: que considerasen bien los peligros de ambas temeridades; porque los Tlascaltecas eran tan inclinados á la traicion y al latrocinio, que solo tratarian de asegurarlos para vengarse de ellos, y aprovecharse del oro con que los habia enriquecido; y los Mejicanos tan zelosos de sus leyes,

: *mal acondicionados, que no po-*
reprimirlos su autoridad, ni los es-
les quejarse de lo que padeciesen,
as veces amonestados de lo que aven-
ban.

e este género fué la oracion del me-
no; y todas las embajadas y diligen-
de Motezuma paraban en procurar
no se le acercasen los españoles. Mi-
alos con el horror de sus presagios;
ngiéndose la obediencia de sus dio-
, hacia religion de su mismo desa-
ito. Suspendió Cortes por entonces
respuesta, y solo dijo *que seria razon*
descansasen de su jornada, y que
despacharia brevemente. Deseaba
fuesen testigos de la paz de Tlas-
a, y miró tambien á lo que impor-
a detenerlos, porque no se despe-
se Motezuma con la noticia de su
olucion, y tratase de ponerse en de-
sa; que ya se sabia su desprevencion,
se ignoraba la facilidad con que po-
convocar sus ejércitos.

Diéron tanto cuidado en Tlascala es-
embajadas, á que atribuian la de-
cion de Cortes, que resolviéron los
gobierno, por última demonstracion

de su afecto, venir al cuartel en for
de senado, para conducirle á su ciud
ó no volver á ella sin dejar enterame
acreditada la sinceridad de su trato
desvanecidas las negociaciones de M
tezuma.

Era solemne y numeroso el acom
ñamiento, y pacífico el color de los ad
nos y las plumas. Venian los senad
en andas ó sillas portátiles, sobre
hombros de ministros inferiores; y
el mejor lugar Magiscatzin, que fa
reció siempre la causa de los españo
y el padre de Xicotencal, anciano ve
rable, á quien habia quitado los ojo
vejez; pero sin ofender la cabeza, p
se conservaba todavía con opinion
sabio entre los consejeros. Apeáro
poco antes de llevar á la casa donde
esperaba Cortes; y el ciego se adela
á los demas, pidiendo á los que le c
ducian que le acercasen al capitan
los orientales. Abrazóle con extrao
nario contento, y despues le aplic
por diferentes partes el tacto, c
quien deseaba conocerle, supliendo
las manos el defecto de los ojos. Se
ronse todos, y á ruego de Magisca
habló el ciego en esta substancia:

, valeroso capitan, seas ó no del
'o mortal, tienes en tu poder al
o de Tlascula, última señal de
·o rendimiento. No venimos á dis·
r el yerro de nuestra nacion, sino
:arle sobre nosotros, fiando á
·a verdad tu desenojo. Nuestra
ı resolucion de la guerra; pero
en ha sido nuestra la determina-
de la paz. Apresurada fué la
ra, y tarda es la segunda; pero
:len ser de peor calidad las reso-
ıes mas consideradas; antes se
con trabajo lo que se imprime con
ltad: y puedo asegurar que la
ı detencion nos dió mayor conoci-
o de tu valor, y profundó los ci-
os de nuestra constancia. No ig-
ıos que Motezuma intenta disua-
de nuestra confederacion: escú-
como á nuestro enemigo, si no le
lerares como tirano; que ya lo
? quien te busca para la sinrazon.
ros no queremos que nos ayudes
ı él, que para todo lo que no eres
s bastan nuestras fuerzas: solo
émos que fies tu seguridad de sus
:s, porque conocemos sus artifi-

asi respondió con toda estimacion á los senadores, y los hizo regalar con algunos presentes, deseando acreditar con ellos su agrado y su confianza. Fué necesario persuadirlos con resolucion para que se volviesen, y lo consiguió, dándoles palabra de mudar luego su alojamiento á la ciudad, sin mas detencion que la necesaria para juntar alguna gente de los lugares vecinos, que condujese la artillería y el bagage. Aceptáron ellos la palabra, haciéndosela repetir con mas afecto que desconfianza, y partiéron contentos y asegurados, tomando á su cuenta la diligencia de juntar y remitir los indios de carga que fuesen menester; y apenas rayó la primera luz del dia siguiente, cuando se halláron á la puerta del cuartel quinientos tamenes tan bien industriados, que competian sobre la carga, haciendo pretension de su mismo trabajo.

Tratóse luego de la marcha, púsose la gente en escuadron, y dando su lugar á la artillería y al bagage, se fué siguiendo el camino de Tlascala, con toda la buena ordenanza, prevencion y cuidado que observaba siempre aquel pequeño ejército, á cuya rigurosa dis-

a se debió mucha parte de sus ope-
ıes. Estaba la campaña por ambos
poblada de innumerables indios,
ılian de sus pueblos á la novedad;
ı tantos sus gritos y ademanes, que
ran pasar por clamores ó amenazas
que usaban en la guerra, si no di-
oña Marina que usaban tambien de
los alaridos en sus mayores fiestas;
ı celebrando á su modo la dicha
abian conseguido, victoreaban y
cian á los nuevos amigos: con cuya
a se llevó mejor la molestia de las
, siendo necesaria entonces la pa-
a para el aplauso.

iéron los senadores largo trecho
iudad á recibir el ejército con toda
ntacion y pompa de sus funciones
as, asistidos de los nobles, que
ı vanidad en semejantes casos de
zar á los ministros de su república.
on al llegar sus reverencias; y sin
rse camináron delante, dando á
ler con este apresurado rendi-
o lo que deseaban adelantar la
ıa, ó no detener á los que acom-
an.

entrar en la ciudad resonáron los
es y aclamaciones con mayor es-

truendo, porque se mezclaba
grito popular la música disonant
flautas, atabalillos y bocinas. E
el concurso de la gente, que tra
mucho los ministros del senado
certar la muchedumbre, para de
razar las calles. Arrojaban las n
diferentes flores sobre los españ
las mas atrevidas ó menos recata
acercaban hasta ponerlas en sus
Los sacerdotes, arrastrando la
talares de sus sacrificios saliéron
con sus brascrillos de copal; y si
que acertaban, significáron el
con el humo. Dejábase conoce
semblantes de todos la sinceri
ánimo; pero con varios afectos,
andaba la admiracion mezclada
contento, y el alborozo templad
veneracion. El alojamiento que
prevenido, con todo lo necesar
la comodidad y el regalo, era la
casa de la ciudad, donde habia
cuatro patios muy espaciosos, c
tos y tan capaces aposentos, qu
siguió Cortes sin dificultad la con
cia de tener unida su gente. Lle
sigo á los emba adores de Motezu
mas que lo resistiéron, y los aloj

sí, porque iban asegurados en su
specto; y estaban temerosos de que
les hiciese alguna violencia. Fué la
ıtrada y última reduccion de Tlascala
ı veinte y tres de septiembre del mis-
o año de mil y quinientos y diez y
ıeve, dia en que los españoles consi-
ıiéron una paz con circunstancias de
iunfo, tan durable y de tanta conse-
ıencia para la conquista de nueva Es-
ıña, que se conservan hoy en aquella
ovincia diferentes prerogativas y exen-
ones, obtenidas en remuneracion de
ıuella primera constancia: honrado
ıonumento de su antigua fidelidad.

CAPÍTULO III.

escríbese la ciudad de Tlascala: quejanse los senadores de que anduviesen armados los españoles, sintiendo su desconfianza; y Cortes los satisface, y procura reducir á que dejen la idolatría.

Era entonces Tlascala una ciudad muy
opulosa, fundada sobre cuatro emi-
encias poco distantes, que se prolon-
aban de oriente á poniente con desigual
ıagnitud; y fiadas en la natural forta-

leza de sus peñascos, contenian en sí los edificios formando cuatro cabeceras ó barrios distintos, cuya division se unia y comunicaba por diferentes calles de paredes gruesas, que servian de muralla. Gobernaban estas poblaciones con señorío de vasallage cuatro caciques, descendientes de sus primeros fundadores, que pendian del senado, y ordinariamente concurrian en él; pero con sujecion á sus órdenes en todo lo político, y segundas instancias de sus vasallos. Las casas se levantaban moderadamente de la tierra, porque no usaban segundo techo: su fábrica de piedra y ladrillo; y en vez de tejados, azoteas y corredores: las calles angostas y torcidas, segun conservaba su dificultad la aspereza de la montaña: extraordinaria situacion y arquitectura, menos á la comodidad que á la defensa.

Tenia toda la provincia cincuenta leguas de circunferencia, diez su longitud de oriente á poniente, y cuatro su latitud de norte á sur: pais montuoso y quebrado; pero muy fértil y bien cultivado en todos los parages, donde la frecuencia de los riscos daba lugar al beneficio de la tierra. Confinaba por to-

as partes con provincias de la faccion
e Motezuma: solo por la del norte cer-
aba mas que dividia sus límites la gran
ordillera, por cuyas montañas inacce-
ibles se comunicaban con los otomies,
otonaques, y otras naciones bárbaras
e su confederacion. Las poblaciones
ran muchas, y de numerosa vecindad.
a gente inclinada desde la niñez á la
uperstición y al ejercicio de las armas,
n cuyo manejo se imponian y habili-
aban con emulacion; hiciéselos mon-
araces el clima, ó valientes la necesidad.
bundaban de maiz; y esta semilla res-
ondia tan bien al sudor de los villa-
os, que dió á la provincia el nombre
e Tlascala: voz que en su lengua es lo
nismo que tierra de pan. Habia frutas
e gran variedad y regalo: casas de todo
énero, y era una de sus fertilidades la
ochinilla, cuyo uso no conocian, hasta
ue le aprendiéron de los españoles. De-
ióse de llamar asi de el grano coccí-
eo, que dió entre nosotros nombre á
a grana; pero en aquellas partes es un
énero de insecto, como gusanillo pe-
ueño, que nace y adquiere la última
azon sobre las hojas de un árbol rús-
ico y espinoso, que llamaban entonces

tuna silvestre, y ya le benefician c
fructífero, debiendo su mayor co
cio y utilidad al precioso tinte d
gusanos, nada inferior al que hall
los antiguos en la sangre del mur
la púrpura, tan celebrado en los m
de sus reyes.

Tenia tambien sus pensiones la
cidad natural de aquella provincia
jeta por la vecindad de las monta
grandes tempestades, horribles ura
y frecuentes inundaciones del ri
lual, que no contento algunos año
destruir las mieses y arrancar los
les, solia buscar los edificios en l
alto de las eminencias. Dicen que Z
en su idioma significa rio de sarna
que se cubrian de ella los que usab
sus aguas en la bebida ó en el bañ
gunda malignidad de su corriente.
era la menor entre las calamidad
padecia Tlascala el carecer de sal,
falta desazonaba todas sus abunda
y aunque pudiera traerla fácilme
las tierras de Motezuma con el pre
sus granos, tenian á menor inc
niente sufrir el sinsabor de sus n
res, que abrir el comercio á sus
migos.

r otras observaciones de su go-
:parables á la verdad en la ru-
aquella gente, hacian admira-
ponian en cuidado á los espa-
ortes escondia su rezelo, pero
ba las guardias en su aloja-
y cuando salia con los indios á
l, llevaba consigo parte de su
in olvidar las armas de fuego.
ı tambien en tropas los soldados,
misma prevencion, procurando
'editar la confianza, de manera
ıareciese descuido. Pero los in-
e deseaban sin artificio, ni afec-
. amistad de los españoles, se
ılaban pundonorosamente de
; arrimasen las armas, y se aca-
creer su fidelidad; punto que
'rió en el senado: por cuyo de-
ıo Magiscatzin á significar este
nto á Cortes, y ponderó mucho
isonaban aquellas prevenciones
'a, donde todos estaban sujetos,
es y deseosos de agradar: que
ncia con que se vivia en el cuar-
!aba poca seguridad; y los sol-
ıe salian á la ciudad con sus
hombro, puesto que no hiciesen

mal, ofendieran mas con la desconfianza, que ofendieran con el agravio : dijo *que las armas se debian tratar como peso inútil donde no eran necesarias; y parecian mal entre amigos de buena ley, y desarmados;* y concluyó suplicando encarecidamente á Cortes de parte del senado y toda la ciudad *que mandase cesar en aquellas demonstraciones y aparatos, que al parecer conservaban señales de guerra mal fenecida, ó por lo menos eran indicios de amistad escrupulosa.*

Cortes le respondió *que tenia conocida la buena correspondencia de sus ciudadanos, y estaba sin rezelo de que pudiesen contravenir á la paz, que tanto habian deseado : que las guardias que se hacian, y el cuidado que reparaban en su alojamiento, era conforme á la usanza de su tierra, donde vivian siempre militarmente los soldados, y se habilitaban en el tiempo de la paz á los trabajos de la guerra; por cuyo medio se aprendia la obediencia, y se hacia costumbre la vigilancia que, las armas tambien eran adorno y circunstancia de*

su trage, y las traian como gala de su profesion; por cuya causa les pedia que se asegurasen de su amistad, y no extrañasen aquellas demonstraciones propias de su milicia, y compatibles con la paz entre los de su nacion. Halló camino de satisfacer á sus amigos sin faltar á la razon de su cautela; y Magiscatzin, hombre de espíritu guerrero, que habia gobernado en su mocedad las armas de su república, se agradó tanto de aquel estilo militar y loable costumbre, que no solo volvió sin queja, pero fué deseoso de introducir en sus ejércitos este género de vigilancia y ejercicios, que distinguian y habilitaban los soldados.

Quietáronse con esta noticia los paisanos; y asistian todos con diligente servidumbre al obsequio de los españoles. Conocíase mas cada dia su voluntad: los regalos fuéron muchos, cazas de todos géneros y frutas extraordinarias, con algunas ropas y curiosidades de poco precio; pero lo mejor que daba de sí la penuria de aquellos montes cerrados al comercio de las regiones que producian el oro y la plata. La mejor sala del alojamiento se reservó para capilla, donde se levantó sobre gradas el altar, y se

colocáron algunas imágenes con la mayor decencia que fué posible. Celebrábase todos los dias el santo sacrificio de la misa con asistencia de los indios principales, que callaban admirados ó respectivos; y aunque no estuviesen devotos, cuidaban de no estorbar la devocion. Todo lo reparaban; y todo les hacia novedad y mayor estimacion de los españoles, cuyas virtudes conocian y veneraban, mas por lo que se hacen ellas amar, que porque las supiesen el nombre, ni las ejercitasen.

Un dia preguntó Magiscatzin á Cortes *si era mortal; porque sus obras y las de su gente parecian mas que naturales, y contenian en sí aquel género de bondad y grandeza que consideraban ellos en sus dioses; pero que no entendian aquellas ceremonias, con que al parecer reconocian otra deidad superior, porque los aparatos eran de sacrificio, y no hallaban en él la víctima ó la ofrenda con que se aplacaban los dioses; ni sabian que pudiese haber sacrificio sin que muriese alguno por la salud de los demas.*

Con esta ocasion tomó la mano Cortes, y satisfaciendo á sus preguntas,

confesó con ingenuidad *que su naturaleza y la de todos sus soldados era mortal;* porque no se atrevió á contemporizar con el engaño de aquella gente, cuando trataba de volver por la verdad infalible de su religion; pero añadió *que como hijos de mejor clima, tenian mas espíritu y mayores fuerzas que los otros hombres;* y sin admitir el atributo de inmortal, se quedó con la reputacion de invencible. Díjoles tambien *que no solo reconocian superior en el cielo, donde adoraban al único señor de todo el universo; pero tambien eran súbditos y vasallos del mayor príncipe de la tierra, en cuyo dominio estaban ya los de Tlascala, pues siendo hermanos de los españoles, no podian dejar de obedecer á quien ellos obedecian.* Pasó luego á discurrir en lo mas esencial; y aunque oró fervorosamente contra la idolatría, hallando con su buena razon bastantes fundamentos para impugnar y destruir la multiplicidad de los dioses, y el horror abominable de sus sacrificios: cuando llegó á tocar en los misterios de la fe, le pareciéron dignos de mejor explicacion, y dió lugar (discreto hasta en callar á tiempo) para que hablase el

padre fray bartolomé de Olmedo. Procuró este religioso introducirlos poco á poco en el conocimiento de la verdad, explicando como docto y como prudente los puntos principales de la religion cristiana; de modo que pudiese abrazarlos la voluntad sin fatiga del entendimiento; porque nunca es bien dar con toda la luz en los ojos á los que habitan en la obscuridad. Pero Magiscatzin y los demas que le asistian, diéron por entonces poca esperanza de reducirse. Decian *que aquel Dios á quien adoraban los españoles, era muy grande, y seria mayor que los suyos; pero que cada uno tenia poder en su tierra: y allí necesitaban de un dios contra los rayos y tempestades, de otro para las avenidas y las mieses, de otro para la guerra, y asi de las demas necesidades, porque no era posible que uno solo cuidase de todo.* Mejor admitiéron la proposicion del señor temporal, porque se allanáron desde luego á ser sus vasallos, y preguntaban si los defenderia de Motezuma: poniendo en esto la razon de su obediencia: pero al mismo tiempo pedian con humildad y encogimiento, *que no saliese de allí la plática de*

mudar religion, porque si llegaban á entender sus dioses, llamarian á sus tempestades, y echarian mano de sus avenidas, para que los aniquilasen: asi los tenia poseidos el error; y atemorizados el demonio. Lo mas que se pudo conseguir entonces fué que dejasen los sacrificios de sangre humana, porque les hizo fuerza loque se oponian á la ley natural; y con efecto fuéron puestos en libertad los miserables cautivos que habian de morir en sus festividades, y se rompiéron diferentes cárceles y jaulas, donde los tenian y preparaban con el buen tratamiento, no tanto porque llegasen decentes al sacrificio, como porque no viniesen deslucidos al plato.

No quedó satisfecho Hernan Cortes con esta demonstracion, antes proponia entre los suyos que se derribasen los ídolos, trayendo en consecuencia la faccion y el suceso de Zempoala; como si fuera lo mismo intentar semejante novedad en lugar de tanto mayor poblacion: engañábale su zelo; y no le desengañaba su ánimo. Pero el padre fray bartolomé de Olmedo le puso en razon, diciéndole con entereza religiosa *que no estaba sin escrúpulo de la fuerza que se hizo á*

los de Zempoala, porque se compadecian mal la violencia y el evangelio; y aquello en la substancia era derribar los altares y dejar los ídolos en el corazon. Á que añadió *que la empresa de reducir aquellos gentiles pedia mas tiempo y mas suavidad, porque no era buen camino para darles á conocer su engaño, malquistar con torcedores la verdad; y antes de introducir á Dios, se debia desterrar al demonio: guerra de otra milicia y de otras armas.* Á cuya persuasion y autoridad rindió Hernan Cortes su dictámen, reprimiendo los ímpetus de su piedad, y de allí adelante se trató solamente de ganar y disponer las voluntades de aquellos indios, haciendo amable con las obras la religion, para que á vista dellas conociesen la disonancia y abominacion de sus costumbres, y por estas la deformidad y torpeza de sus dioses.

CAPÍTULO IV.

Despacha Hernan Cortes los embajadores de Motezuma: reconoce Diego de Ordaz el volcan de Popocatepec, y se resuelve la jornada por Cholula.

Pasados tres ó cuatro dias que se gastáron en estas primeras funciones de Tlascala, volvió el ánimo Cortes al despacho de los embajadores mejicanos. Detúvolos para que viesen totalmente rendidos á los que tenian por indómitos; y la respuesta que les dió fué breve y artificiosa: *que dijesen á Motezuma lo que llevaban entendido, y habia pasado en su presencia: las instancias y demonstraciones con que solicitáron y mereciéron la paz los de Tlascala: el afecto y buena correspondencia con que la mantenian: que ya estaban á su disposicion, y era tan dueño de sus voluntades, que esperaba reducirlos á la obediencia de su príncipe; siendo esta una de las conveniencias que resultarian de su embajada, entre otras de mayor importancia, que le obligaban á continuar el viage, y á solicitar entonces su benignidad, para*

merecer despues su agradecimiento. Con cuyo despacho y la escolta que pareció necesaria, partiéron luego los embajadores, mas enterados de la verdad, que satisfechos de la respuesta. Y Hernan Cortes se halló empeñado en detenerse algunos dias en Tlascala, porque iban llegando á dar la obediencia los pueblos principales de la república, y las naciones de su confederacion: cuyo acto se revalidaba con instrumento público, y se autorizaba con el nombre del rey don Carlos, conocido ya y venerado entre aquellos indios, con un género de verdad en la sujecion, que se dejaba colegir del respeto que tenian á sus vasallos.

Sucedió por este tiempo un accidente, que hizo novedad á los españoles, y puso en confusion á los indios. Descubrese desde lo alto del sitio donde estaba entonces la ciudad de Tlascala, el volcan de Popocatepec, en la cumbre de una sierra, que á distancia de ocho leguas se descuella considerablemente sobre los otros montes. Empezó en aquella sazon á turbar el dia con grandes y espantosas avenidas de humo, tan rápido y violento, que subia derecho largo espacio del aire, sin ceder á los ímpetus del viento,

hasta que perdiendo la fuerza en lo alto, se dejaba esparcir y dilatar á todas partes, y formaba una nube mas ó menos obscura, segun la porcion de ceniza que llevaba consigo. Salian de cuando en cuando mezcladas con el humo algunas llamaradas ó globos de fuego que al parecer se dividian en centellas, y erian las piedras encendidas que arrojaba el volcan, ó algunos pedazos de materia combustible, que duraban segun su alimento.

No se espantaban los indios de ver el humo, por ser frecuente y casi ordinario en este volcan; pero el fuego, que se manifestaba pocas veces, los entristecia y atemorizaba, como presagio de venideros males; porque tenian aprendido que las centellas cuando se derramaban por el aire, y no volvian á caer en el volcan, eran las almas de los tiranos que salian á castigar la tierra; y que sus dioses cuando estaban indignados, se valian de ellos como instrumentos adecuados á la calamidad de los pueblos.

En este delirio de su imaginacion estaban discurriendo con Hernan Cortes Magiscatzin, y algunos de aquellos magnates que ordinariamente le asistian; y

él reparando en aquel rudo conocimiento que mostraban de la inmortalidad, premio y castigo de las almas, procuraba darles á entender los errores con que tenian desfigurada esta verdad, cuando entró diego de Ordaz á pedirle licencia parà reconocer desde mas cerca el volcan, ofreciendo subir á lo alto de la sierra, y observar toto el secreto de aquella novedad. Espantáronse los indios de oir semejante proposicion; y procurando informarle del peligro, y desviarle del intento, decian *que los mas valientes de su tierra solo se atrevian á visitar alguna vez unas ermitas de sus dioses, que estaban á la mitad de la eminencia, pero que de allí adelante no se hallaria huella de humano pie, ni eran sufribles los temblores y bramidos con que se defendia la montaña.* Diego de Ordaz se encendió mas en su deseo con la misma dificultad que le ponderaban; y Hernan Cortes, aunque lo tuvo por temeridad, le dió licencia para intentarlo, porque viesen aquellos indios que no estaban negados sus imposibles al valor de los españoles, zeloso á todas horas de su reputacion y la de su gente.

Acompañáron á diego de Ordaz en
a faccion dos soldados de su compa-
ı, y algunos indios principales, que
ociéron llegar con él hasta las ermi-
, lastimándose mucho de que iban á
' testigos de su muerte. Es el monte
ıy delicioso en su principio; hermo-
ınle por todas partes frondosas arbo-
las, que subiendo largo trecho con
cuesta, suavizan el camino con su
ıenidad, y al parecer con engañoso di-
'timiento llevan al peligro por el de-
te. Váse despues esterilizando la tier-
, parte con la nieve, que dura todo el
o en los parages que desampara el sol
erdona el fuego, y parte con la ce-
:a, que blanquea tambien desde lejos
n la oposicion del humo. Quedáronse
indios en la estancia de las ermitas,
artió diego de Ordaz con sus dos sol-
dos, trepando animosamente por los
cos, y poniendo muchas veces los pies
nde estuviéron las manos: pero cuan-
llegáron á poca distancia de la cum-
:, sintiéron que se movia la tierra,
ı violentos y repetidos vaivenes, y
'cibiéron los bramidos horribles del
can, que á breve rato disparó con
yor estruendo gran cantidad de fuego

envuelto en humo y ceniza : y
subió derecho sin calentar lo tr
sal del aire, se dilató despues en
y volvió sobre los tres una lluvia
niza , tan espesa y tan encendi
necesitáron de buscar su defens
cóncavo de una peña , donde
aliento á los españoles , y quisiér
verse ; pero diego de Ordaz , vie
cesaba el terremoto , que se miti
estruendo , y salia menos dens
mo , los animó con adelantarse
intrépidamente á la boca del vol
cuyo fondo observó una gran
fuego, que al parecer hervia com
ria líquida y resplandeciente ; y
en el tamaño de la boca , que
casi toda la cumbre , y tendria
cuarto de legua su circunferen
viéron con esta noticia , y re
norabuenas de su hazaña , con
asombro de los indios , que red
mayor estimacion de los españo
bizarría de diego de Ordaz no
tonces de una curiosidad temer
ro el tiempo la hizo de consecu
todo servia en esta obra ; pue
dose despues el ejército con falt
vora , para la segunda entrad

hizo por fuerza de armas en Méjico, se acordó Cortes de los hervores de fuego líquido que se viéron en este volcan, y halló en él toda la cantidad que hubo menester de finísimo azufre para fabricar esta municion; con que se hizo recomendable y necesario el arrojamiento de diego de Ordaz; y fué su noticia de tanto provecho en la conquista, que se la premió despues el emperador con algunas mercedes, y ennobleció la misma accion, dándole por armas el volcan.

Veinte dias se detuviéron los españoles en Tlascala, parte por las visitas que ocurriéron de las naciones vecinas, y parte por el consuelo de los mismos naturales, tan bien hallados ya con los españoles, que procuraban dilatar el plazo de su ausencia con varios festejos y regocijos públicos, bailes á su modo, y ejercicios de sus agilidades. Señalado el dia para la jornada, se movió disputa sobre la eleccion del camino: inclinábase Cortes á ir por Cholula, ciudad, como dijimos, de gran poblacion, en cuyo distrito solian alojarse las tropas veteranas de Motezuma.

Contradecian esta resolucion los tlascaltecas, aconsejando que se guiase la

marcha por Guajosingo, pais abundante y seguro; porque los de Cholula, sobre ser naturalmente sagaces y traidores, obedecian con miedo servil á Motezuma, siendo los vasallos de su mayor confianza y satisfaccion; á que añadian *que aquella ciudad estaba reputada en todos sus contornos por tierra sagrada y religiosa, por tener dentro de sus muros mas de cuatrocientos templos, con unos dioses tan mal acondicionados, que asombraban el mundo con sus prodigios: por cuya razon no era seguro penetrar sus términos, sin tener primero algunas señales de su beneplácito.* Los zempoales menos supersticiosos ya con el trato de los españoles, despreciaban estos prodigios; pero seguian la misma opinion, acordando y repitiendo los motivos que diéron en Zocothlan para desviar el ejército de aquella ciudad.

Pero antes que se tomase acuerdo en este punto, llegáron nuevos embajadores de Motezuma con otro presente, y noticia de que ya estaba su emperador reducido á dejarse visitar de los españoles, dignándose de recibir gratamente la embajada que le traian: y entre otras cosas que discurriéron concernientes al

, diéron á entender que dejaban
nido el alojamiento en cholula;
uo se hizo necesario el empeño de
aquella ciudad; no porque se fiase
o de esta inopinada y repentina
nza de Motezuma, ni dejase de
er intempestiva y sospechosa tanta
lad sobre tanta resistencia; pero
ın Cortes ponia gran cuidado en
o le viesen aquellos mejicanos re-
, de cuyo temor se componia su
r seguridad. Los tlascaltecas del
rno, cuando supiéron la proposi-
le Motezuma, diéron por hecho el
doble de Cholula, y volviéron á su
ıcia, temiendo con buena voluntad
igro de sus amigos; y Magiscatzin,
enia mayor afecto á los españoles,
ıba particularmente á Cortes con
acion apasionada, le apretó mucho
e no fuese por aquella ciudad: pe-
, que deseaba darle satisfaccion
que agradecia su cuidado y esti-
su consejo, convocó luego á sus
nes, y en su presencia se propuso
a, y se pesáron las razones que por
otra parte ocurrian, cuya resolu-
ué *que ya no era posible dejar de*
ir el alojamiento que proponian

los mejicanos, sin que pareciese rezelo anticipado: ni cuando fuese cierta la sospecha, convenia pasar á mayor empeño, dejando la traicion á las espaldas: antes se debia ir á Cholula para descubrir el ánimo de Motezuma, y dar nueva reputacion al ejército con elcastigo de sus asechanzas. Redújose Magiscatzin al mismo dictámen, venerando con docilidad el superior juicio de los españoles. Pero sin apartarse del rezelo que le obligó á sentir lo contrario, pidió licencia para juntar las tropas de su república, y asistir á la defensa de sus amigos en un peligro tan evidente, que no era razon que por ser ellos invencibles, quitasen á los tlascaltecas la gloria de cumplir con su obligacion. Pero Hernan Cortes, aunque no dejaba de conocer el riesgo, ni le sonó mal este ofrecimiento, se detuvo en admitirle, porque le hacia disonancia el empezar tan presto á disfrutar los socorros de aquella gente recien pacificada; y asi le respondió agradeciendo mucho su atencion: y últimamente le dijo *que no era necesaria por entonces aquella prevencion;* pero se lo dijo con flojedad, como quien deseaba que se hiciese, y no

queria darlo á entender: especie de rehusar, que suele ser poco menos que pedir.

CAPÍTULO V.

Hallanse nuevos indicios del trato doble de Cholula: marcha el ejército la vuelta de aquella ciudad, reforzado con algunas capitanías de Tlascala.

Era cierto que Motezuma, sin resolverse á tomar las armas contra los españoles, trataba de acabar con ellos, sirviéndose del ardid primero que de la fuerza. Teníanle de nuevo atemorizado las respuestas de sus oráculos: y el demonio, á quien embarazaba mucho la vecindad de los cristianos, le apretaba con horribles amenazas en que los apartase de sí: unas veces enfurecia los sacerdotes y agoreros, para que le irritasen y enfureciesen: otras se le aparecia, tomando la figura de sus ídolos, y le hablaba para introducir desde mas cerca el espíritu de la ira en su corazon; pero siempre le dejaba inclinado á la traicion y al engaño, sin proponerle que usase de su poder y de sus fuerzas, ó no tendrian permision para mayor violencia,

ó como nunca sabe aconsejar lo mejor, le retiraba los medios generosos, para envilecerle con lo mismo que le animaba. Por una parte le faltaba el valor para dejarse ver de aquella gente prodigiosa: y por otra le parecia despreciable y de córto número su ejército, para empeñar descubiertamente sus armas; y hallando pundonor en los engaños, trataba solo de apartarlos de Tlascala, donde no podia introducir las asechanzas, y llevarlos á Cholula, donde las tenia ya dispuestas y prevenidas.

Reparó Hernan Cortes en que no venian los de aquel gobierno á visitarle, y comunicó su reparo á los embajadores mejicanos, extrañando mucho la desatencion de los caciques á cuyo cargo estaba su alojamiento, pues no podian ignorar que le habian visitado con menos obligacion todas las poblaciones del contorno. Procuráron ellos disculpar á los de Cholula, sin dejar de confesar su inadvertencia, y al parecer solicitáron la enmienda con algun aviso en diligencia, porque tardáron poco en venir de parte de la ciudad cuatro indios mal ataviados, gente de poca suposicion para embajadores, segun el uso de aquellas

naciones: desacato que acrimináron los de Tlascala, como nuevo indicio de su mala intencion, y Hernan Cortes no los quiso admitir, antes mandó que se volviesen luego, diciendo en presencia de los mejicanos *que sabian poco de urbanidad los caciques de Cholula, pues querian enmendar un descuido con una descortesía.*

Llegó el dia de la marcha, y por mas que los españoles tomáron la mañana para formar su escuadron y el de los zempoales, halláron ya en el campo un ejército de tlascaltecas, prevenido por el senado á instancia de Magiscatzin, cuyos cabos dijéron á Cortes, *que tenian órden de la república para servir, debajo de su mano, y seguir sus banderas en aquella jornada, no solo hasta Cholula, sino hasta Méjico, donde consideraban el mayor peligro de su empresa.* Estaba la gente puesta en órden, y aunque unida y apretada, segun el estilo de su milicia, ocupaba largo espacio de tierra; porque habian convocado todas las naciones de su confederacion, y hecho un esfuerzo extraordinario para la defensa de sus amigos: suponiendo que llegaria

el caso de afrontarse con las huestes de Motezuma. Distinguíanse las capitanías por el color de los penachos, y por la diferencia de las insignias, águilas, leones y otros animales feroces levantados en alto, que no sin presuncion de geroglíficos ó empresas, contenian significacion, y acordaban á los soldados la gloria militar de su nacion. Algunos de nuestros escritores se alargan á decir que constaba todo el grueso de cien mil hombres armados: otros andan mas detenidos en lo verisímil: pero con el número menor, queda grande la accion de los tlascaltecas, digna verdaderamente de ponderacion por la substancia y por el modo. Agradeció Cortes con palabras de todo encarecimiento esta demonstracion; y necesitó de alguna porfía para reducirlos á que no convenia que le siguiese tanta gente cuando iba de paz; pero lo consiguió finalmente, dejándolos satisfechos con permitir que le siguiesen algunas capitanías con sus cabos, y quedase reservado el grueso, para marchar en su socorro si lo pidiese la necesidad. Nuestro Bernal Diaz escribe que llevó consigo dos mil tlascaltecas: Antonio de Herrera dice tres mil

pero el mismo Hernan Cortes confiesa en sus relaciones que llevó seis mil; y no cuidaba tan poco de su gloria, que supondria mayor número de gente para dejar menos admirable su resolucion.

Puesta en órden la marcha; pero no pasemos en silencio una novedad que merece reflexion, y pertenece á este lugar. Quedó en Tlascala cuando saliéron los españoles de aquella ciudad una cruz de madera, fija en lugar eminente y descubierto, que se colocó de comun consentimiento el dia de la entrada; y Hernan Cortes no quiso que se deshiciese, por mas que se notasen como culpas los excesos de su piedad; antes encargó á los caciques su veneracion: pero debia de ser necesaria mayor recomendacion, para que durase con seguridad entre aquellos infieles: porque apenas se apartáron de la ciudad los cristianos, cuando á vista de los indios bajó del cielo una prodigiosa nube á cuidar de su defensa. Era de agradable y exquisita blancura; y fué descendiendo por la region del aire, hasta que dilatada en forma de columna, se detuvo perpendicularmente sobre la misma cruz, donde perseveró mas ó menos distinta

(maravillosa providencia); tres ó cuatro años que se dilató por varios accidentes la conversion de aquella provincia. Salia de la nube un género de resplandor mitigado que infundia veneracion, y no se dejaba mezclar entre las tinieblas de la noche. Los indios se atemorizaban al principio, conociendo el prodigio sin discurrir en el misterio; pero despues consideráron mejor aquella novedad, y perdiéron el miedo sin menoscabo de la admiracion. Decian públicamente que aquella santa señal encerraba dentro de sí alguna deidad, y que no en vano la veneraban tanto sus amigos los españoles: procuraban imitarlos, doblando la rodilla en su presencia, y acudian á ella con sus necesidades, sin acordarse de los ídolos, ó frecuentando menos sus adoratorios; cuya devocion (si asi se puede llamar aquel género de afecto, que sentian como influencia de causa no conocida) fué creciendo con tanto fervor de nobles y plebeyos, que los sacerdotes y agoreros entráron en zelos de su religion, y procuráron diversas veces arrancar y hacer pedazos la cruz; pero siempre volvian escarmentados, sin atreverse á decir lo que les su-

cedia; por no desautorizarse con el pueblo. Asi lo refieren autores fidedignos; y asi cuidaba el cielo de ir disponiendo aquellos ánimos, para que recibiesen despues con menos resistencia el evangelio; como el labrador que antes de repartir la semilla, facilita su produccion con el primer beneficio de la tierra.

No se ofreció novedad en la primera marcha, porque ya no lo era el concurso innumerable de los indios que salian á los caminos, ni aquellos alaridos que pasaban por aclamaciones. Camináronse cuatro leguas de las cinco que distaba entonces Cholula de la antigua Tlascala, y pareció hacer alto cerca de un rio de apacible ribera, por no entrar con la noche á los ojos en lugar de tanta poblacion. Poco despues que se asentó el cuartel, y distribuyéron las órdenes convenientes á su defensa y seguridad, llegáron segundos embajadores de aquella ciudad, gente de mas porte, y mejor adornada. Traian un regalo de vituallas diferentes, y diéron su embajada con grande aparato de reverencias, que se redujo á disculpar la tardanza de sus caciques, con pretexto de que no podian entrar en Tlascala, siendo sus enemigos

los de aquella nacion : ofrecer el alojamiento que tenia prevenido su ciudad; y ponderar el regocijo con que celebraban sus ciudadanos la dicha de merecer unos huéspedes tan aplaudidos por sus hazañas, y tan amables por su benignidad, dicho uno y otro con palabras al parecer sencillas, ó que traian bien desfigurado el artificio. Hernan Cortes admitió gratamente la disculpa y el regalo, cuidando tambien de que no se conociese afectacion en su seguridad; y el dia siguiente, poco despues de amanecer se continuó la marcha con la misma órden, y no sin algun cuidado, que obligó á mayor vigilancia; porque tardaba el recibimiento de la ciudad, y no dejaba de hacer ruido este reparo entre los demas indicios. Pero al llegar el ejército cerca de la poblacion, prevenidas ya las armas para el combate, se dejáron ver los caciques y sacerdotes con numeroso acompañamiento de gente desarmada. Mandó Cortes que se hiciese alto para recibirlos, y ellos cumpliéron con su funcion tan reverentes y regocijados, que no dejáron que rezelar por entonces al cuidado con que se observaban sus acciones y movimientos, pero al reconocer el



grueso de los Tlascaltecas que venian en la retaguardia torciéron el semblante, y se levantó entre los mas principales del recibimiento un rumor desagradable, que volvió á despertar el rezelo en los españoles. Dióse órden á doña Marina para que averiguase la causa de aquella novedad, y por su medio respondiéron *que los de Tlascala no podian entrar con armas en su ciudad, siendo enemigos de su nacion, y rebeldes á su rey.* Instaban en que se detuviesen, y retirasen luego á su tierra, como estorbos de la paz que se venia publicando; y representaban sus inconvenientes, sin alterarse ni descomponerse: firmes en que no era posible; pero contenida la determinacion en los límites del ruego.

Hallóse Cortes algo embarazado con esta demanda, que parecia justificada, y podia ser poco segura: procuró sosegarlos con esperanzas de algun temperamento que mediase aquella diferencia; y comunicando brevemente la materia con sus capitanes, pareció que seria bien proponer á los Tlascaltecas que se alojasen fuera de la ciudad, hasta que se penetrase la intencion de aquellos caciques, ó se volviese á la marcha. Fuéron

con esta proposicion, que al parecer tenia su dureza, los capitanes pedro de Alvarado, y cristóval de Olid, y la hiciéron, valiéndose igualmente de la persuasion y de la autoridad, como quien llevaba la órden, y obligaba con dar la razon. Pero ellos anduviéron tan atentos, que atajáron la instancia, diciendo *que no venian á disputar, sino á obedecer, y que tratarian luego de abarracarse fuera de la poblacion, en parage donde pudiesen acudir prontamente á la defensa de sus amigos, ya que se querian aventurar contra toda razon, fiándose de aquellos traidores.* Comunicóse luego este partido con los de Cholula, y le abrazáron tambien con facilidad, quedando ambas naciones, no solo satisfechas, sino con algun género de vanidad, hecha de su misma oposicion: los unos porque se persuadiéron á que vencian, dejando poco airosos y desacomodados á sus enemigos, y los otros porque se diéron á entender que el no admitirlos en su ciudad era lo mismo que temerlos: así equivoca la imaginacion de los hombres la esencia y el color de las cosas, que ordinariamente se estiman como se apre-



henden, y se aprehenden como se desean.

CAPÍTULO VI.

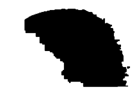
Entran los españoles en Cholula, donde procuran engañarlos con hacerles en lo exterior buena acogida: descúbrese la traicion que tenian prevenida, y se dispone su castigo.

La entrada que los españoles hiciéron en Cholula, fué semejante á la de Tlascala: innumerable concurso de gente, que se dejaba romper con dificultad; aclamaciones de bullicio; mugeres que arrojaban y repartian ramilletes de flores; caciques y sacerdotes, que frecuentaban reverencias y perfumes; variedad de instrumentos, que hacian mas estruendo que música, repartidos por las calles; y tan bien imitado en todos el regocijo, que llegáron á tenerle por verdadero los mismos que venian rezelosos. Era la ciudad de tan hermosa vista, que la comparaban á nuestra Valladolid, situada en un llano desahogado por todas partes del orizonte, y de grande amenidad: dicen que tendria veinte mil vecinos dentro de sus muros, y que pasaria de este número la poblacion de sus arrabales.

Frecuentábanla ordinariamente muchos forasteros, parte como santuario de sus dioses, y parte como emporio de su mercancía. Las calles eran anchas y bien distribuidas: los edificios mayores y de mejor arquitectura que los de Tlascala, cuya opulencia se hacia mas suntuosa con las torres, que daban á conocer la multitud de sus templos: la gente menos belicosa que sagaz: hombres de trato y oficiales: poca distincion, y mucho pueblo.

El alojamiento que tenian prevenido se componia de dos ó tres casas grandes y contiguas, donde cupiéron españoles y zempoales, y pudiéron fortificarse unos y otros como lo aconsejaba la ocasion y no lo extrañaba la costumbre. Los Tlascaltecas eligiéron sitio para su cuartel, poco distante de la poblacion; y cerrándole con algunos reparos, hacian sus guardias, y ponian sus centinelas, mejorada ya su milicia con la imitacion de sus amigos. Los primeros tres ó cuatro dias fué todo quietud y buen pasage.

Los caciques acudian con puntualidad al obsequio de Cortes, y procuraban familiarizarse con sus capitanes. La provision de las vituallas corria con abun-

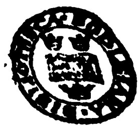


dancia y liberalidad, y todas las demonstraciones eran favorables, y convidaban á la seguridad; tanto que se llegáron á tener por falsos y ligeramente creidos los rumores antecedentes (fácil á todas horas en fabricar ó fingir sus alivios el cuidado); pero no tardó mucho en manifestarse la verdad, ni aquella gente acertó á durar en su artificio hasta lograr sus intentos: astuta por naturaleza y profesion; pero no tan despierta y avisada, que se supiesen entender su habilidad y su malicia.

Fuéron poco á poco retirando los víveres, cesó de una vez el agasajo y asistencia de los caciques. Los embajadores de Motezuma tenian sus conferencias recatadas con los sacerdotes: conocíase algun género de irrision y falsedad en los semblantes; y todas las señales inducian novedad, y despertaban el rezelo mal adormecido. Trató Cortes de aplicar algunos medios para inquirir y averiguar el ánimo de aquella gente, y al mismo tiempo se descubrió de sí misma la verdad; adelantándose á las diligencias humanas la providencia del cielo, tantas veces experimentada en esta conquista.

Estrechó amistad con doña Marina una india anciana, muger principal, y emparentada en Cholula. Visitábala muchas veces con familiaridad, y ella no se lo desmerecia con el atractivo natural de su agrado y discrecion. Vino aquel dia mas temprano, y al parecer asustada ó cuidadosa: retiróla misteriosamente de los españoles, y encargando el secreto con lo mismo que recataba la voz, empezó á condolerse de su esclavitud, y á persuadirla *que se apartase de aquellos extrangeros aborrecibles, y se fuese á su casa, cuyo albergue la ofrecia, como refugio de su libertad.* Doña Marina, que tenia bastante sagacidad, confirió esta prevencion con los demas indicios; y fingiendo que venia oprimida y contra su voluntad entre aquella gente, facilitó la fuga, y aceptó el hospedage con tantas ponderaciones de su agradecimiento, que la india se dió por segura, y descubrió todo el corazon. Díjola *que convenia en todo caso que se fuese luego, porque se acercaba el plazo señalado entre los suyos para destruir á los españoles, y no era razon que una muger de sus prendas pereciese con ellos: que Mote-*





ıa tenia prevenidos á poca distancia ıte mıl hombres de guerra, para dar ›r á la faccion: que de este grueso ian entrado ya en la ciudad á la des- :da seis mil soldados escogidos: que abia repartido cantidad de armas ·e los paisanos: que tenian de re- ṣto muchas piedras sobre los terrados, ›iertas en las calles profundas zanjas, uyo fondo habian fijado estacas pun- udas, fingiendo el plano con una ·erta de la misma tierra, fundada ·e apoyos frágiles, para que cayesen mancasen los caballos: que Mote- ıa trataba de acabar con todos los ıñoles; pero encargaba que le lleva- algunos vivos para satisfacer á su iosidad, y al obsequio de sus dioses, ıe habia presentado á la ciudad una ı de guerra, hecha de oro cóncavo, norosamente vaciado, para excitar ánimos con este favor militar. Y úl- amente doña Marina, dando á enten- que se alegraba de lo bien que tenian ɔuesta su empresa; y dejando caer ınas preguntas, como quien celebraba ıue inquiria, se halló con noticia ca-

bal de toda la conjuracion. Fingió que se queria ir luego en su compañía; y con pretexto de recoger sus joyas, y algunas pesas de su peculio, hizo lugar para desviarse de ella sin desconfiarla: dió cuenta de todo á Cortes, y él mandó prender á la india, que á pocas amenazas confesó la verdad, entre turbada y convencida.

Poco despues viniéron unos soldados Tlascaltecas recatados en trage de paisanos, y dijéron á Cortes de parte de sus cabos: *que no se descuidase porque habian visto desde su cuartel, que los de Cholula retiraban á los lugares del contorno su ropa y sus mugeres*: señal evidente de que maquinaban alguna traicion. Súpose tambien que aquella mañana se habia celebrado en el templo mayor de la ciudad un sacrificio de diez niños de ambos sexos: ceremonia de que usaban cuando querian emprender algun hecho militar, y al mismo tiempo llegáron dos ó tres Zempoales que, saliendo casualmente á la ciudad, habian descubierto el engaño de las zanjas, y visto en las calles de los lados algunos reparos y estacadas, que tenian hechos para guiar los caballos al precipicio.

No se necesitaba de mayor comproba-
ion para verificar el intento de aquella
ente; pero Hernan Cortes quizo apurar
ıas la noticia, y poner su razon en esta-
o que no se la pudiesen negar, teniendo
lgunos testigos principales de la misma
acion, que hubiesen confesado el delito;
ara cuyo efecto mandó llamar al primer
ıcerdote: de cuya obediencia pendian
ıs demas, y que le trajesen otros dos ó
es de la misma profesion, gente que te-
ia grande autoridad con los caciques, y
ıayor con el pueblo. Fuélos examinan-
ɔ separadamente, no como quien du-
ıba de su intencion, sino como quien
; lamentaba de su alevosía, y dándoles
ɔdas las señales de lo que sabia; calla-
a el modo, para cebar su admiracion
on el misterio, y dejarlos desvariar en
l concepto de su ciencia. Ellos se per-
ıadiéron á que hablaban con alguna dei-
ad, que penetraba lo mas oculto de los
orazones, y no se atreviéron á prose-
uir su engaño; antes confesáron luego
ı traicion con todas sus circunstancias,
ulpando á Motezuma, de cuya órden
staba dispuesta y prevenida. Mandólos
prisionar secretamente, porque no mo-
iesen algun ruido en la ciudad. Dispuso

tambien que se tuviese cuidado con los embajadores de Motezuma, sin dejarlos salir, ni comunicar con los de la tierra: y convocando á sus capitanes, les refirió todo el caso, y les dió á entender cuanto convenia no dejar sin castigo aquel atentado, facilitando la faccion y ponderando sus consecuencias con tanta energía y resolucion, que todos se redujéron á obedecerle, dejando á su prudencia la direccion y el acierto.

Hecha esta diligencia, llamó á los caciques gobernadores de la ciudad, y publicó su jornada para otro dia: no porque la tuviese dispuesta, ni fuese posible, sino por estrechar el término á sus prevenciones. Pidióles bastimentos para la marcha, indios de carga para el bagage, y hasta dos mil hombres de guerra que le acompañasen, como lo habian hecho los Tlascaltecas y Zempoales. Ellos ofreciéron con alguna tibieza y falsedad los bastimentos y tamenes, y con mayor prontitud la gente armada que se les pedia, en que andaban encontrados los designios. Pedíala Cortes para desunir sus fuerzas, y tener en su poder parte de los traidores que habia de castigar; y los caciques la ofrecian para introdu-

en el ejército contrario aquellos enegos encubiertos, y servirse de ellos ando llegase la ocasion: ardides ambos e tenian su razon militar, si pueden marse razon este género de engaños, e hizo lícitos la guerra y nobles el mplo.

Dióse noticia de todo á los Tlascaltecas orden para que estuviesen alerta, y al rar el dia se fuesen acercando á la pocion como que se movia para seguir marcha, y en oyendo el primer golpe los arcabuces, entrasen á viva fuerza la ciudad, y viniesen á incorporarse n el ejército, llevándose tras sí toda la nte que hallasen armada Cuidóse tamn de que los españoles y zempoales tusen prevenidas sus armas, y entendida accion en que las habian de emplear. luego que llegó la noche, cerrado ya cuartel con las guardias y centinelas á e obligaba la ocurrencia presente, lla- Cortes á los embajadores de Motena, y con señas de intimidad, coquien les fiaba lo que no sabian, les o *que habia descubierto y averiguado a gran conjuracion, que le tenian arda los caciques y ciudadanos de Cho- a: dióles señas de todo lo que orde-*

nabanyy disponian contra su persona y ejército ; ponderó cuanto faltaban á las leyes de la hospitalidad, al establecimiento de la paz y al seguro de su príncipe. Y añadió : *que no solamente lo sabia por su propia especulacion y vigilancia ; pero se lo habian confesado ya los principales conjurados ; disculpándose del trato doble con otra mayor culpa pues se atrevian á decir que tenian órden y asistencias de Motezuma para deshacer alevosamente su ejército ; lo cual ni era verisímil, ni se podia creer semejante indignidad de un príncipe tan grande. Por cuya causa estaba resuelto á tomar satisfaccion de su ofensa con todo el rigor de sus armas, y se lo comunicaba para que tuviesen comprehendida su razon, y entendido que no le irritaba tanto el delito principal, como la circunstancia de querer aquellos sediciosos autorizar su traicion con el nombre de su Rey.*

Los embajadores procuráron fingir como pudiéron que no sabian la conjuracion, y tratáron de salvar el crédito de su príncipe, siguiendo el camino que los puso Cortes con bajar el punto

de su queja. No convenia entonces desconfiar á Motezuma, ni hacer de un poderoso resuelto á disimular, un enemigo poderoso y descubierto: por cuya consideracion se determinó á desbáratar sus designios, sin darle á entender que los conocia; tratando solamente de castigar la obra en sus instrumentos, y contentándose con reparar el golpe sin atender al brazo. Miraba como empresa de poca dificultad el deshacer aquel trozo de gente armada, que tenian prevenida para socorrer la sedicion, hecho á mayores hazañas con menores fuerzas; y estaba tan lejos de poner duda en el suceso, que tuvo á felicidad (ó por lo menos asi lo ponderaba entre los suyos) que se le ofreciese aquella ocasion de adelantar con los Mejicanos la reputacion de sus armas: y á la verdad no le pesó de ver tan embarazado en los ardides el ánimo de Motezuma; pareciéndole que no discurriria en mayores intentos quien le buscaba por las espaldas, y descubria entre sus mismos engaños la flaqueza de su resolucion.

CAPÍTULO VII.

Castígase la traicion de Cholula: vuélvese á reducir y pacificar la ciudad, y se hacen amigos los de esta nacion con los tlascaltecas.

Fuéron llegando con el dia los indios de carga que se habian pedido, y algunos bastimentos, prevenido uno y otro con engañosa puntualidad. Viniéron despues en tropas deshiladas los indios armados, que con pretexto de acompañar la marcha, traian su contra seña para embestir por la retaguardia cuando llegase la ocasion: en cuyo número no anduviéron escasos los caciques; antes diéron otro indicio de su intencion, enviando mas gente que se les pedia; pero Hernan Cortes los hizo dividir en los patios del alojamiento, donde los aseguró mañosamente, dándoles á entender que necesitaba de aquella separacion para ir formando los escuadrones á su modo. Puso luego en órden sus soldados, bien instruidos en lo que debian ejecutar; y montando á caballo con los que le habian de seguir en la faccion, hizo llamar á los caciques para justificar con

ellos su determinacion ; de los cuales viniéron algunos, y otros se excusáron. Díjoles en voz alta, y doña Marina se lo interpretó con igual vehemencia : *que ya estaba descubierta su traicion, y resuelto su castigo, de cuyo rigor conocerian cuanto les convenia la paz que trataban de romper alevosamente.* Y apenas empezó á protestarles el daño que recibiesen, cuando ellos se retiráron á incorporarse con sus tropas, huyendo en mas que ordinaria diligencia, y rompiendo la guerra con algunas injurias y amenazas, que se dejáron oir desde léjos. Mandó entonces Hernan Cortes que cerrase la infantería con los indios naturales, que tenia divididos en los patios ; y aunque fuéron hallados con las armas prevenidas para ejecutar su traicion, y tratáron de unirse para defenderse, quedáron rotos y deshechos con poca dificultad ; escápando solamente con la vida los que pudiéron esconderse, ó se arrojáron por las paredes , sirviéndose de su ligereza, y de sus mismas lanzas, para saltar de la otra parte.

Aseguradas las espaldas con el estrago de aquellos enemigos encubiertos, se

hizo la seña para que se moviesen los Tlascaltecas : avanzó poco á poco el ejército por la calle principal, dejando en el cuartel la guardia que pareció necesaria. Echáronse delante algunos de los Zempoales, que fuesen descubriendo las zanjas, porque no peligrasen los caballos. No estaban descuidados entonces los de Cholula, que hallándose ya empeñados en la guerra descubierta, convocáron el resto de los Mejicanos; y unidos en una gran plaza donde habia tres ó cuatro adoratorios, pusiéron en lo alto de sus atrios y torres parte de su gente, y los demas se dividiéron en diferentes escuadrones para cerrar con los españoles. Pero al mismo tiempo que desembocó en la plaza el ejército de Cortes y se dió de una parte y otra la primera carga, cerró por la retaguardia con los enemigos el trozo de Tlascala; cuyo inopinado accidente los puso en tanto pavor y desconcierto que ni pudiéron huir, ni supiéron defenderse; y solo se hallaba mas embarazo que oposicion en algunas tropas descaminadas, que andaban de un peligro en otro, con poca ó ninguna eleccion: gente sin consejo, que acometia para escapar; y las mas

es daban el pecho sin acordarse de manos. Muriéron muchos en este iero de combates repetidos; pero el yor número escapó á los adoratorios, cuyas gradas y terrados se descubrió ı multitud de hombres armados: que ıpaban mas que guarnecian las emiıcias de aquellos grandes edificios. cargóronse de su defensa los Mejica-ı; pero se hallaban ya tan embarazados primidos, que apenas pudiéron re-verse para dar algunas flechas al nto.

Acercóse con su ejército Hernan Cor-al mayor de los adoratorios, y mandó ıs intérpretes que levantando la voz, eciesen buen pasage á los que volun-iamente bajasen á rendirse: cuya di-ɜncia se repitió con segundo y tercer ıuerimiento: y viendo que ninguno se ıvia, ordenó que se pusiese fuego á los reones del mismo adoratorio: lo cual entan que llegó á ejecutarse, y que reciéron muchos al rigor del incendio ı ruina. No parece fácil que se pudiese roducir la llama en aquellos altos edi-ios sin abrir primero el paso de las ıdas, si ya no lo consiguió Hernan Cor-, valiéndose de las flechas encendi-

das con que arrojaban los indios á larga distancia sus fuegos artificiales. Pero nada bastó para desalojar al enemigo, hasta que se abrevió el asalto por el camino que abrió la artillería; y se observó dignamente que solo uno de tantos como fuéron deshechos en este adoratorio, se rindió voluntariamente á la merced de los españoles: ¡notable seña de su obstinacion!

Hízose la misma diligencia en los demas adoratorios, y despues se corrió la ciudad, que á breve rato quedó enteramente despoblada, y cesó la guerra por falta de enemigos. Los Tlascaltecas se desmandáron con algun exceso en el pillage, y costó su dificultad el recogerlos: hiciéron muchos prisioneros: cargáron de ropas y mercaderías de valor; y particularmente se cebáron en los almacenes de la sal, de cuya provision remitiéron luego algunas cargas á su ciudad, atendiendo á la necesidad de su patria en el mismo calor de su codicia. Quedáron muertos en las calles, templos y casas fuertes mas de seis mil hombres entre naturales y mejicanos: faccion bien ordenada y conseguida sin alguna pérdida

s nuestros, que en la verdad tuvo le castigo que de victoria.

tiróse luego Hernan Cortes á su alo·nto con los españoles y zempoales: alando cuartel dentro de la ciudad á ascaltecas, trató de que fuesen pues-n libertad todos los prisioneros de s naciones; cuyo número se compo-e la gente mas principal, que se iba vando como presa de mas estima-

Llamólos primero á su presencia, ndando que saliesen tambien de su) los sacerdotes, la india que des-ió el trato, y los embajadores de zuma, hizo á todos un breve razo-ento, doliéndose de que le hubiesen ado los vecinos de aquella ciudad á ;vera demonstracion; y despues de erar el delito, y de asegurar á to-que ya estaba desenojado y satis-, mandó pregonar el perdon gene-le lo pasado sin excepcion de per-; y pidió con agradable resolucion caciques que tratasen de que se ese á poblar su ciudad, recogiendo igitivos, y asegurando á los teme-i.

)acababan ellos de creer su libertad, ñados al rigor con que solian tratar

á sus prisioneros; y besando la tierra en demonstracion de su agradecimiento, se ofreciéron con humilde solicitud á la ejecucion de esta órden. Los embajadores procuráron disimular su confusion, aplaudiendo el suceso de aquel dia: y Hernan Cortes se congratuló con ellos, dejándose llevar de su disimulacion para mantenerlos en buena fe, y afirmarse con nuevas exterioridades en la política de interesar á Motezuma en el castigo de sus mismas estratagemas. Volvióse á poblar brevemente la ciudad, porque la demonstracion de poner en libertad á los caciques y sacerdotes con tanta prontitud, y lo que ponderáron ellos esta clemencia de los españoles, sobre tan justa provocacion, bastó para que se asegurase la gente que andaba derramada por los lugares del contorno. Restituyéronse luego á sus casas los vecinos con sus familias: abriéronse las tiendas, manifestáronse las mercaderías, y el tumulto se convirtió de una vez en obediencia y seguridad: accion en que no se conoció tanto la natural facilidad con que se movian aquellos indios de un extremo á otro, como el gran concepto en que tenian á los españoles; pues halláron

en la misma justificacion de su castigo toda la razon que hubiéron menester para fiarse de su enmienda.

El dia siguiente á la faccion llegó Xicotencal con un ejército de veinte mil hombres, que al primer aviso de los suyos remitió la república de Tlascala para el socorro de los españoles. Tenian prevenidas sus tropas rezelando el suceso, y en todo se iban experimentando las atenciones de aquella nacion. Hiciéron alto fuera de la ciudad, y Hernan Cortes los visitó y regaló con toda estimacion de su fineza; pero los redujo á que se volviesen, diciendo á Xicotencal y á sus capitanes: *que ya no era necesaria su asistencia para la reduccion de Cholula; y que hallándose con resolucion de marchar brevemente la vuelta de Méjico, no le convenia despertar la resistencia de Motezuma, ó provocarle á que rompiese la guerra, introduciendo en su dominio un grueso tan numeroso de Tlascaltecas, enemigos descubiertos de los Mejicanos.* Á cuya razon no tuviéron que replicar: antes la conociéron y confesáron con ingenuidad, ofreciendo tener prevenidas

sus tropas, y acudir al socorro siempre que lo pidiese la necesidad.

Trató Cortes, primero que se retirasen, de hacer amigas aquellas dos naciones de Tlascala y Cholula: introdujo la plática, desvió las dificultades; y como tenia ya tan asentada su autoridad con ambas parcialidades, lo consiguió en breves dias, y se celebró acto de confederacion y alianza entre las dos ciudades y sus distritos, con asistencia de sus magistrados, y con las solemnidades y ceremonias de su costumbre: cuerda mediacion á que le obligaria la conveniencia de abrir el paso á los de Tlascala, para que pudiesen suministrar con mayor facilidad los socorros de que necesitase, ó no dejar aquel estorbo en su retirada, si el suceso no respondiese favorablemente á su esperanza.

Asi pasó el castigo de Cholula, tan ponderado en los libros extrangeros, y en alguno de los naturales, que consiguió por este medio el aplauso miserable de verse citado contra su nacion. Ponen esta faccion entre las atrocidades que refieren de los españoles en las indias, de cuyo encarecimiento se valen para desaprobar ó satirizar la conquista. Quia-

n dar al impulso de la codicia y á la
d del oro toda la gloria de lo que
ráron nuestras armas, sin acordarse
que abriéron el paso á la religion:
ncurriendo en sus operaciones con
pecial asistencia el brazo de Dios.
stímanse mucho de los indios, tratán-
los como gente indefensa y sencilla,
ra que sobresalga lo que padeciéron,
aligna compasion, hija del odio y de la
vidia. No necesita el caso de Cholula
mas defensa que su misma narracion.
a él se conoce la malicia de aquellos
rbaros, como se sabian aprovechar de
fuerza y del engaño, y cuan justa-
ente fué castigada su alevosía: y dél
puede colegir cuan apasionadamente
refieren otros casos de horrible inhu-
anidad, ponderados con la misma
ectacion. No dejamos de conocer que
viéron en algunas partes de las indias
ciones dignas de reprehension, obra-
s con queja de la piedad y de la razon:
ero en cual empresa justa ó santa se
járon de perdonar algunos inconve-
entes? De cual ejército bien disci-
inado se pudiéron desterrar entera-
ente los abusos y desórdenes, que lla-
a el mundo licencias militares? Y

qué tienen que ver estos inconvenientes menores con el acierto principal de la conquista? No pueden negar los émulos de la nacion española, que resultó de este principio, y se consiguió con estos instrumentos la conversion de aquella gentilidad, y el verse hoy restituida tanta parte del mundo á su criador. Querer que no fuese del agrado de Dios y de su altísima ordenacion la conquista de las indias, por este ó aquel delito de los conquistadores, es equivocar la substancia con los accidentes: que hasta en la obra inefable de nuestra redencion se presupuso como necesaria para la salud universal la malicia de aquellos pecadores permitidos, que ayudáron á labrar el mayor remedio con la mayor iniquidad. Puédense conocer los fines de Dios en algunas disposiciones, que traen consigo las señales de su providencia: pero la proporcion ó congruencia de los medios por donde se encaminan, es punto reservado á su eterna sabiduría, y tan escondido á la prudencia humana, que se deben oir con desprecio estos juicios apasionados, cuyas sutilezas quieren parecer valentías del enten-

ento, siendo en la verdad atrevi-
ıtos de la ignorancia.

CAPÍTULO VIII.

n los españoles de Cholula : ofréceseles eva dificultad en la montaña de Chalco; y ›tezuma procura detenerlos por medio de ; nigrománticos.

ᴇ acercando el plazo de la jornada, ;unos Zempoales de los que milita- en el ejército (temiesen el empeño asar á la corte de Motezuma, ó pu- ; mas que su reputacion el amor de ıtria) pidiéron licencia para reti- ; á sus casas. Concediósela Cortes lificultad, agradeciéndoles mucho ien que le habian asistido; y con ocasion envió algunas alhajas de ente al cacique de Zempoala, encar- lole de nuevo los españoles que dejó u distrito sobre la fe de su amistad nfederacion.

ɜcribió tambien á juan de Escalante, nándole con particular instancia, procurase remitirle alguna cantidad arina para las hostias, y vino para nisas, cuya provision se iba estre- ıdo, y cuya falta seria de gran des-

consuelo suyo y de toda su gente. Dióle noticia por menor de los progresos de su jornada, para que estuviese de buen ánimo, y asistiese con mayor cuidado á la fortaleza de Vera-Cruz, tratando de ponerla en defensa, no menos por su propria seguridad, que por lo que se debia rezelar de diego Velazquez, cuya natural inquietud y desconfianza no dejaba de hacer algun ruido entre los demás cuidados.

Llegáron á esta sazon nuevos embajadores de Motezuma, que con noticia ya de todo el suceso de Cholula trató de sincerarse con los españoles, dando las gracias á Cortes de que hubiese castigado aquella sedicion. Ponderáron frívolamente la indignacion y el sentimiento de su rey, cuyo artificio se redujo á infamar con el nombre de traidores á los mismos que le habian obedecido en la traicion. Vino dorada esta noticia con otro presente de igual riqueza y ostentacion: y segun lo que sucedió despues, no dejó de tener mayor designio la embajada, porque miró tambien al intento de poner en nueva seguridad á Cortes, para que marchase menos rezeloso, y se

dejase llevar á otra celada que le tenian prevenida en el camino.

Ejecutóse finalmente la marcha despues de catorce dias que ocupáron los accidentes referidos; y la primera noche se acuarteló el ejército en un village de la jurisdiccion de Guajocingo, donde acudiéron luego los principales de aquel gobierno y de otras poblaciones vecinas con bastante provision de bastimentos, y algunos presentes de poco valor, bastantes para conocer el afecto con que aguardaban á los españoles. Halló Cortes entre aquella gente las mismas quejas de Motezuma que se oyéron en las provincias mas distantes; y no le pesó de que durasen aquellos humores tan cerca del corazon, pareciéndole que no podia ser muy poderoso un príncipe con tantas señas de tirano, á quien faltaba en el amor de sus vasallos el mayor presidio de los reyes.

El dia siguiente se prosiguió la marcha por una tierra muy áspera, que se comunicaba, mas ó menos eminente, con la montaña del volcan. Iba cuidadoso Cortes, porque uno de los caciques de Guajocingo le dijo al partir que no se fiase de los Mejicanos, porque tenian embos-

cada mucha gente de la otra parte de la cumbre, y habian cegado con grandes piedras y árboles cortados el camino real, que baja desde lo alto á la provincia de Chalco, abriendo el paso y facilitando el principio de la cuesta por el parage menos penetrable, donde habian aumentado los precipicios naturales con algunas cortaduras hechas á la mano, para dejar que se fuese poco á poco empeñando su ejército en la dificultad, y cargarle de improviso cuando no se pudiesen revolver los caballos, ni afirmar el pie los soldados. Fuése venciendo la cumbre no sin alguna fatiga de la gente, porque nevaba con viento destemplado; y en lo mas alto se halláron poco distantes los dos caminos con las mismas señas que se traian, el uno encubierto y embarazado, y el otro fácil á la vista y recien aderezado. Reconociólos Hernan Cortes; y aunque se irritó de hallar verificada la noticia de aquella nueva traicion, estuvo tan en sí, que sin hacer ruido ni mostrar sentimiento, preguntó á los embajadores de Motezuma, que marchaban cerca de su persona *¿por qué razon estaban así aquellos dos caminos?* Respondiéron *que habian hecho allanar el*

mejor para que pasase su ejército, *cegando el otro*, *por ser el mas áspero y dificultoso* : y él con la misma igualdad en la voz y el semblante : *mal conoceis*, dijo, *á los de mi nacion. Ese camino que habeis embarazado se ha de seguir*, *sin otra razon que su misma dificultad; porque los españoles siempre que tenemos eleccion*, *nos inclinamos á lo mas dificultoso* : y sin detenerse mandó á los indios amigos que pasasen á desembarazar el camino, desviando á un lado y otro aquellos estorbos mal disimulados, que procuraban esconderle; lo cual se ejecutó prontamente con grande asombro de los embajadores, que sin discurrir en que se habia descubierto el ardid de su príncipe, tuviéron á especie de adivinacion aquel acierto casual : hallando que admirar y que temer en la misma bizarría de la resolucion. Sirvióse Cortes primorosamente de la noticia que llevaba, y consiguió el apartarse del peligro sin perder reputacion; cuidando tambien de no desconfiar á Motezuma, diestro ya en el arte de quebrantar insidias, con no quererlas entender.

Los indios emboscados, luego que reconociéron desde sus puestos que los

españoles se apartaban de la celada y seguian el camino real, se diéron por descubiertos, y tratáron de retirarse tan amedrentados, y en tanto desórden como si volvieran vencidos: con que pudo bajar el ejército á lo llano sin oposicion; y aquella noche se alojó en unas caserías de bastante capacidad, que se halláron en la misma falda de la sierra, fundadas allí para hospedage de los mercaderes mejicanos que frecuentaban las ferias de Cholula, donde se dispuso el cuartel, con todos los resguardos y prevenciones que aconsejaba la poca seguridad con que se iba pisando aquella tierra.

Motezuma entretanto duraba en su irresolucion, desanimado con el malogro de sus ardides, y sin aliento para usar de sus fuerzas. Hízose devocion esta falta de espíritu: estrechóse con sus dioses, frecuentaba los templos y los sacrificios, manchó de sangre humana todos sus altares: mas cruel cuando mas afligido; y siempre crecia su confusion, y se hallaba en mayor desconsuelo, porque andaban encontradas las respuestas de sus ídolos, y discordes en el dictámen los espíritus inmundos, que le hablaban en ellos.

Unos le decian que franquease las puertas de la ciudad á los españoles, y asi conseguiria el sacrificarlos, sin que se pudiesen escapar ni defender: otros que los apartase de sí, y tratase de acabar con ellos, sin dejarse ver; y él se inclinaba mas á esta opinion, haciéndole disonancia el atrevimiento de querer entrar en su corte contra su voluntad, y teniendo á desaire de su poder aquella porfía contra sus órdenes; ó sirviéndose de la autoridad, para mejorar el nombre á la soberbia. Pero cuando supo que se hallaban ya en la provincia de Chalco, frustrado el último estratagema de la montaña, fué mayor su inquietud y su impaciencia: andaba como fuera de sí; no sabia qué partido tomar: sus consejeros le dejaban en la misma incertilumbre que sus oráculos. Convocó finalmente una junta de sus magôs y agoreros; profesion muy estimada en aquella tierra; donde habia muchos que se entendian con el demonio, y la falta de las ciencias daba opinion de sabios á los mas engañados. Propúsoles que necesitaba de su habilidad para detener aquellos extrangeros, de cuyos designios estaba rezeloso. Mandóles que saliesen al camino,

y los ahuyentasen ó entorpeciesen con sus encantos, á la manera que solian obrar otros efectos extraordinarios en ocasiones de menor importancia. Ofrecióles grandes premios si lo consiguiesen; y los amenazó con pena de la vida, si volviesen á su presencia sin haberlo conseguido.

Esta órden se puso en ejecucion, y con tantas veras, que se juntáron brevemente numerosas cuadrillas de nigrománticos, y saliéron contra los españoles, fiados en la eficacia de sus conjuros, y en el imperio que á su parecer tenian sobre la naturaleza. Refieren el padre josef de Acosta y otros autores fidedignos, que cuando llegáron al camino de Chalco, por donde venia marchando el ejército, y al empezar sus invocaciones y sus círculos, se les apareció el demonio en figura de uno de sus ídolos, á quien llamaban Tezcatlepuca, dios infausto y formidable, por cuya mano pasaban, á su entender, las pestes, las esterilidades, y otros castigos del cielo. Venia como despechado y enfurecido, afeando con el ceño de la ira la misma fiereza del ídolo inclemente; y traia sobre sus adornos ceñida una soga de esparto, que le

apretaba con diferentes vueltas el pecho, para mayor significacion de su congoja, ó para dar á entender que le arrastraba mano invisible. Postráronse todos para darle adoracion; y él, sin dejarse obligar de su rendimiento, y fingiendo la voz con la misma ilusion que imitó la figura, los habló en esta substancia: *ya, Mejicanos infelices, perdiéron la fuerza vuestros conjuros: ya se desató enteramente la trabazon de nuestros pactos. Decid á Motezuma, que por sus crueldades y tiranías tiene decretada el cielo su ruina; y para que le representeis mas vivamente la desolacion de su imperio, volved á mirar esa ciudad miserable, desamparada ya de vuestros dioses.* Dicho esto desapareció, y ellos viéron arder la ciudad en horribles llamas, que se desvaneciéron poco á poco, desocupando el aire, y dejando sin alguna lesion los edificios. Volviéron á Motezuma con esta noticia temerosos de su rigor, librando en ella su disculpa; pero le hiciéron tanto asombro las amenazas de aquel dios infortunado y calamitoso, que se detuvo un rato sin responder, como quien recogia las fuerzas interiores, ó

se acordaba de sí para no descaecer: y depuesta desde aquel instante su natural ferocidad, dijo, volviendo á mirar á los magos, y á los demas que le asistian: *¿qué podemos hacer, si nos desamparan nuestros dioses? Vengan los extrangeros, y caiga sobre nosotros el cielo, que no nos hemos de esconder, ni es razon que nos halle fugitivos la calamidad.* Y prosiguió poco despues: *solo me lastiman los viejos, niños y mugeres, á quien faltan las manos para cuidar de su defensa.* En cuya consideracion se hizo alguna fuerza para detener las lágrimas. No se puede negar que tuvo algo de príncipe la primera proposicion, pues ofreció el pecho descubierto á la calamidad que tenia por inevitable; y no desdijo de la magestad la ternura con que llegó á considerar la opresion de sus vasallos: afectos ambos de ánimo real, entre cuyas virtudes ó propiedades no es menos heroica la piedad que la constancia.

Empezóse luego á tratar del hospedage que se habia de hacer á los españoles, de la solemnidad y aparatos del recibimiento; y con esta ocasion se volvió á discurrir en sus hazañas, en los prodi-

›s con que habia prevenido el cielo su aida, en las señas que traian de aquees hombres orientales prometidos á sus ıyores; y en la turbacion y desaliento sus dioses, que á su parecer se daban r vencidos, y cedian el dominio de uella tierra, como deidades de infe›r gerarquía; y todo fué menester para ıe se llegase á poner en términos posies aquella gran dificultad de penetrar, bre tan porfiada resistencia, y con tan ca gente, hasta la misma corte de un íncipe tan poderoso, absoluto en sus terminaciones, obedecido con adora›n, y enseñado al temor de sus vasa›s.

CAPÍTULO IX.

ene al cuartel á visitar á Cortes de parte de Motezuma el señor de Tezcuco, su sobrino: continúase la marcha, y se hace alto en Quitlabaca, dentro ya de la laguna de Méjico.

›E aquellas caserías, donde se alojó el ército de la otra parte de la montaña, ısó el dia siguiente á un pequeño lugar, risdiccion de Chalco, situado en el caino real, á poco mas de dos leguas,

donde acudiéron luego el cacique principal de la misma provincia y otros de la comarca. Traian sus presentes con algunos bastimentos; y Cortes los agasajó con mucha humanidad, y con algunas dádivas; pero se reconoció luego en su conversacion que se recataban de los embajadores Mejicanos, porque se detenian y embarazaban fuera de tiempo; y daban á entender lo que callaban en lo mismo que decian. Apartóse con ellos Hernan Cortes, y á poca diligencia de los intérpretes, diéron todo el veneno del corazon. Quejáronse destempladamente de las crueldades y tiranías de Motezuma: ponderáron lo intolerable de sus tributos, que pasaban ya de las haciendas á las personas, pues los hacia trabajar sin estipendio en sus jardines, y en otras obras de su vanidad: decian con lágrimas *que hasta las mugeres se habian hecho contribucion de su torpeza y la de sus ministros, puesto que las elegian y desechaban á su antojo, sin que pudiesen defender los brazos de la madre á la doncella, ni la presencia del marido á la casada.* Representando uno y otro á Hernan Cortes, co-

mo á quien lo podia remediar, y mirándole como á deidad, que bajaba del cielo con jurisdiccion sobre los tiranos. Él los escuchó compadecido, y procuró mantenerlos en la esperanza del remedio, dejándose llevar por entonces del concepto en que le tenian, ó resistiendo á su engaño con alguna falsedad. No pasaba en estas permisiones de su política los términos de la modestia; pero tampoco gustaba de obscurecer su fama donde se miraba como parte de razon el desvarío de aquella gente.

Volvióse á la marcha el dia siguiente, y se camináron cuatro leguas por tierra de mejor temple y mayor amenidad, donde se conocia el favor de la naturaleza en las arboledas, y el beneficio del arte en los jardines. Hízose alto en Amecameca, donde se alojó el ejército, lugar de mediana poblacion, fundado en una ensenada de la gran laguna, la mitad en el agua, y la otra mitad en tierra firme; al pie de una montañuela estéril y fragosa. Concurriéron aquí muchos Mejicanos con sus armas y adornos militares; y aunque al principio se creyó que los traia la curiosidad, creció tanto el número, que diéron cuidado, y no fal-

láron indicios que persuadiesen al rezelo.
Valióse Cortes de algunas exterioridades
para detenerlos y atemorizarlos : hízose
ruido con las bocas de fuego : dispa-
ráronse al aire algunas piezas de artille-
ría : ponderóse y aun se provocó la fe-
rocidad de los caballos, cuidando los
intérpretes de dar significacion al es-
truendo, y engrandecer el peligro; por
cuyo medio se consiguió el apartarlos
del alojamiento antes que cerrase la
noche. No se verificó que viniesen con
ánimo de ofender; ni parece verisímil qu
se intentase nueva traicion, cuando e
taba Motezuma reducido á dejarse ve
aunque despues matáron las centine
algunos indios, sobre acercarse der
siado, con apariencias de reconoce
cuartel; y pudo ser que alguno de
caudillos Mejicanos condujese aq
gente, con ánimo de asaltar caute
mente á los españoles, creyendo no
desagradable á su rey, por consid
rendido á la paz, con repugnanci
natural y de su conveniencia; pero
quedó en presuncion, porque á
ñana solo se descubriéron en el
que se habia de seguir, algunas

le gente desarmada, que tomaban lugar ıara ver á los extrangeros.

Tratábase ya de poner en marcha el ɔjército, cuando llegáron al cuartel cuatro caballeros Mejicanos, con aviso de que venia el príncipe Cacumatzin, sobrino de Motezuma, y señor de Tezcuco, á visitar á Cortes de parte de su tio, y tardó poco en llegar. Acompañábanle muchos nobles con insignias de paz, y ricamente adornados. Traíanle sobre ıus hombros otros indios de su familia ɔn unas andas cubiertas de varias plumas, cuya diversidad de colores se correspondia con proporcion: era mozo de ıasta veinte y cinco años, de recomenlable presencia; y luego que se apeó, ıasáron delante algunos de sus criados ı barrer el suelo que habia de pisar, y ı desviar con grandes ademanes y con.enencias la gente de los lados: ceremonias, que siendo ridículas, daban ıutoridad. Salió Cortes á recibirle hasta a puerta de su alojamiento, con todo ıquel aparato de que adornaba su per.ona en semejantes funciones. Hízole al legar una cumplida reverencia, y él cor.espondió tocando la tierra, y despues os labios con la mano derecha. Tomó

su lugar despejadamente, y habló con sosiego de hombre, que sabia estar sin admiracion á vista de la novedad. La substancia de su razonamiento fué *dar la bien venida, con palabras puestas en su lugar, á Cortes y á todos los cabos de su ejército: ponderar la gratitud con que los esperaba el gran Motezuma, y cuanto deseaba la correspondencia y amistad de aquel príncipe del oriente que los enviaba, cuya grandeza debia reconocer por algunas razones, que entenderian de su boca;* y por via de discurso proprio volvió á dificultar, como los demas embajadores, la entrada de Méjico, fingiendo *que se padecia esterilidad en todos los pueblos de su contribucion;* y proponiendo, como punto que sentia su rey, *lo mal asistidos que se hallarian los españoles, donde faltaba el sustento para los vecinos.* Cortes respondió, sin apartarse del misterio con que iba cebando las aprehensiones de aquella gente, *que su rey, siendo un monarca sin igual en otro mundo, cercano al nacimiento del sol, tenia tambien algunas razones de alta consideracion para ofrecer su*

amistad á Motezuma, y comunicarle diferentes noticias, que miraban á su persona, y esencial conveniencia, cuya proposicion no desmereceria su gratitud, ni él podia dejar de admitir con singular estimacion la licencia que se le concedia para dar su embajada, sin que le hiciese algun embarazo la esterilidad que se padecia en aquella corte porque sus españoles necesitaban de poco alimento para conservar sus fuerzas, y venian enseñados á padecer, y despreciar las incomodidades y trabajos de que se afligian los hombres de inferior naturaleza. No tuvo Cacumatzin que replicar á esta resolucion, antes recibió con estimacion y rendimiento algunas joyuelas de vidrio extraordinario que le dió Cortes, y acompañó el ejército hasta Tezcuco, ciudad capital de su dominio, donde se adelantó con la respuesta de su embajada.

Era entonces Tezcuco una de las mayores ciudades de aquel imperio: refieren algunos que seria como dos veces Sevilla; y otros que podia competir con la corte de Motezuma en la grandeza; y presumia no sin fundamento de mayor

antigüedad. Estaba la frente principal de sus edificios sobre la orilla de aquel espacioso lago, en parage de grande amenidad, donde tomaba su principio la calzada oriental de Méjico. Siguióse por ella la marcha sin detencion, porque se llevaba intento de pasar á Iztacpalapa, tres leguas mas delante, sitio proporcionado para entrar en Méjico el dia siguiente á buena hora. Tendria por esta parte la calzada veinte pies de ancho, y era de piedra y cal, con algunas labores en la superficie. Habia en la mitad del camino sobre la misma calzada otro lugar de hasta dos mil casas, que se llamaba Quitlabaca; y por estar fundado en el agua, le llamáron entonces Venezuela. Salió el cacique muy acompañado y lucido al recibimiento de Cortes, y le pidió que honrase por aquella noche su ciudad; con tanto afecto, y tan repetidas instancias, que fué preciso condescender á sus ruegos por no desconfiarle. Y no dejó de hallarse alguna conveniencia en hacer aquella mansion para tomar noticias; porque viendo desde mas cerca la dificultad, entró Cortes en algun rezelo de que le rompiesen la cal-

zada, ó levantasen los puentes para embarazar el paso á su gente.

Registrábase desde allí mucha parte de la laguna, en cuyo espacio se descubrian varias poblaciones y calzadas, que la interrumpian y la hermoseaban: torres y capiteles, que al parecer nadaban sobre las aguas: árboles y jardines fuera de su elemento: y una inmensidad de indios, que navegando en sus canoas, procuraban acercarse á ver los españoles, siendo mayor la muchedumbre que se dejaba reparar en los terrados y azuteas mas distantes: hermosa vista y maravillosa novedad, de que se llevaba noticia, y fué mayor en los ojos que en la imaginacion.

Tuvo el ejército bastante comodidad en este alojamiento, y los paisanos asistiéron con agrado y urbanidad al regalo de sus huéspedes: gente de cuya policia se dejaba conocer la vecindad de la corte. Manifestó el cacique, sin poderse contener, poco afecto á Motezuma, y el mismo deseo que los demas de sacudir el yugo intolerable de aquel gobierno, porque alentaba los soldados y facilitaba la empresa, diciendo á los intérpretes, como quien deseaba que lo entendiesen todos,

que la calzada que se habia de seguir hasta Méjico, era mas capaz y de mejor calidad que la pasada, sin que hubiese que recelar en ella ni en las poblaciones de su márgen: que la ciudad de Iztacpalapa, donde se habia de hacer tránsito, estaba de paz, y tenia órden para recibir y alojar amigablemente á los españoles: que el señor de esta ciudad era pariente de Motezuma; pero que ya no habia que temer en los de su faccion, porque le tenian rendido y sin espíritu los prodigios del cielo, las respuestas de sus oráculos, y las hazañas que le referian de aquel ejército; por cuya razon le hallarian deseoso de la paz, y con el ánimo dispuesto antes á sufrir que á provocar. Decia la verdad este cacique, pero con alguna mezcla de pasion y de lisonja: y Hernan Cortes, aunque no dejaba de conocer este defecto en sus noticias, procuraba divulgarlas y encarecerlas entre sus soldados. Y no se puede negar que llegáron á buen tiempo, para que no se desanimase la gente de menos obligaciones con aquella variedad de objetos admirables que se tenian á la vista, de que se pudiera colegir la grandeza de aquella

corte, y el poder formidable de aquel príncipe; pero los informes del cacique, y las ponderaciones que se hacian de su turbacion y desaliento, pudiéron tanto en esta concurrencia de novedades, que alegrándose todos de lo que se habian de asombrar, se aprovecháron de su admiracion, para mejorar las esperanzas de su fortuna.

CAPÍTULO X.

Pasa el ejército á Iztacpalapa, donde se dispone la entrada de Méjico, refiérese la grandeza con que salió Motezuma á recibir á los españoles.

La mañana siguiente, poco despues de amanecer, se puso en órden la gente sobre la misma calzada, segun su capacidad, bastante por aquella parte para que pudiesen ir ocho caballos en hilera. Constaba entonces el ejército de cuatrocientos y cincuenta españoles no cabales, y hasta seis mil indios Tlascaltecas, Zempoales, y de otras naciones amigas. Siguióse la marcha, sin nuevo accidente que diese cuidado, hasta la misma ciudad de Iztacpalapa, donde se habia de hacer alto: lugar que sobresa-

lia entre los demas por la grandeza de sus torres, y por el bulto de sus edificios: seria de hasta diez mil casas de segundo y tercer alto que ocupaban mucha parte de la laguna: y se dilataban algo mas sobre la ribera, en sitio delicioso y abundante. El señor de esta ciudad salió muy autorizado á recibir el ejército; y le asistiéron para esta funcion los príncipes de Magicalcingo y Cuyoacan, dominios de la misma laguna. Traian todos tres su presente separado de varias frutas, cazas, y otros bastimentos, con algunas piezas de oro, que valdrian hasta dos mil pesos. Llegáron juntos, y se diéron á conocer, diciendo cada uno su nombre y dignidad; y remitiendo á la discrecion de la ofrenda todo lo que faltaba en el razonamiento.

Hízose la entrada en esta ciudad con aquel aplauso, que consistia en el bullicio y gritería de la gente, cuya inquietud alegre daba seguridad á los mas rezelosos. Estaba prevenido el alojamiento en el mismo palacio del cacique, donde cupiéron todos los españoles debajo de cubierto, quedando los demas en los patios y zaguanes con bastante comodidad para una noche, que se habia de pasar sin

lescuido. Era el palacio grande y bien ábricado, con separacion de cuartos ılto y bajo, muchas salas con techumıre de cedro, y no sin adorno; porque ılgunas de ellas tenian sus colgaduras le algodon, tejido á colores, con dibujo y proporcion. Habia en Iztacpalapa diversas fuentes de agua dulce y saludable, traida por diferentes conductos de las sierras vecinas, y muchos jardines cultivados con prolijidad, entre los cuales se hacia reparar una huerta de admirable grandeza y hermosura, que tenia el cacique para su recreacion; donde llevó aquella tarde á Cortes con algunos de sus capitanes y soldados, como quien deseaba cumplir á un tiempo con el agasajo de los huéspedes, y con su propria jactancia y vanidad. Habia en ella diversos géneros de árboles fructíferos, que formaban calles muy dilatadas, dejando su lugar á las plantas menores, y un espacioso jardin, que tenia sus divisiones y paredes hechas de cañas entretejidas, y cubiertas de yerbas olorosas, con diferentes cuadros de agricultura cuidadosa, donde hacian labor las flores con ordenada variedad. Estaba en medio un estanque de agua dulce, de forma

cuadrangular; fábrica de piedra y argamasa, con gradas por todas partes hasta el fondo: tan grande, que tenia cada uno de sus lados cuatrocientos pasos, donde se alimentaba la pesca de mayor regalo, y acudian varias especies de aves palustres, algunas conocidas en Europa, y otras de figura exquisita y pluma extraordinaria: obra digna de príncipe, y que hallada en un súbdito de Motezuma, se miraba como argumento de mayores opulencias.

Pasóse bien la noche, y la gente acudió con agrado y sencillez al agasajo de los españoles: solo se reparó en que hablaban ya en este lugar con otro estilo de las cosas de Motezuma, porque alababan todos su gobierno, y encarecian su grandeza; ó tuviese los de aquella opinion el parentesco del cacique, ó les hiciese menos atrevidos la cercanía del tirano. Habia dos leguas de calzada que pasar hasta Méjico, y se tomó la mañana, porque deseaba Cortes hacer su entrada, y cumplir con la primera funcion de visitar á Motezuma, quedando con alguna parte del dia para reconocer y fortificar su cuartel. Siguióse la marcha con la misma órden; y dejando á los lados

la ciudad de Majicalcingo en el agua, y la de Cuyoacan en la ribera, sin otras grandes poblaciones que se descubrian en la misma laguna, se dió vista desde mas cerca, y no sin admiracion, á la gran ciudad de Méjico, que se levantaba con exceso entre las demas, y al parecer se le conocia el predominio hasta en la soberbia de sus edificios. Saliéron á poco menos que la mitad del camino mas de cuatro mil nobles y ministros de la ciudad á recibir el ejército, cuyos cumplimientos detuviéron largo rato la marcha, aunque solo hacian reverencia, y pasaban delante para volver acompañando. Estaba poco antes de la ciudad un baluarte de piedra, con dos castillejos á los lados, que ocupaba todo el plano de la calzada, cuyas puertas desembocaban sobre otro pedazo de calzada, y esta terminaba en una puente levadiza, que defendia la entrada con segunda fortificacion. Luego que pasáron de la otra parte los magnates del acompañamiento, se fuéron desviando á los lados, para franquear el paso al ejército, y se descubrió una calle muy larga y espaciosa, de grandes casas, edificadas con igualdad y correspondencia, cubiertos de gente los

miradores y terrados; pero la calle totalmente desocupada; y dijéron á Cortes, que se habia despejado cuidadosamente, porque Motezuma estaba en ánimo de salir á recibirle, para mayor demonstracion de su benevolencia.

Poco despues se fué dejando ver la primera comitiva real, que serian hasta docientos nobles de su familia, vestidos de librea, con grandes penachos, conformes en la hechura y el color. Venian en dos hileras con notable silencio y compostura, descalzos todos, y sin levantar los ojos de la tierra: acompañamiento con apariencias de procesion. Luego que llegáron cerca del ejército, se fuéron arrimando á las paredes en la misma órden, y se vió á lo lejos una gran tropa de gente mejor adornada, y de mayor dignidad, en cuyo medio venia Motezuma sobre los hombros de sus favorecidos, en unas andas de oro bruñido, que brillaba con proporcion entre diferentes labores de plumas sobrepuesta, cuya primorosa distribucion procuraba obscurecer la riqueza con el artificio. Seguian el paso de las andas cuatro personages de gran suposicion, que le llevaban debajo de un palio, hecho de

plumas verdes, entretejidas y dispuestas de manera que formaban tela, con algunos adornos de argentería; y poco delante iban tres magistrados con unas varas de oro en las manos, que levantában en alto sucesivamente, como avisando que se acercaba el rey, para que se humillasen todos, y no se atreviesen á mirarle: desacato que se castigaba como sacrilegio. Cortes se arrojó del caballo poco antes que llegase; y al mismo tiempo se apeó Motezuma de sus andas, y se adelantáron algunos indios, que alfombráron el camino, para que no pusiese los pies sobre la tierra que á su parecer era indigna de sus huellas.

Prevínose á la funcion con espacio y gravedad; y puestas las dos manos sobre los brazos del señor de Iztacpalapa y el de Tezcuco, sus sobrinos, dió algunos pasos para recibir á Cortes. Era de buena presencia; su edad hasta cuarenta años: de mediana estatura, más delgado que robusto; el rostro aguileño, de color menos obscuro que el natural de aquellos indios; el cabello largo hasta el extremo de la oreja, los ojos vivos, y el semblante magestuoso, con algo de intencion: su trage un manto de sutilísimo

algodon, anudado sin desaire sobre los hombros, de manera que cubria la mayor parte del cuerpo, dejando arrastrar la falda. Traia sobre sí diferentes joyas de oro, perlas y piedras preciosas, en tanto número que servian mas al peso que al adorno. La corona una mitra de oro ligero; que por delante remataba en punta, y la mitad posterior algo mas obtusa se inclinaba sobre la cerviz; y el calzado unas suelas de oro macizo, cuyas correas tachonadas de lo mismo, ceñian el pie, y abrazaban parte de la pierna, semejante á las caligas militares de los Romanos.

Llegó Cortes apresurando el paso sin desautorizarse, y le hizo una profunda sumision, á que respondió poniendo la mano cerca de la tierra, y llevándola despues á los labios: cortesía de inaudita novedad en aquellos príncipes, y mas desproporcionada en Motezuma, que apenas doblaba la cerviz á sus dioses, y afectaba la soberbia, ó no la sabia distinguir de la magestad: cuya demonstracion, y la de salir personalmente al recibimiento, le reparó mucho entre los indios, y cedió en mayor estimacion de los españoles; porque no se persuadian

á que fuese inadvertencia de su rey, cuyas determinaciones veneraban, sujetando el entendimiento. Habíase puesto Cortes sobre las armas una banda ó cadena de vidrio, compuesta vistosamente de varias piedras, que imitaban los diamantes y esmeraldas, reservada para el presente de la primera audiencia; y hallándose cerca en estos cumplimientos, se la echó sobre los hombros á Motezuma. Detuviéronle, no sin alguna destemplanza, los dos braceros, dándole á entender que no era lícito el acercarse tanto á la persona del rey; pero él los reprehendió, quedando tan gustoso del presente, que le miraba y celebraba entre los suyos como presea de inestimable valor; y para desempeñar su agradecimiento con alguna liberalidad, hizo traer, entretanto que llegaban á darse á conocer los demas capitanes, un collar que tenia la primera estimacion entre sus joyas. Era de unas conchas carmesíes de gran precio en aquella tierra, dispuestas y engazadas con tal arte, que de cada una de ellas pendian cuatro gambaros ó cangrejos de oro, imitados prolijamente del natural. Y él mismo con sus manos se le puso

en el cuello á Cortes; humanidad y agasajo, que hizo segundo ruido entre los Mejicanos. El razonamiento de Cortes fué breve y rendido; como lo pedia la ocasion, y su respuesta de pocas palabras, que cumpliéron con la discrecion sin faltar á la decencia. Mandó luego al uno de aquellos dos príncipes sus colaterales, que se quedase para conducir y acompañar á Hernan Cortes hasta su alojamiento; y arrimado al otro, volvió á tomar sus andas, y se retiró á su palacio con la misma pompa y gravedad.

Fué la entrada en esta ciudad á ocho de noviembre del mismo año de mil y quinientos y diez y nueve, dia de los santos cuatro coronados mártires, y el alojamiento que tenian prevenido, una de las casas reales que fabricó Axayaca, padre de Motezuma. Competia en la grandeza con el palacio principal de los reyes, y tenia sus presunciones de fortaleza: paredes gruesas de piedra, con algunos torreones, que servian de traveses, y daban facilidad á la defensa. Cupo en ella todo el ejército; y la primera diligencia de Cortes fué reconocerla por todas partes para distribuir sus guardias; alojar su artillería, y cerrar

su cuartel. Algunas salas, que tenian destinadas para la gente de mas cuenta estaban adornadas con sus tapicerías de varios colores, hechas de aquel algodon á que se reducian todas sus telas, mas ó menos delicadas: las sillas de madera, labradas de una pieza: las camas entoldadas con sus colgaduras en forma de pabellones; pero el lecho se componia de aquellas sus esteras de palma, donde servia de cabecera una de las mismas esteras arrollada: no alcanzaban allí mejor cama los príncipes mas regalados, ni cuidaba mucho aquella gente de su comodidad, porque vivian á la naturaleza, contentándose con los remedios de la necesidad; y no sabemos si se debe llamar felicidad en aquellos bárbaros esta ignorancia de las superfluidades.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS

QUE CONTIENE ESTE SEGUNDO TOMO.

LIBRO TERCERO.



Lyon, imprenta de C. COQUE, calle del palacio del Arzopisbo.



reuses (1). Le précepte de cette cérémonie étoit fondé sur trois principales raisons. Elle devoit être, 1.° le sceau de l'alliance que le Seigneur avoit contractée avec Abraham; 2.° un signe qui distinguât des autres peuples de la terre les descendans du saint patriarche; 3.° un gage des bénédictions promises dans la personne d'Abraham à tous ceux qui observeroient fidélement les ordonnances du Seigneur.

La circoncision tenoit un rang distingué parmi les sacremens de la loi ancienne; c'étoit la première observance requise pour appartenir au peuple choisi : par elle on étoit initié dans le service du vrai Dieu, suivant l'alliance faite avec Abraham ; par elle on s'obligeoit d'une manière solennelle, non-seulement à croire les vérités qu'il avoit révélées, mais encore à vivre conformément aux règles de morale qu'il avoit

ncision, dont l'origine étoit antérieure de
siècles à la promulgation de la loi mosaïque.
née à Abraham, sous des peines très



